LIBRARY
UNIVERSITY OF
CALIFORNIA

CURUPAYTY

22011

CARLOS M. URIEN

CURUPAYTY

HOMENAJE A LA MEMORIA
DEL
TENIENTE GENERAL BARTOLOMÉ MITRE
EN EL
PRIMER CENTENARIO DE SU NACIMIENTO

BUENOS AIRES
1921

DOCTOR CARLOS M. URIEN

Doctor CARLOS MARÍA URIEN

El 23 de Mayo de 1921 el doctor Urien pronunció una oración patriótica en la Escuela Normal de Lenguas Vivas. El viernes 27 asistió a la sesión de la Junta Ejecutiva del Centenario del general Mitre y después de tomar parte durante una hora en las deliberaciones y de mocionar para que se invitara al vecindario a embanderar los frentes de sus casas en la fecha del nacimiento del ilustre patricio, pidió permiso para retirarse, por sentirse súbitamente mal. Antes de pasados diez minutos fallecía en brazos de sus amigos en una pieza contigua a la sala de sesiones.

Designado por la Junta pronuncié, al día siguiente, ante el cadáver de Urien, una sencilla oración fúnebre. Es imposible transición más brusca ni más trágica....

Parecería que el destino hubiera querido premiar, con las circunstancias patéticas de su muerte, la vida generosa de este ciudadano, dedicada toda ella a nobles ideales, en torno del gran argentino, cuya figura siempre irradió e impuso inspiraciones y ejemplos elevados.

El doctor Urien fué adalid de todas las nobles causas; soñador y romántico; apasionado y viril; más enamorado del pasado que confiado en el porvenir; invariable en apostura física, intelectual y moral; constante emprendedor y eternamente pobre. Con su espíritu embebido en las épocas legendarias del Estado de Buenos Aires, de las campañas de

1315623

Pavón, del Paraguay y del 80, Urien era el «último porteño», la encarnación postrera de una psicología que se transforma y se va bajo la influencia de nuevas ideas que, no siempre, son superiores, ni siquiera equivalentes, a las que reemplazan.

Urien vivía de recuerdos y padecía añoranzas, amortiguaba éstas y alimentaba aquéllos en los anales de nuestra historia militar, política y social. Por eso escribía y escribía mucho. Su elogio fúnebre, como el de De Maistre, podía reducirse a una frase que le sirviera de epitafio: ¡EL PROFETA DEL PASADO HA MUERTO!

Su obra histórica es fecunda y es buena, porque fué de vulgarización y esparcimiento, modalidad que en todas partes, y especialmente en nuestro medio infiltrado de extranjerismo, es tanto o más provechosa que la de hacer la historia.

Su idiosincrasia fué la de un escritor vibrante, que narraba con facilidad y con candorosa elegancia los episodios de nuestro pueblo. Reunía las condiciones esenciales del periodista, y, por eso, sus mejores obras, tal vez, sean sus artículos desparramados en nuestra prensa.

Profesor distinguido, caballero impecable y expositor elocuente, inculcaba a sus alumnos, ante todo, decencia que vale por lo menos tanto como ciencia.

Predicó el civismo con palabras y con acciones. Participó en la vida política cuando el voto era espontáneo y la mayoría de los ciudadanos se abstenía por sistema.

Renunció sus cátedras como protesta contra un gobierno que creía condenable; y en los días trágicos de Julio de 1890, Urien, que era entonces un caudillo entre la juventud estudiosa (que en aquel tiempo creía en el sagrario de la patria), formó como soldado raso en los cantones del Parque. Allí fué camarada de muchos de sus discípulos del Colegio Nacional, atraídos por su conducta, tan cierto es

que la moral y los sentimientos elevados no se infunden ni se enseñan con palabras, sino con buenos ejemplos.

Tipo genuino de porteño antiguo, al menor amago para el patriotismo aparecía el miliciano a través del ciudadano. La pluma y la espada eran, para los hombres de su contextura, distintos instrumentos al servicio de una misma idea. Su alma vibraba, según las circunstancias, lo mismo a los acordes de una melodía que a los toques de un clarín. Gustaba especialmente de la literatura militar. Horas antes de morir, corrigió las pruebas finales de su libro CURUPAYTY. Desconozco la tesis que sostiene sobre ese episodio doloroso de la guerra lamentable a que nos arrastraron los acontecimientos, muy a nuestro pesar, pero Urien, como siempre, ha de narrarnos páginas llenas de exaltación patriótica y de colorido cívico, alteradas con juicios quizás severos, pero sinceramente inspirados.

Escasean en el mundo los ideales colectivos y las altiveces individuales, absorbidos por los factores económicos. En nombre de la igualdad y de la comunidad, se está matando a la libertad.

Almas generosas y altruístas como Urien son un abono necesario para la conciencia pública de nuestro pueblo en formación, que ha de ser grande, no tan sólo por su bienes materiales sino también por sus concepciones espirituales, que son las piedras sillares sobre las cuales las naciones edifican sus destinos. Por eso, el nombre de Urien merecerá ser recordado con afecto y con honor.

JOSÉ LEÓN SUÁREZ.

Buenos Aires. Junio 4 de 1921

AL LECTOR

Se escribe un libro para exponer una doctrina o rebatirla, explicar una idea, describir cosas; trazar las páginas de un poema o un romance, defender o rebatir una tesis; narrar costumbres o episodios, estudiar un sujeto, exponer conceptos científicos, jurídicos o literarios, publicar un texto y escribir historia, y como de historia se trata, sirva al caso recordar una página de los anales argentinos, en que jugó papel descollante el hombre histórico que comandaba el ejército aliado en la campaña del Paraguay, brigadier general Bartolomé Mitre, cuyo primer centenario se prepara a celebrar la tierra en que nació y de cuyos fastos épicos fué uno de los más brillantes paladines y uno de los principales historiadores durante más de medio siglo.

Y para el caso, a juicio del que escribe, ningún momento más a propósito que el presente para recordar, un episodio de la vida militar «del primer ciudadano», de Mitre; episodio o suceso sobre el que hasta ahora se escribió muy poco, sin que al formular esta observación se olvide lo que respecto al hecho de guerra narraron el general José Ignacio Garmendia y el teniente coronel Enrique Jáuregui.

Del «primer ciudadano» se dice, y al afirmarlo puede significarse también del primero de los ar-

gentinos, ya que el autor no quiere hablar de la América latina, porque, entrando en el terreno de las comparaciones, la luz que irradia de la personalidad del héroe no amortiguaría su brillo en un posible paralelo con cualesquiera de los personajes que se destacan en el movimiento histórico de ambas Américas, durante el promedio de la centuria del siglo XIX, tanta fué su influencia, tan compleja y recta su acción, tan admirablemente ecuánime su carácter, tan bien difundida su personalidad, tanta su preponderancia, tanta su ilustración y su actividad en las múltiples tareas en que sus cualidades, sus raras condiciones de estudioso, de diarista, de orador, de militar, de político, de gobernante, de diplomático, de historiador, de filólogo, de cronista, de numismático y de poliglota lució en el campo de las letras y de las armas.

Al proponerse el autor elegir uno de los tantos episodios que tejen la fecunda vida de Mitre, prefirió un hecho histórico: *Curupayty*; y al narrar esta acción de guerra, sobre la que escribieron publicistas extranjeros y argentinos, ensalzando algunos el hecho, más de lo que se debe, y censurando al comando en jefe, con no poca exageración, y con notoria injusticia a los vencidos, se escribe tomando por base fundamental del estudio los documentos relativos a *Curupayty* que corren impresos y sin los cuales nada se puede aceptar como comprobación histórica.

Al formular esa afirmación guía un propósito que da firmeza a lo escrito y del que el autor hace su base: escribir la verdad, siempre la verdad, haciendo de lado falsedades y convencionalismos impropios de la historia, publicados por autores hoy en boga no solamente en la República Argentina, sino en la América de habla española en general.

Como es posible, si bien no lógico ni propio de la historia, que se escriba al dictado del sentimiento personal, haciendo de lado la justificación del do-

cumento, debe de advertirse al lector que estas páginas no contienen un panegírico ni cosa que lo parezca, y sí afirmaciones basadas en los antecedentes que tienen vida, aunque muda, en nuestros archivos. Por ello cuando se formulan observaciones, se elogia o censura a los personajes eso es concordancia de los documentos que se adjuntan o copian y que hablan por sí solos. Las alusiones pertinentes a los hechos narrados y a los protagonistas que los mueven surgen de la documentación.

Cuanto a la personalidad, que ocupa el primer sitio en el plano superior de la escena de la vida pública, no hay que decirlo que las miradas del espectador ya le siguen, ya se detienen a contemplarle en todos los accidentes del gran drama y particularmente en la guerra del Paraguay, donde su actuación descuella y se difunde una vez más con fulgores de gloria.

Y debe ser muy firme la verdad de su muy alta personalidad en el conocimiento humano, cuando no solamente su patria, sino que también el Brasil, Chile y la Oriental del Uruguay se aprestan a rendir homenaje a la memoria de Mitre en la conmemoración del primer centenario de su nacimiento, discerniéndole honores y fiestas y colocando en las sienes del Patricio la corona cívica de las altas virtudes y las palmas de la inmortalidad, que hace vivir la figura del Grande en los hechos, en las ciencias y en las letras.

El Autor.

RECORDACIÓN

Se oye el estampido del cañón, el estallido de la metralla y el crepitar de la fusilería.

Vibran clarines, redoblan tambores, ondean enseñas y marchan las tropas con las armas a la funerala.

Se sienten voces de mando y al pasar los despojos de los que fueron, se abaten las banderas, y jefes y oficiales se quitan kepíes y morriones para rendir homenaje a los que heroicamente sucumbieron.

Es el momento en que se realizan los desposorios con la gloria de los que noblemente perecieron ofrendando sus vidas a la patria.

Se rememora la acción de los paladines, que al dejar sus cuerpos en los fosos y trincheras de Curupayty, legaron sus nombres a la historia.

Todo es grande en el momento de la emocionante escena. La expresión de los rostros

de los espíritus varoniles que dicen de la impresión recibida, el ambiente, el silencio emocionante, el sonido del clarín y el redoble destemplado de las cajas de guerra que llevan sus ecos tristes en alas del viento al centro y a los extremos de los regimientos y batallones tendidos en batalla.

Se pasa lista y falta un campeón a la cita.... ¡No se presenta!.... ¡No responde al nombre de Manuel Roseti!.... ¡No acude a ponerse a la cabeza de la brigada su coronel!

Es que cayó al frente del 1° de línea, desplegado en guerrillas en lo más intenso del fuego, con la vista fija en los baluartes, y cuando ordenaba el avance y el asalto.

Se llama a la vida el nombre preclaro del coronel Juan Bautista Charlone, cuya arrogante figura y varonil espíritu son reflejo de su alma tanto más serena cuanto más inminente es el peligro, hacia el que avanza, entre el paso marcial de la «Legión Militar».

Se recuerda una vez más a Manuel Fraga, que no sabe de temores, cuyo estoicismo dice de su temple de soldado, que es frío como el acero que empuña su diestra, y que, en el fragor del asalto y con el presentimiento de su muerte, manda: ¡Batallón cuatro! ¡hay que escalar la trinchera y lucir las bayonetas

argentinas que son de tradición libertadora, al resplandor de la victoria!.... ¡Vencer o morir, es la consigna!

Se aparta el polvo que cubre los sagrados restos de Alejandro Díaz, el brillante alumno de la escuela de Saint-Cyr. Le han visto avanzar con su unidad deseoso de tejer con la hazaña la guirnalda de la epopeya. Al evocarle la imaginación le ve el primero en el asalto sobre la cresta de la trinchera, agitando la bandera, cuando exclama: ¡A mí, batallón tres!..... ¡A mí! y muere.

Se exalta al mayor Lucio Salvadores, con su mirada centelleante de valor y su espíritu desdeñoso del peligro, que anima al batallón 3° de Entre Ríos en la acción. ¡Que ama la patria, que es su pasión, y la gloria, que es su ideal!

Se te evoca a ti, capitán Dominguito Sarmiento, mente de escritor y alma de soldado, fundida en el crisol de las virtudes más puras, porque el valor y la hidalguía son tu blasón, y que, herido en el tendón de Aquiles, miras con serenidad espartana la sangre fluir de la herida, y al presentir tu muerte, hermanas el recuerdo de la madre, que es el amor más puro, al de tu predilecta, para consagrarles en las postrimerías de la vida las úl-

timas palpitaciones de tus ideales y ensueños de niño en la recordación del hogar y del amor.

A Nicolorich, a Darragueira, a Benavente, a Paz, a Hidalgo, a Córdoba, a Caliva, a Cejas, a Yerval, a Grandoli, a Muñoz, a Vásquez, a Guiñane. A los soldados obscuros, a los héroes ignorados; a todos los que en el atardecer, en la hora crepuscular del 22 de Septiembre de 1866, no respondieron a la lista, no se presentaron al llamado, porque yacían heridos o velaban con sus armas orladas de palma y laurel por el porvenir de la patria en regiones inmortales.

"CURUPAYTY" (1)

22 de Septiembre de 1866

¡ Gloria Victis !

I

El paso de la Patria. — Itapirú. — El Generalísimo. — Batalla de Tuyutí; su importancia.

La travesía del río Paraná, frente al *Paso de la Patria*, efectuada por el ejército aliado argentino - brasileño - uruguayo, bajo el comando del generalísimo Bartolomé Mitre, el 16 de Abril de 1866; la toma de *Itapirú* y batalla de *Tuyuty*, ganada por el mismo ejército sobre el paraguayo, de Francisco Solano López; victoria, la última, obtenida treintaiocho días después de vadeado el Paraná, evidenciaron las condiciones singulares del militar previsor, del estratega y el táctico, a quien las naciones alia-

(1) Esta palabra la escriben los publicistas con ortografía distinta. Así dicen: *Curupaiti, Curupayti, Curupactic* y *Curupayty*. Curupaity, según Latzina, es vocablo guaraní que significa lugar donde abunda el *curupai*, árbol de la familia de las leguminosas (*Cassia Brasilierosis*) según Hierónimus, y *Piptadenia Cebil* según E. Matosso. El que escribe adopta *Curupayty*, que usan Thompson y Centurión.

das confiaron la dirección de la guerra y comando de los ejércitos en la campaña del Paraguay.

Dicen de la verdad de la afirmación y sobre el que la historia ha dado su veredicto, respecto a esas grandes operaciones de guerra que hacen alto honor al general Mitre, la realización del pasaje de un gran río, como el Paraná, por un ejército numeroso como el aliado de más de 50.000 combatientes y en la suposición de tener en la margen opuesta, en tierra enemiga, un ejército tan numeroso como el que invadía, para de seguida obtener una victoria como la de *Itapirú* — 17 de Abril de 1866, que es una grande y clásica operación de guerra.

Y también grande y clásica operación de guerra es la de vencer una pretendida sorpresa, como fué la batalla de *Tuyuty* — 24 de Mayo de 1866, — en la que quedan fuera de combate ante las filas y cuadros del ejército aliado más del cincuenta por ciento de las tropas enemigas, cuya carga se componía de 23.640 soldados, según los cómputos verificados. (1)

---

(1) Los paraguayos dejaron en el campo de batalla 5.000 muertos, tuvieron 8.000 heridos y extraviaron 350 soldados, lo que da un total de 13.350 hombres fuera de combate, que son, como se afirma, una pérdida de más del cincuenta por ciento en el total de 23.640 atacantes. Sobre el particular consúltase la obra del general argentino José Ignacio Garmendia: *Campaña de Humaytá*, página 273, edición de 1901.

II

El teatro de la guerra. — Faltas de elementos bélicos y de preparación militar. — Estado anárquico de la Argentina. — Antecedentes históricos.

Aunque posesionado el ejército aliado de parte del territorio paraguayo, puede afirmarse que a mediados del año de 1866 aun se estaba en los comienzos de la guerra, dado que la campaña debía de ser difícil, cruenta y tenaz, por las dificultades que oponía el terreno, que podía concretarse a comarcas o zonas cruzadas por extensos esteros o interrumpidas por lagunas, pantanos, guadales y ríos, que obstaculizaban la prosecución de las operaciones en tierras desconocidas, por la carencia de noticias geográficas, por la escasez e insuficiencia de los elementos bélicos del ejército, o ejércitos de tierra, lo que se puso en evidencia en las sesiones del parlamento brasileño y que se comprobó también por la exigua cantidad de armas en los depósitos de los arsenales argentinos, y la correspondencia del general

Mitre relativa a la guerra del Paraguay dada a la publicidad en su *Archivo;* por la mortandad de caballos debida a la calidad de los pastos de los campos paraguayos, por la deficiencia de los jefes, que si eran bravos y resueltos en el momento de la acción, no brillaban empero, por su capacidad militar, lo que hacía imprescindible que todo el peso de la guerra recayese sobre el Generalísimo, a lo que puede agregarse la disconformidad y a veces hasta la falta de obediencia del comando de algunos jefes superiores brasileños, particularmente del almirante Joaquín José Ignacio, Vizconde de Tamandaré y los generales Mariscal Polidoro y Barón de Porto Alegre.

Agréguese a estas deficiencias y escasez de elementos, opuestos a la sabia organización de un plan de guerra, el estado anárquico de las provincias argentinas, que dificultaban el envío de los contingentes de remonta al ejército en operaciones (lo mismo sucedía en el ejército brasileño y división uruguaya) que sólo alcanzó en su máximum a 20 ó 24.000 hombres, y se tendrá la evidencia de que eran muchas, pero muchas, las dificultades que ofrecía una nación como la Argentina, que el año de 1865, en que se declaró la guerra, apenas contaba con tres años de organización

nacional y 1.300.000 habitantes, para concurrir a una guerra que Francisco Solano López había preparado sigilosamente y en la que se calcula levantó un ejército de 80.000 hombres, o más. (1)

Y anímese a afirmar, sea cualquiera, si con una república anarquizada y provincias como Entre Ríos, Corrientes, Santa Fe, Córdoba, San Luis, San Juan, La Rioja y Salta, en las que estallaban motines como los de Basualdo y Toledo, revoluciones como las de Santa Fe, durante el Gobierno de Oroño, alzamientos como el de Luengo en Córdoba, montoneras como las de Juan y Felipe Sáa en San Luis, Mendoza y San Juan y la de Pedro Varela en Salta, puro gauchaje todo eso, y constantes rebeliones como las de Catamarca y La Rioja, podía continuarse rápidamente una guerra en la que el ejército argentino se veía privado de importantes divisiones que se sacaban del teatro de las operaciones para enviarlas al interior de la república a fin de contener la montonera y librar sangrientas batallas, como la de *San Ignacio*, el 1° de Abril de 1867.

Anímense a sostener los que, por envidia, celos, despecho o pasión, critican al sabio y

---

(1) Véase: Cecilio Báez. *La tiranía del Paraguay*, página 52.

experto Generalísimo, si era posible en medio de esas múltiples dificultades, poner término en breve tiempo a una guerra a la que imprevistamente se había provocado al país por un tirano «el más bárbaro de los tiempos», según el escritor paraguayo doctor Báez; infatuado con su efímero poder, envalentonado y vano como ninguno, que se impuso a un pueblo bravo como el que más, pero aprensivo y sumiso como muy pocos en la obediencia al déspota, que estuvo resuelto a resistir hasta el fin cuando se convenció, después de la entrevista de *Yatayti Corá*, que se le rechazaban sus quijotescas pretensiones, en una guerra que si fué desigual para el Paraguay, no lo fué menos para la Argentina, que sufría vida de desorden, vale decir de anarquía.

Al hacer esta referencia vienen al recuerdo hechos que revelan la resistencia del país, en momentos de los más difíciles de su historia y son los siguientes:

En la guerra de la Independencia y luego en las dos guerras nacionales en que la Argentina ha intervenido y salido victoriosa; tales guerras se efectuaron sufriendo las provincias la más desastrosa anarquía.

La montonera que se alza en un principio en Entre Ríos y Santa Fe, no obstante

poner a prueba la resistencia de los pueblos y distraer ejércitos del teatro de la guerra de la independencia, no impide que las armas argentinas salgan airosas y realcen su brillo en las fronteras y regiones del alto Perú, ni que venzan en Chile, en el Perú y el Ecuador.

Otro tanto puede afirmarse de los hechos que ocurren en la guerra contra el Brasil en los años de 1827 y 1828 en defensa de la R. Oriental del Uruguay.

Buenos Aires casi sola soporta las fatigas de la guerra, porque el país, después de *Arequito* y particularmente en los años indicados, sigue debatiéndose en el furor de la guerra civil, cuyo caudillo más audaz y temible es Facundo. Y sin embargo de ser así, en esa guerra contra el Brasil, vencen las armas argentinas, en tierra, en el océano y en los ríos. Por lo que respecta a la guerra de 1865 a 1869, las líneas del cuadro de la república en ese entonces quedan esbozadas.

III

Composición del ejército argentino: Guardia Nacional y tropa veterana.

Para precisar las fuerzas con que contribuían a la guerra del Paraguay las provincias argentinas, conviene tener presente el esfuerzo de cada una de las mismas. Júzguese:

Componían el ejército la Guardia Nacional de las provincias del litoral (con excepción de la provincia de Buenos Aires), centro y andinas, las siguientes unidades o batallones: tres de Entre Ríos, dos de Santa Fe, uno de Corrientes, uno de Córdoba y Santiago del Estero, uno de Tucumán, uno de Mendoza y San Luis, uno de San Juan, uno de La Rioja, uno de Catamarca, uno de Salta y Jujuy, una división de caballería de Entre Ríos y otra de Corrientes.

Pero conviene afirmar, entrando en el terreno de las comparaciones, que la Guardia Nacional de la ciudad y provincia de Buenos

Aires sumaba en unidades casi otro tanto que la de las provincias. Y esto, para que no se tilde de exageración lo que se expone, debe detallarse.

Las fuerzas indicadas la formaban: cuatro batallones de la 1ª división Buenos Aires, más el 3º del primer regimiento, correspondientes a la ciudad. Cuatro batallones de la 2ª división Buenos Aires y el «San Nicolás», reclutado en la provincia de este nombre. En el arma de caballería eran tres regimientos denominados: *San Martín, General Lavalle y Blandengues de Belgrano.* El *San Martín* se organizó con elementos del suburbio de la ciudad de Buenos Aires: corraleros, matarifes y peones de los mataderos. El *Lavalle y Blandengues* con gentes de la campaña de la provincia de Buenos Aires.

Componían estos cuerpos un total de trece, dos menos que los cuerpos de las provincias, que sumaban a quince.

La Guardia Nacional de la república, puede afirmarse con fundamento de verdad, componíala un número de 14.000 hombres y el ejército de base veterana lo formaban los batallones 1º, 2º, 3º, 4º, 5º, 6º, 9º y 12º de línea, la Legión Militar, la 1ª y 2ª de voluntarios, el 1º y 3er regimiento de caballería, el 1er regi-

miento de artillería, más una sección o brigada de la misma arma, que hacían un total de quince unidades, que, a razón de 300 plazas cada unidad y se es generoso en el cálculo, dan 4.500 hombres de combate. En este cómputo no entra la artillería, que alcanza a 500 hombres, ni la caballería correntina de vanguardia.

IV

Junta de Guerra. — El ejército del Baron de Porto Alegre. — Observaciones del Sargento Mayor Luis V. Mansilla.

Ocupado el territorio paraguayo por el ejército aliado, la actividad que impuso a las operaciones el comando general llamó la atención de los críticos censores, que nunca faltan, y de los observadores, que, obtenida la victoria de *Itapirú*, 17 de Abril, combate del 2 de Mayo y batalla de *Tuyuty*, 24 de Mayo, combates del 16 y 17 de Julio y batalla del *Sauce*, 18 de Julio, con motivo, estas tres acciones últimas, del ataque a las fortificaciones del *Boquerón de Piris*, se pensó que la guerra terminaría en breve, cuando en realidad, por la carencia de elementos bélicos y dificultades de la campaña a que se alude anteriormente, la guerra debía demorarse tres años más, hasta 1869.

A objeto, pues, de aumentar elementos para nuevas operaciones contra el enemigo, que en su línea de vanguardia tenía fuerzas que se

elevaban a más de 20.000 hombres, se resolvió celebrar una junta de guerra, seis días después de ganada la gran batalla de *Tuyuty*. Se le llama grande, porque en la historia militar de la América del Sur no se conoce acción alguna de guerra que se le iguale y mucho menos la supere, por el número de soldados que intervinieron—más de 70.000 combatientes—ni que haya sido más sangrienta: hubo más de 20.000 hombres fuera de combate entre los cuatro ejércitos, si es que ejército puede llamarse la división uruguaya que no alcanzaba a 2.000 hombres, según los estados.

La junta de los jefes superiores del ejército aliado: Mitre, Osorio y Flores tuvo lugar el día 30 de Mayo de 1866, y en ella se consideró que, sumadas las respectivas fuerzas, resultaba que la caballería no tenía cómo moverse y sin ella era imposible efectuar reconocimientos para avanzar.

Dejando de lado detalles que sería difuso considerar, dado el carácter sintético de este estudio, debe decirse que, observando los puntos tratados, el general Flores manifestó: « que dada la situación porque se pasaba, podía hacerse concurrir al ejército del Barón de Porto Alegre, que se hallaba en la margen izquierda del Alto Paraná, para reforzar a los ejércitos

aliados en las operaciones sobre *Humaytá*, cuanto para adquirir por ese medio la preponderancia que se necesitaba en el arma de caballería, puesto que el Barón de Porto Alegre contaba con cerca de 6.000 hombres de esa arma y con excelentes caballos, según se le había informado ».

Aunque esta incorporación fué rebatida por el generalísimo Mitre, aduciendo motivos para manifestar que en aquel momento no la hacían imprescindible, veinticinco días después de celebrada la junta, es decir, el 25 de Junio, Mitre autorizaba al Barón de Porto Alegre a incorporarse con el ejército de su mando al ejército aliado, acampado en *Tuyuty*. (1)

En consecuencia de lo ordenado el Barón de Porto Alegre se ponía en marcha el 30 de Junio y, auxiliado por la escuadra brasileña, se incorporaba al ejército aliado pocos días después.

Con motivo de las críticas al asalto de *Curupayty*, que se hicieron públicas al conocerse el desastre, el entonces sargento mayor Lucio V. Mansilla, segundo jefe del batallón 12° de infantería de línea y actor en el asalto, escribió una correspondencia que se publicó en el

(1) Véase: MITRE. *Correspondencia*. Archivo General. Tomo V, página 124.

diario *La Tribuna* correspondiente al día 24 de Octubre del año 1866, bajo el seudónimo de *Orión*.

En esta correspondencia que llama la atención por la admirable sencillez y su información de verdad, Mansilla aludía un tanto desfavorablemente al general Venancio Flores y lo que era natural que sucediera acontenció; en la República Oriental del Uruguay, de Montevideo, contestaron a Mansilla rebatiéndolo. Quien así escribía, y tocaba otros puntos: el relativo a la incorporación de Porto Alegre, propuesto por Flores y haciendo de éste un gran militar, era el doctor Julio Herrera y Obes, secretario de Flores en la campaña del Paraguay. El doctor Herrera y Obes adoptó el seudónimo de *Sagita* para rebatir a *Orión*.

Mansilla, *Orión*, como era lógico, no se calló y en un opúsculo, que tituló «CURUPAITÍ—*Orión a Sagita*», dice en la página 15:

«No quiero discutir si fueron las instancias del General Flores las que vencieron al General Mitre y si es exclusivamente a él a quien se debe la venida del ejército del Barón de Porto Alegre. Quiero sólo protestar contra la falsedad del aserto. El Barón de Porto Alegre no le trajo al ejército aliado medios de movilidad. El Barón de Porto Alegre vino a aumentar la

fuerza numérica del ejército aliado sin robustecer su moral, y no trajo ni los caballos necesarios para sí mismo. Al contrario, llegó a pie. Las numerosas y selectas caballadas que tenía en Itapuá las aniquiló en su contramarcha hasta el Paso de la Patria. Los medios de movilidad nos estaban viniendo de Buenos Aires cuando él llegó.

»He insinuado que el Barón de Porto Alegre, incorporándosenos, no nos trajo contingente alguno de fuerza moral, y debo de explicar mi pensamiento para evitar interpretaciones. Antes de su incorporación éramos 30.000, más bien más que menos y esta fuerza, sin el contraste de Curupaití, hábil y prudentemente dirigida, bastaba para realizar cualesquiera de los planes que surgieron de la exposición del 12 de Junio, según *Sagita*. Luego para la moral del ejército aliado lo más interesante habría sido saber que el Barón de Porto Alegre con sus 8 ó 9.000 hombres había penetrado resueltamente por los confines orientales del Paraguay, amenazándolo a López en el centro de sus recursos, obligándole a desguarnecer quizá las líneas del cuadrilátero y a darnos de comer alguna vez, en cambio de las expoliaciones que había perpetrado durante sus correrías vandálicas por las Provincias de Corrientes y Río Grande del Sur».

V

El ejército brasileño de Porto Alegre resuelve atacar a Curuzú.—El asalto.—Triunfo de las armas brasileñas.—Crítica del historiador Thompson relativa a las consecuencias favorables que para los aliados debió de tener la acción de guerra.—Observaciones a esa crítica.—Auto defensa del Barón de Porto Alegre.

Habiéndose dispuesto, como preliminar de las futuras operaciones, se atacase y destruyese el fuerte paraguayo de *Curuzú*, se decidió confiar el mando de las tropas asaltantes al Barón de Porto Alegre y este general organizó sus fuerzas en número de 5.000 hombres, y en la mañana del 13 de Septiembre de 1866 las lanzó al asalto, salvando los fosos y escalando las trincheras, y después de un recio cañoneo tomó los fuertes a la bayoneta. ¡Gloria a él y a sus soldados!

A propósito de este saliente triunfo, hecho de guerra que honra al ejército brasileño, narra el historiador Thompson el elogio siguiente:

«El día 3 se resolvió el bombardeo y Porto Alegre atacó la trinchera de *Curuzú*, avanzando con bravura bajo el fuego enfilado de las baterías, y marchando con el agua hasta el pescuezo flanqueó su izquierda por el frente que se apoyaba en la laguna. Viéndose la guarnición atacada por la retaguardia y por el flanco se puso inmediatamente en retirada. Los brasileños, al avanzar sobre la trinchera, perdieron más de 2.000 hombres, flanqueando la posición perdieron algunos más y entonces empezaron las pérdidas de los paraguayos, que dejaron en el campo 700 muertos y 1.700 heridos, que lograron salvarse. El batallón 10°, que hasta entonces no se había batido, defendía el flanco izquierdo de la trinchera; pero cuando los brasileños empezaron a flanquearlo todo él puso pies en polvorosa, excepto el jefe que murió. El resto de la tropa combatió brazo a brazo y con bravura durante un corto tiempo, pero pronto fué abrumado por el número, y tuvo que retirarse dejando toda la artillería en poder del enemigo ».

Thompson agrega: «Porto Alegre sólo persiguió a los paraguayos por algunos centenares de yardas, volviéndose en seguida y acampando en el terreno cuadrado de que antes hemos hablado, situado al Sur de la trinchera

de *Curuzú*. Esta victoria le valió el título de Vizconde.

»Si hubiese continuado la persecución pudiera haber pasado por *Curupayty* sin perder un hombre; habría tomado la batería quedando 12.000 hombres para caer sobre la retaguardia de López, mientras que Mitre y Flores lo acometían por el frente. Los aliados en ese día habrían tomado las posiciones paraguayas y destruído su ejército». (1)

Ignoramos en qué fundamenta sus afirmaciones el historiador Thompson, pues eso de los 12.000 hombres nos parece una exageración o un tanto antojadiza, si afirma que llevó el ataque con 5.000 combatientes; la verdad es que no dispuso de mucho más. Ahora si el historiador quiso referirse a los ejércitos brasileño y argentino eso es otra cosa.

En cuanto a la afirmación de Thompson que el día 3 de Septiembre a haber avanzado Porto Alegre con su tropa podía haberse tomado *Curupayty*, que estaba poco guarnecida, se confirma por lo aseverado en la página 145 de la correspondencia del general Mitre, tomo IV del Archivo. Allí se afirma: «que el General brigadier Fontes, con sus fuerzas reducidas

(1) Thompson. Obra citada, página 162.

a 80 hombres, llegó hasta las trincheras de *Curupayty*, pero como era una temeridad avanzar, el Barón hizo que se replegara y se mantuviera en *Curuzú*».

El Barón de Porto Alegre se ha defendido de la culpabilidad a él dirigida por su inacción después del triunfo de *Curuzú*, de no haber tomado *Curupayty* declarando: «que no realizó el avance y completó el triunfo, porque sus tropas estaban cansadas».

Y si así resultaba ¿por qué no pidió refuerzos? Sea esto dicho también como crítica al Generalísimo que no se explica el que estudia la guerra cómo después del feliz suceso de los brasileños, no arrojó Mitre todo el ejército sobre *Curupayty* y *Humaytá*, que estaban a distancia corta de *Curuzú*. Las distancias eran muy cortas para fuerzas beligerantes. Según el croquis del ingeniero Chodosiewig, del Estado Mayor Argentino, de *Curuzú* a *Curupayty* y *Humaytá* no había dos leguas. No había una corresponde agregar. Con arreglo a lo expuesto parece que la observación de Thompson es fundada.

VI

Consecuencias del triunfo de Curuzú.—El proyecto de ataque a *Curupayty*.— Observaciones del general José Ignacio Garmendia—Declaración del Almirante Tamandaré.—Opinión de los traductores de Thompson, señores Angel Estrada y Lewis.—Opinión del escritor paraguayo Centurión; contradicciones en que incurre.

La toma del Fuerte de *Curuzú* era, como se ha indicado, un preliminar de las importantes operaciones de guerra que debían sucederse, pero respecto de las que caben formularse algunas consideraciones pertinentes, que en realidad destruyen las censuras que los críticos aducen contra el comando general en relación con el ataque y desastre de *Curupayty*.

Los que han escrito a propósito de la guerra del Paraguay, si no todos una parte, opinan que el general Mitre siempre fué contrario al plan de ataque, en la forma que se llevó a efecto, pues en opinión del mismo, el ataque debía de efectuarse por la retaguardia de *Curupayty* y después de haberse tomado a *Humaytá*. «Si el General accedió al ataque de *Curupayty*» (por la izquierda argentina y de-

recha paraguaya) «fué por las ventajas indiscutibles que ofrecía el poderoso auxilio de la escuadra y la brillante victoria del Barón de Porto Alegre» (la toma de *Curuzú*) «como también las constantes seguridades que le dió el almirante Tamandaré de arrasar aquel campo atrincherado y preparar el asalto casi sin efusión de sangre. (Junta de guerra del 8 de Septiembre».

»Además quedó convenido que el día del ataque no se llevaría éste a cabo hasta el momento preciso en que estuviesen completamente destruídas las baterías enemigas y apagados sus fuegos, en cuyo único caso se haría una señal» (la señal efectivamente se hizo: ¡Así fué aquello!) «desde la escuadra que fijase el momento de iniciar el asalto.» ([1]).

Otros escritores afirman: «Antes de todo debemos decir que la idea de atacar a *Curupayty*, sobre todo después de haber perdido la oportunidad del día 13» (el día de *Curuzú*) «no fué del General Mitre, que desde la batalla del 24 de Mayo insistía en operar sobre la retaguardia del enemigo flanqueando las líneas sobre nuestra derecha. Esta operación habría producido un triunfo rápido, según los

---

([1]) Véase: GARMENDIA. *Guerra del Paraguay*, artículo «Curupayty». (La nota).

datos del mismo Señor Thompson. La ocupación de *Curupayty* habría sido también brillante, pues, como ya lo hemos dicho, tomado aquel punto, el enemigo habría quedado en una crítica situación.

»A principios de Septiembre en la Junta de Guerra (el general Mitre, general en jefe; general Flores, jefe del ejército oriental y general Polidoro, jefe del primer cuerpo brasileño,) Polidoro manifestó que había pasado a conferenciar con el Barón de Porto Alegre y el Almirante Tamandaré, a fin de llevar a cabo el ataque de Curupayty. El Barón de Porto Alegre había formulado su opinión por escrito, que era esta: hacer un movimiento con la mayor fuerza posible de caballería por la derecha de los aliados, con la intención de sustentar y si fuera posible penetrar hasta *Curuzú*, para realizar una junción; que al mismo tiempo se realizaría un movimiento general en toda la línea con el objeto de tomar a Tuyuty («?») y Humaytá. Que realizado esto, él haría un amago o un verdadero ataque sobre Curupayty, según lo aconsejaran las circunstancias.

»En la Junta de Guerra que tuvo lugar el 8 del mismo mes, expuso el general Mitre el resultado de una nueva conferencia habida con Tamandaré y el Barón de Porto Alegre el día

anterior, y manifestó que el Almirante y Barón estaban de acuerdo con el plan formulado en la Junta de Guerra anterior. En la conferencia tenida con estos jefes, el General, consecuente con la idea primitiva, había opinado que la mejor operación sería llevar el ataque a retaguardia del enemigo. En esta reunión, como en la de Tuyuty, triunfó la idea de que era indispensable la ocupación previa de Curupayty.

»En este acuerdo, Tamandaré ofreció *la más eficaz cooperación de la escuadra, comprometiéndose de la manera más formal a batir las baterías a tiro de metralla y, destruídas las baterías del río, colocar sus buques en una posición de donde se enfilara la batería de tierra, inutilizar toda la artillería y barrer o conmover a sus defensores para evitar la efusión de sangre de los asaltantes, agregando que tenía elementos más que de sobra para practicar lo que ofrecía.*

El general en jefe, que sin duda creyó en la promesa, después de tanta seguridad, debió sin embargo conservar sus temores aunque remotos, porque hizo constar en el acta con la mayor minuciosidad los ofrecimientos del Almirante». (1)

Los anotadores de la obra de Thompson

---

(1) Angel Estrada y David Lewis. Nota a la página 123 de la citada obra de Thompson, traducida por los mismos.

(edición de 1869) afirman, dice Centurión, respecto a lo referido en la nota transcripta, «que el General Mitre fué siempre de parecer que debía flanquearse la izquierda de la línea de *Rojas*, y que esta operación, que practicada dos años después determinó la caída de Humaytá, ha sido el constante sueño de aquel general».

Los anotadores citados no afirman precisamente eso. Para cerciorarse de la verdad el lector puede consultar la obra y leer la nota de la página citada.

«Pero el distinguido anotador de la obra de Schneider, sin negar que haya sido el *sueño* constante del ilustre general argentino, manifiesta que en las Juntas de generales celebradas desde la batalla del 24 de Mayo hasta el asalto de *Curupayty*, ni en particular, jamás había propuesto una sola vez siquiera a los generales brasileros semejante movimiento, ni que tampoco había ordenado por nuestra izquierda ningún reconocimiento, y que recién el 4 y el 22 de Septiembre, cuando ya se operaba por la parte opuesta, es decir, por *Curupayty*, el general Flores había operado en las inmediaciones del *Paso-Ivaí* la primera vez y en las de *Tuyucué* la segunda vez.

»En efecto, el General Mitre no hizo ningún

esfuerzo para hacer triunfar su idea en el último consejo de guerra, mientras que Tamandaré *sostenía con ardor (!) el ataque por la margen del río, porque de esa manera salía su escuadra de la inacción a que estaba condenada.*

»Al referir estos hechos bien se comprende que no me anima otro propósito que procurar establecer la verdad histórica en cuanto sea posible.» (1)

¡La verdad histórica!.... Tras de ella andamos en esta época de convencionalismos y mentiras, que tiene por teatro ambas Américas sin excluir nación alguna y en las que los grandes maestros como Alberdi, (ese título le dan sus admiradores) tuvieron tendencia especial en mojar su pluma en bilis y en alterar la verdad.

Pero al objeto que nos ocupa, considere el lector los dos últimos párrafos del citado coronel paraguayo, analice su conclusión y se convencerá *que si Tamandaré sostenía con ardor el ataque por la derecha paraguaya, con objeto de salvar la escuadra de la inacción,* y lo que desgraciadamente sucedió, era porque otro general, que no podía ser sino Mitre, desde que Polidoro y Porto Alegre procedían en combinación con el Almirante, se oponía

(1) *Memorias del General Juan Crisóstomo Centurión;* Tomo II, páginas 218 y 219

al ataque por el flanco derecho de la batería, la parte que daba al río.

El escritor paraguayo inserta en el apéndice de su obra, como única documentación para robustecer lo que opina, la copia del acta levantada por los generales de la alianza para convenir el asalto de *Curupayty*, al que el coronel Centurión, ignorante de la técnica militar, llama *batalla;* acta que se firmó el día 8 de Septiembre de 1866.

Del contenido de esa acta se puede inferir que lo pensado del ataque por la derecha de los paraguayos no fué ideado por Mitre. En esa acta queda constatado que en las conferencias que tuvieron lugar en los días 8 y 18 de Agosto, Porto Alegre había formulado su opinión por escrito, en los términos siguientes: «Curuzú Banadaro General em 5 Setembro, 12, h. 30, m. O Sr. Barão de Porto Alegre é de opinão (não esige) que se debe fazer pela extrema directa da linha dos aliados un movimento de cavalleria com a maior forza possivel, com a intenção de sustentarse caso seja preciso ou de penetrar até Curuzú a fazer junção havendo communicaçao previa da certeza é fará d'este movimento com au devidas cautelas, sendo este movimento da cavallería acompanhado por un movimento geral

em tuda a linha para poderse succesivamente tomar Curupayty e Humaytá. Nesse caso o Barão, fará una demostração contra Curupayty ou irá alem da demostração, si as circunstancias ó acconsellarem».

Centurión, al formular las consideraciones que aduce para negar al general Mitre que éste se oponía al ataque por la derecha paraguaya, agrega: «que nunca pensó en lo contrario», se olvida de lo que escribe en la página 218 del tomo II de la obra cuando dice: «Debo mencionar que el 18 de Agosto de 1866 fué celebrado en el cuartel general en Tuyuty un Consejo de Guerra, al que asistieron el Generalísimo Mitre, los Generales en jefe brasileños Vicealmirante Vizconde Tamandaré, Barón de Porto Alegre y el General Flores. *Después de una larga discusión en que costó trabajo inducir al General Mitre a operar sobre nuestra derecha, se resolvió la idea* de asaltar y tomar a *Curupayty. Quien propuso con ardor ese plan fué el Vizconde Tamandaré* apoyado por Porto Alegre».

Un testimonio muy valioso y del que no puede dudarse, porque es del vicepresidente de la República coronel Marcos Paz, es la carta de éste al Generalísimo, de fecha 10 de Octubre de 1866. Dice la carta: «He recibido su apreciable carta del 4 del corriente y quedo

enterado de su contenido, habiendo leído con detención la parte que se ocupa de su *proyecto sobre la izquierda del enemigo, plan en que siempre hemos estado de acuerdo,* porque comprendo que puede darnos resultados favorables, si no en un ataque sobre sus trincheras, cuando menos en el terreno que quitemos al enemigo y en los recursos que le escasearán, con nuestra permanencia por la puerta por donde lo recibe.» (1)

Después de esta declaración, ¿a qué quedan reducidas las afirmaciones gratuitas del autor paraguayo?

Ha de disimular el lector la forma usada en esta parte de lo que se escribe. Este especie de alegato de comprobación de prueba, para evidenciar un extremo del debate favorable al eximio militar argentino que dirigía las operaciones en el mismo teatro de la guerra, desde el principio de la misma, y que luego de separarse de sus camaradas las aconsejó desde su casa.

Se ha tenido que recurrir al detalle a riesgo de ser difuso, porque es imprescindible evidenciar la verdad y demostrar con los mejores elementos de prueba que el ataque por el

---

(1) MITRE. *Archivo*, tomo VI, página 143.

frente y el de la derecha paraguaya, que dirigió Porto Alegre, no obstante la oposición del general Mitre, fué una de las principales causas del desastre de *Curupayty*.

VII

Una carta del general Mitre. — Reconocimientos. — Quejas, reproches y dudas.

Resuelto el ataque a *Curuapayty*, el Generalísimo le escribía al señor vicepresidente de la República Coronel Marcos Paz, con fecha 20 de Septiembre:

«La operación de que le hablaba en mi anterior fué aceptada por los Generales. En consecuencia me trasladé a este punto (*Curuzú*) con 10.000 argentinos y 12 piezas de artillería.

»El 16 estuvo pronto todo y se convino el ataque para el 17, según el plan de que le adjunto copia. El 17 llovió y el Almirante Tamandaré dijo que esto era un inconveniente para el bombardeo, el que según lo convenido debe preceder al ataque como es natural.

»Desde entonces hasta anoche ha llovido sin interrupción, y nos hallamos sobre un lodazal y con los caminos perdidos. Esto ha inte-

rrumpido nuestras operaciones. Sin embargo espero que pronto se compongan los caminos para continuarlas según lo acordado o según circunstancias para no modificarla, según fuese conveniente.

»En este transcurso de tiempo ha tenido sus vacilaciones el Barón de Porto Alegre, en cuanto a persistir en el ataque sobre Curupaity, habiendo influido en ello la relación de un pasado que decía que en Curupaity había nueve batallones, cinco regimientos y de 40 a 50 piezas de artillería, por lo que opinaba que el ataque debía iniciarlo Polidoro por la línea de Tuyuty que él suponía más desguarnecida. (1)

»Creo que el enemigo ha aglomerado mayores fuerzas, sobre todo desde que se ha apercibido que lo hemos hecho nosotros, pero como siempre se mantiene en las líneas de Tuyuty, frente a nuestro campo atrincherado, yo creo que lo que ha hecho es reforzar este punto con algunos batallones, dejando sus reservas equidistantes para acudir a uno u otro punto según le convenga. Por lo tanto me he mantenido firme en lo acordado y en ello ha convenido

(1) Teniendo presente el cómputo de las fuerzas paraguayas dentro de trincheras, se verá que la declaración del pasado no era exagerada, pero ello no autorizaba las vacilaciones de Porto Alegre

conmigo el Almirante Tamandaré y el Barón de Porto Alegre, aunque no se manifestaron animados de la misma fe y bríos que antes, lo que atribuyo no sólo a su natural indecisión, sino a los celos que les causa mi presencia y la de nuestras tropas aquí, pues ambos son muy pequeños y no se parecen ni a Osorio ni a Polidoro». (En cuanto a Polidoro es de creer que el Generalísimo se equivocaba. Ello se comprueba con las dificultades que Polidoro, Porto Alegre y Tamandaré le opusieron constantemente con motivo del proyecto de ataque).

«Este oficio de General en jefe de los ejércitos aliados, en que es necesario tener inteligencia y energía por todos y en que ningún General ayuda ni con la iniciativa ni con la resolución, es verdaderamente un oficio de galeote, en que se inutilizan con frecuencia los más vigorosos esfuerzos, quedando para mí la responsabilidad de lo que no se hace, además de los disgustos que le acompañan.

»He practicado personalmente dos reconocimientos sobre la línea enemiga, además de uno que practicó el General Mitre» —don Emilio,— con el segundo cuerpo, llegando hasta dos cuadras de sus trincheras y sufriendo algunos tiros de artillería de ellos. La posición es fuerte, pero contando con los bombardeos de la

escuadra, tenemos suficientes medios para arrebatarla aunque perdiendo, como es natural, alguna gente. Es lástima que el 17 no se haya realizado el ataque porque todo estaba perfectamente dispuesto y habríamos tenido un día de gloria si el Almirante Tamandaré cumplía lo ofrecido sobre lo cual no dejaba de abrigar dudas, aunque él se manifestaba entonces muy resuelto; pero de todos modos hubiéramos ido adelante. El tiempo perdido nos ha hecho mucho mal pero trataremos de volverlo a ganar. [1]

No se necesita tener mucha penetración para comprender que con almirantes como Tamandaré y generales como Polidoro y Porto Alegre, el ataque tenía inevitablemente que fracasar, como efectivamente sucedió. Las dudas, las vacilaciones y las desobediencias en el teatro de la guerra conducen al fracaso, porque la guerra es resolución, es valor, es abnegación y es sacrificio; que es esto lo que entra en mucha parte en el éxito de las operaciones, mas cuando todos quieren mandar es difícil que los demás obedezcan. Sin unidad de mando y sin obediencia no hay dirección posible y sin ella no hay plan ni objetivo, y no hay victoria.

---

(1) Mitre. *Archivo*, tomo VI, página 132.

A más se nota en el contenido de la carta transcripta, que el pesimismo del Generalísimo relativo a los jefes inferiores, es debido a las muchas instancias del mismo para poder llegar al éxito. Por qué no agregar, deteniendo la atención en lo escrito al finalizar la carta, que al Generalísimo le agitaban presentimientos que eran como un presagio de lo que sucedió después.

VIII

Preparativos de López para resistir el ataque.—Las trincheras y fortificaciones.—Distribución de las fuerzas paraguayas de defensa y comando de las mismas.

Referido lo que antecede es el caso de preguntar qué es lo que hacía López—en el tiempo que transcurrió desde la fecha de la entrevista de *Yataití Corá*, en la que vió desvanecida sus pretensiones de dar fin a la guerra, permaneciendo él frente a los destinos del Paraguay,—a la fecha en que se preparaba el ataque de los aliados, del 12 a 22 de Septiembre.

Presintiendo López, después de la toma del fuerte de *Curuzú*, un próximo ataque a *Curupayty* en razón del numeroso ejército que tenía a su frente, que ascendía a 40.000 hombres, trató de proveer a la defensa de *Curupayty*, distante unos 2.000 metros a espaldas de *Curuzú*, aumentando las trincheras, haciendo abrir zanjas, construyendo *abatis* y aumentando el número de piezas de artillería, algunas de ellas poderosas.

«Los paraguayos, dice Thompson, trabajaron mucho en las fortificaciones de este punto, «*Curupayty*», se montaron en ella ocho cañones de ocho pulgadas; de éstos solamente dos sirvieron para defender el frente por tierra, cuatro exclusivamente por el río y los otros dos fueron colocados para batir igualmente la tierra y el río.

»Varios cañones de 32 fueron repartidos tanto en la batería del río como en la trinchera y cinco piezas de 12 y cuatro de 9, artillería de Flores—única rayada que poseían los paraguayos—fueron colocadas en posición sobre la trinchera. El total de los cañones subía a 49 piezas a más de dos baterías de coheteras; 13 de aquéllos pertenecían a la batería del río y los demás a la trinchera.

»La batería del río era mandada por el Capitán Ortiz y el Mayor Sayás, que fué sacado de la prisión para tomar parte en la acción. En la trinchera la batería de la derecha era mandada por el Capitán Gil, la del centro por el Capitán Saguier y la de la izquierda por el Coronel Hermosa. El General Díaz mandaba en jefe. La infantería estaba bajo las órdenes del Coronel González y ascendía a 5.000 hombres.

»En la mañana del 21 de Septiembre López

me envió a examinar a *Curupayty* y dar parte de su estado.

»El foso tenía seis pies de profundidad y once de anchura y toda la artillería estaba en posición. Se había terminado la colocación de un ligero *abatis*, en toda la extensión del foso, y di parte a López de que la posición estaba fuertísima y podía ser defendida con ventaja.

»La derecha de la trinchera arrancaba del río, y la izquierda de la laguna López y se habían tomado todas las precauciones posibles, para que el enemigo no pudiera flanquear la posición por el agua como había sucedido en *Curuzú*». (1)

Cuanto a los trabajos de la nueva trinchera dice Centurión: «que éstos empezaron el 8 de Septiembre por la tarde. Su delineamiento fué hecho por el Ingeniero Mayor Thompson.

»La guarnición fué aumentada a 5.000 hombres. Una división de caballería compuesta de los Regimientos: 6, 8, 9 y 36, al mando del entonces Capitán Bernardino Caballero, concurrió allí también y comenzó a desmontar desde el día 4, colocando las ramas sobre la cresta de la barranca en forma de *abatis*

(1) Thompson. Obra citada, páginas 190 y 191.

a precaución de un ataque repentino del enemigo.

»Esta nueva trinchera no era otra que la que corría a 500 ó 600 pasos de distancia al frente de la principal y que el día del asalto se tomó sin dificultad porque los paraguayos la abandonaron para asegurar la resistencia en la principal.

« La colocación de los *abatis*, fué un trabajo provisional antes de dar comienzo a la nueva trinchera. Ésta empezó en el bosque, tan pronto como fué posible derribar los árboles, sin ocuparse de otra cosaque de dejar concluído su perfil general. Al mismo tiempo que esto se hacía se construían nuevas plataformas para los cañones, empleándose para ello maderas cortadas en el mismo bosque. Los trabajos se hacían de noche lo mismo que de día, y eran ciclópeos, si se tiene en cuenta la dureza de la arcilla que los picos apenas podían penetrar y los muchos árboles que tuvieron que cortar.

»Estos trabajos continuaron sin interrupción, cada vez, por supuesto, con más tesón, a medida que los preparativos del enemigo aumentaban la probabilidad de un pronto ataque y a pesar de las bombas que arrojaban

sobre los trabajadores los buques de la escuadra enemiga.

Estos trabajos ocupaban toda la guarnición, 5.000 hombres, más o menos, que se turnaban cada 8 horas por terceras partes. » (1).

En lo relativo a la extensión de la trinchera, que no mencionan Thompson ni Centurión, ésta debía tener más de 1.000 metros y en ella se interponían ángulos salientes y artillados como para poder efectuar disparos de cañón y fuego de fusilería en orden cruzado.

Como en la parte referente al enemigo se tiene que recurrir, a veces, a falta de documentos nacionales, a los documentos y autores brasileños y paraguayos, por ello no debe de extrañarse que se acuda a la información que esos elementos suministran, siempre que se crea se fundamentan en la verdad. No llamen, pues, la atención del lector las transcripciones. No hay otro medio de ilustrar la investigación.

En lo que toca a la distribución de las fuerzas paraguayas en las trincheras, el orden de defensa era el siguiente:

Batallón 4°, en ángulo sobre el río; su comandante, capitán Insaurralde. Batallón 36°,

---

(1) Centurión, obra citada, páginas 240 y 264.

mayor Fernández. 38°, mayor Ezcurra. 27°, mayor Juan González. 40°, mayor Duarte. El personal de estos cuerpos, afirma Centurión, variaba mucho. El 4° tendría 800 plazas; el 36°, 600 y los demás 500 ó 400.

El comandante Luis González mandaba en jefe las infanterías.

« La dirección de caballería ocupaba la extrema izquierda hacia *Chichi*. La componían los regimientos n° 6, al mando del capitán Gregorio Escobar, n° 8, capitán Bernardino Caballero y 36, capitán Abalos. » (1)

Los jefes de las baterías correspondían a las distintas armas en el orden siguiente: Ortiz y Gill a la marina, Sayás o Zayas y Saguier a la artillería.

Conviene mencionar que, aparte de la primera batería de que se habló, había también, como defensa natural a la izquierda paraguaya, la laguna López y extensos esteros, que, como se ha afirmado, hacían, si no imposible, enormemente dificultoso el avance, porque los infantes se hundían en el lodo y el agua hasta el cuello.

*
* *

(1) Centurión. Obra citada.

Y como corresponde también ampliar con otros detalles las obras de defensa, conviene incorporar a esta parte la descripción que respecto a *Curupayty* escribió el teniente coronel de artillería Enrique Jáuregui en un interesante trabajo publicado en el diario *La Nación*, con motivo del cincuentenario del asalto, en el número correspondiente al 23 de Septiembre de 1916. Dice el teniente coronel Jáuregui:

«En diez y seis días de casi no interrumpido trabajo y sometidos a una disciplina férrea que no admitía el menor cansancio, las tropas paraguayas lograron construir obras defensivas de tal naturaleza, que por su consistencia y organización, por el armamento de que disponían y por la forma como había sido aprovechado el terreno para levantarlas, variaban de manera sensible las condiciones en que la lucha pudo realizarse, si hubiera tenido lugar un par de semanas antes.

»La elección hecha por el general Díaz y el coronel Wizner para ubicar la línea principal de defensa de Curupaytí y la accesoria o avanzada construída 600 metros a vanguardia demuestran un verdadero dominio táctico de la situación, y, en general de las condiciones que debe reunir toda posición fortificada de campaña, según las necesidades impuestas por

el armamento de aquella época y aun con arreglo a las exigencias del combate moderno.

»Esta posición apoyaba en la costa del río Paraguay su ala derecha, la izquierda llegaba hasta la laguna López y todo el frente delante de la línea atrincherada era constituído por un terreno con ligeras sinuosidades, entre las cuales se habían formado lagunas, que, después de las lluvias del 17, 18 y 19 tenían en muchas partes hasta un metro y medio de profundidad. A cierta distancia no era posible darse cuenta de la existencia de estos pantanos, debido a la forma del terreno y a la gran cantidad de yuyos, cortaderas y camalotes que los cubrían.

»No había ni que pensar en efectuar movimientos de rodeo sobre la izquierda paraguaya para salvar por el este la laguna López y atacar de flanco a la línea de Curupaytí, primero, porque el terreno sobre esta parte no lo permitía ni era conocido en esos momentos, y luego porque eso hubiera significado presentar a sabiendas la espalda al ejército principal y reservas de López, establecidas entre los pasos Pucú y Gómez. No quedaba otro procedimiento de ataque contra la línea paraguaya que la acción frontal y directa desde el sur.

»El ala derecha de la línea paraguaya se hallaba apoyada, según hemos dicho, sobre la barranca de la costa, pero como la diferencia de nivel entre la superficie del río y el emplazamiento de los cañones de la defensa, era de 11 metros, resultaba que el tiro de las principales y modernas piezas rayadas de la escuadra brasileña no la podían herir en forma directa; los únicos cañones que por la curvatura de su trayectoria podían tocar a los de la batería paraguaya emplazada en la orilla, eran los obuses y cañones lisos de las bombarderas, es decir, los menos poderosos.

»Las obras de defensa de la línea principal paraguaya (véase el plano de detalles), eran constituídas por una larga y continua trinchera de 2.500 metros de largo, aproximadamente, que cubría todo el frente comprendido entre el río y la laguna López. A vanguardia se hallaba protegida por un foso de 4 a 5 metros de ancho por 3.50 de profundidad, en parte con agua hasta 1.80, y por una serie de troncos y de ramas de árboles con hojas entre los mismos, los cuales, además de ayudar a interceptar el pasaje hacia el parapeto, servían también para disimular la posición y ocultar hasta el último momento la existencia del ancho y profundo foso.

»El ingeniero teniente coronel Thompson, que fué el encargado de delinear y construir estas obras, según las indicaciones del general Díaz y coronel Wizner, hizo el trazado de manera que el foso pudiera servir de desagüe a la posición y al mismo tiempo para establecer una corriente de agua entre la laguna López y el estero que se hallaba al frente de la posición y la costa del río Paraguay; se quería aumentar las dificultades de pasaje y evitar que este obstáculo fuera tan fácilmente salvado, como lo había sido otro análogo por los brasileños en Curuzú; el ancho y profundidad del foso eran variables, teniendo hacia el río y en el centro las dimensiones citadas, mientras que hacia la extremidad izquierda tan sólo alcanzaba a tener la mitad.

»Los atrincheramientos disponían de una posición de fuego y luego a retaguardia e inmediata, otra de espera, tanto para los infantes como para los artilleros; el servicio podía hacerse dentro de las obras, sin que se notara absolutamente nada desde el exterior, pues se habían construído pasajes hacia retaguardia, desenfilados de las vistas y también a lo largo de la parte interna de los espaldones; intercaladas en la línea principal se instalaron dos baterías de coheteras, cuarenta y

cinco cañones, varios de mayor calibre y dejados todavía los emplazamientos preparados para colocar las demás piezas de tiro liviano, que serían traídas de las obras avanzadas, cuando el ataque enemigo hiciera necesario evacuarlas. De acuerdo con la distribución de la artillería, se habían instalado inmediatos a la trinchera y protegidos por una gruesa capa de tierra, rollizos y ramas, los depósitos de munición para las diferentes piezas y para la infantería.

»Se establecieron puestos de observación en aquellos lugares que mayor visual ofrecían y se dispuso un servicio de comunicaciones por medio del telégrafo, destinado a mantener la unión entre la batería de la costa y el centro de la línea con el comando supremo de Paso Pucú.

»A 600 metros delante se construyó, como obra avanzada, una trinchera que cubría todo el frente y se hallaba dominada por el fuego de la posición principal; delante de la misma se había construído un foso de dimensiones variables desde metros 2.50 de ancho por 1.80 de profundidad en la parte oeste, hasta tener apenas un metro en la extremidad cercana a la laguna López. El papel de estas obras era entonces, lo mismo que ahora, el inte-

rrumpir el avance regular del atacante, obligarlo a mostrar sus fuerzas y mantenerlo el mayor tiempo posible bajo el fuego de artillería de la defensa. Entre ambas líneas de trincheras se habían establecido pasajes, mejorado los caminos y tomado otras medidas complementarias que facilitarían, en oportunidad, el rápido repliegue, sobre la posición principal, de los 24 cañones ligeros y la infantería que se hallaban en las obras avanzadas.

»Ni la trinchera principal ni la secundaria establecida a vanguardia podían ser vistas desde el río, es decir, por la escuadra o por las patrullas que exploraban del lado del Chaco, pues eran desenfiladas de las vistas directas por un espeso y alto monte que se hallaba al sudoeste de Curupaytí y que se extendía inmediato a la costa hasta medio kilómetro al norte de Curuzú. Para poder atacar a Curupaytí la flota tenía que hacer tiro por elevación desde larga distancia, o bien avanzar hasta frente mismo a la barranca donde estaba la batería y allí alejarse hacia el lado argentino para aprovechar en lo posible la curvatura de la trayectoria de sus cañones, pues, como ya mencionamos, debido

al desnivel existente entre la barranca y la superficie del agua, era casi imposible el tiro directo contra la parte artillada inmediata a la costa.»

IX

Composición del ejército argentino para el ataque de *Curupayty* —Comando del 1º y 2º cuerpo.—Comando de las divisiones, brigadas y batallones.—Composición del ejército brasileño del Barón de Porto Alegre.—Comando de sus divisiones y brigadas.—*Curupayty.*

El ejército aliado dispuesto a asaltar las trincheras y en el que no figuraba la brigada uruguaya a causa de que había sufrido numerosas bajas en la sorpresa del 2 de Mayo y en el ataque al *Boquerón de Piris*, donde pereció el coronel Pallejas, se componía de diez y ocho mil quinientos combatientes: diez mil argentinos y ocho mil quinientos brasileños, en las armas de infantería, artillería y caballería, esta última brasileña y en su mayor parte desmontada.

Los argentinos formaban dos cuerpos de ejército, divididos en treinta y dos batallones, de los que en realidad, aunque todos tuvieron bajas en la acción, solamente tomaron parte en el asalto diez y siete unidades.

El primer cuerpo era comandado por el ge-

neral Wenceslao Paunero y el segundo por el general Emilio Mitre; auxiliaban a estos dos cuerpos fuerzas de artillería de importancia un tanto relativa, así por el número de sus componentes, como por el calibre de las piezas de 9, 12 y 24, poco eficientes para bombardear puntos muy fortificados.

Esta artillería la formaba el regimiento de esa arma del ejército argentino, que no alcanzaba a 300 soldados, más una brigada de artillería inferior en el número de sus plazas. Mandaban en jefe la artillería los coroneles Nicolás de Vedia y Federico Mitre y comandaban los escuadrones los sargentos mayores Joaquín Viejobueno, Maldones, Bustamante y Solá.

Las unidades tácticas de infantería de los cuerpos formaban ocho divisiones. Componían la 1ª división del primer cuerpo al mando del coronel Ignacio Rivas, los batallones 1° de línea, coronel Roseti y el batallón «San Nicolás», mayor Retolaza, (1) batallón 3° de línea, co-

(1) Al que escribe le ha ocasionado un trabajo improbo, a veces saber del comando de los batallones, tal es en ciertos casos la falta de antecedentes. Debe también agregarse que la enunciación de las brigadas se toma en relación con las unidades de cada cuerpo de ejército, dejando para el apéndice el número de las brigadas del ejército como una sola unidad táctica, de acuerdo con lo que informa la sección respectiva del Estado Mayor del ejército.

mandante Alejandro Díaz y Legión Militar, coronel Juan Bautista Charlone.

Iba al mando de la 1ª brigada el coronel Roseti. La 2ª brigada la formaban el batallón 3° de línea, y Legión Militar; el coronel Juan Bautista Charlone, comandaba la brigada.

Era jefe de la 2ª división el coronel José Miguel Arredondo y la componían el batallón 4° de línea, teniente coronel Manuel Fraga y 2ª legión de voluntarios, teniente coronel Giribone; la brigada iba al mando de Fraga.

La 2ª brigada de la 2ª división, compuesta del batallón 6° de línea, mayor Luis María Campos y cazadores de la Rioja, teniente coronel Gaspar Campos, iba bajo el comando del teniente coronel Lezica.

La 3ª división, constituída de batallones de guardia nacional, la comandaba el coronel Esquivel, y la componían: batallón correntino, teniente coronel Sosa; tucumano, teniente coronel Alurralde; Rosario, mayor Panelo y Catamarca, teniente coronel Matoso. Comandaban probablemente la 1ª y 2ª brigada de esta división por orden de antigüedad, la primera el teniente coronel Sosa y la segunda el teniente coronel Quirno.

Era el jefe de la 4ª división el coronel Antonio Susini y la formaban el batallón

5° de línea, coronel Rufino Victorica; santafesino, mayor Genaro Racedo, siendo jefe de esta brigada, Victorica. Componían la 2ª brigada el batallón Salta, mayor Julio A. Roca y 2ª legión de voluntarios, mayor Sotelo. Debía comandar esta brigada el teniente coronel Del Prado.

El segundo cuerpo de ejército se componía también de cuatro divisiones.

Iba al mando de la primera el coronel José María Bustillo, y la formaban los batallones 1°, 2°, 3° y 4° de guardias nacionales de la ciudad de Buenos Aires. Mandaba el 1er batallón el teniente coronel Cobo; el 2° el capiyor Goldrich; el 3° el mayor Bahía y el 4° el teniente coronel José Luis Amadeo. Era jefe de la 1ª brigada el coronel Carlos Urien y de la 2ª el coronel José María Morales.

La segunda división solamente se ha podido constatar que se componía de los batallones 2° y 4° de la 2ª división Buenos Aires. Esta brigada la comandaba el coronel Pedro José Agüero. Era jefe del batallón 2° el coronel Miguel Martínez de Hoz, y del 4° el teniente coronel Manuel Obligado.

Era jefe de la tercera división el coronel Pablo Díaz, y se componía del batallón Córdoba y Santiago del Estero, teniente coronel

Olmedo y batallón Mendoza y San Luis, teniente coronel Ivanowsky. Mandaba la primera brigada el coronel Olmedo. El 2° de Entre Ríos y el batallón San Juan, comandados, respectivamente, por los tenientes coroneles García y Giufra, siendo este último el que tenía el mando de la 2ª brigada.

La cuarta división iba bajo el mando del coronel Mateo J. Martínez, y se componía del batallón 2° de línea, comandado accidentalmente por el capitán Sáenz; el 3° de guardias nacionales de la ciudad de Buenos Aires «*el Tres de oro*» mandado por el mayor Basail y el 12° de línea, cuyo comandante Ayala era jefe de la primera brigada. Estos tres batallones formaban una brigada. Eran también parte de esta división el 9° de línea, teniente coronel Calvete y el 3° de guardias nacionales de Entre Ríos, comandante N. García. Calvete mandaba esta 2ª brigada.

En lo que respecta al número de fuerzas y distribución de las mismas, que al mando de Porto Alegre debían de atacar la derecha paraguaya y que en un momento, durante el asalto, se corrieron en parte hacia el centro en busca del apoyo de la 1ª y 4ª división argentina del primer cuerpo, bajo el respectivo mando de los coroneles Rivas y Susini, dichas

fuerzas se componían de 8.500 hombres en unidades de artillería, infantería y caballería, ésta desmontada en su mayor parte.

Estas fuerzas estaban distribuídas así: 4° de artillería a caballo y 4° de artillería a pie. Regimientos 5° y 12° de Cazadores a caballo (desmontados). Batallones de línea: 20°, 23°, 26°, 34° y 37°. Scheneider, de quien se toman los datos, no dice si el 5° y el 12° cuerpos de voluntarios de Río Janeiro, eran los que bajo ese número quedan indicados.

Formaban también entre las infanterías los batallones: 18°, 32° y 36° de línea y 7°, 8° y 9° de guardias nacionales, y tres divisiones todas de caballería de Río Grande; en total veintisiete unidades tácticas, compuestas éstas, probablemente, en menor número de plazas que algunas de las argentinas, pues que éstas sumaban a treinta y dos unidades con el efectivo de 10.000 hombres, y debiendo de advertirse que en la numeración deben haberse incurrido en algunos errores, y que se habla de fuerzas atacantes sin contar para nada las brasileñas y uruguayas, y dos batallones de la 2ª división Buenos Aires que quedaron en *Tuyuty* al mando de Polidoro.

Tales eran, salvo error u omisión, los componentes de los ejércitos argentino y brasi-

leño, que en la fecha memorable del 22 de Septiembre de 1866 iban a asaltar las trincheras de *Curupayty*, que es: «Una hermosa barranca de arcilla mezclada con arena, llena en su parte superior, cóncava en su descenso, situada en una curva del río Paraguay. En tiempos normales el nivel del río es 8 ó 9 yardas más bajo que el de la barranca. Las grandes lluvias destruyen el borde de ésta y las crecientes la carcomen constantemente, haciendo caer con frecuencia pedazos de tierra, de manera que en pocos minutos podría hacerse practicable un desembarque. Por esta razón construí una batería cubierta que abarcaba toda la extensión de la barranca para la artillería de campaña y la infantería, en previsión de que el enemigo quisiera hacer un desembarque. En la extremidad sur de la barranca se levantó una batería de gaviones armados con dos cañones de 32, y uno de 8 pulgadas, colocando en la misma batería como reserva 14 piezas de campaña. Era sostenida por un batallón de infantería mandado por el mayor Sayas.» (1)

(1) Thompson. Obra citada, página 164. Conviene advertir que estas defensas aumentaron posteriormente, como queda explicado en páginas anteriores por el mismo Thompson.

X

La mañana del 22 de Septiembre de 1866.—La escuadra brasileña.—La escena.—Tropa argentina.—El primero y segundo cuerpo de ejército argentino, de los generales Paunero y Emilio Mitre.—Iniciativa del ataque.—La guerrilla del 1° de línea.—La división del coronel Susini.—El 1° de línea: Muerte del coronel Roseti.—Avance del 3° de línea: Muerte del teniente coronel Alejandro Díaz.—Ataque de las divisiones de los coroneles Rivas y Arredondo.—Operaciones del 2° cuerpo.—Ataque de la cuarta división al mando del coronel Mateo J. Martínez.—Muerte del sargento mayor Lucio Salvadores.—Ataque del extremo derecho de la trinchera por el ejército de Porto Alegre.—Muerte de jefes de brigada.—Desbande de los batallones brasileños 18 y 36: el pánico.

En la altura, la barranca cortada a pique, en línea perpendicular, está protegida en todo su frente por una zanja de 3 metros de ancho y cubierta de *abatis* que aparentan suelo firme y ocultan una profundidad de 2 metros próximamente.

Abajo, a un costado del barranco, el río Paraguay, cuyas aguas corren tranquilas entre las márgenes pintorescas del Chaco y la tierra paraguaya, hermoseadas por la profusa y verde arboleda que las festonan, y a lo lejos, en el fondo de la planicie, los tupidos montes que forman la selva umbría que en

la época de la florescencia perfuman el ambiente con el delicado y enervante aroma de los naranjos en flor.

Levemente se oye el susurro del río, el rumor de las ondas que avanzan hacia la desembocadura de éste en el Paraná, y en cuyo espejo se alzan como surgiendo de las aguas las negras siluetas de las naves brasileñas, los mentados acorazados de casamata y monitores de torre: el *Amazonas*, el *Lima Barros*, el *Brasil*, el *Tamandaré* y el *Barroso*, imponentes en la inacción y tan débiles en el momento de la prueba; a lo menos en la mañana de *Curupayty*.

El ardiente sol del 22 de Septiembre ilumina con sus rayos el crestón o cima del barranco, relumbrando en el bronce del cañón, y las blancas carpas y pabellones del ejército aliado que dibujan sus contornos en las planicies de *Tuyuty* y *Curuzú*.

Desde la alborada la actividad del ejército aliado se evidencia por el continuo movimiento de jefes, oficiales, soldados y ayudantes del estado mayor general; estos últimos que a caballo cruzan el campo llevando órdenes e instrucciones.

En los murmurios del aire de la mañana, en alas del viento, creían oir, unos, presagios

de gloria y otros, ecos melancólicos de la patria, reminiscencias del hogar lejano, afectos de la familia, ternuras de la mujer amada, caricias de la madre, de la esposa, de los hijos, que agitaban tristes presentimientos y que golpeaban fuerte en los corazones de los futuros combatientes.

De repente un clamoreo hiere los oídos, vibra en el espacio y emociona el alma. Es que el batallón «San Nicolás», tendido en línea de batalla para oir la orden del día, al ver la custodia de la bandera que ha avanzado al centro, conducida por el porta Elíseo Acevedo que hace flamear el paño azul y blanco, no ha podido contener a la tropa y ésta, como si fuera un solo hombre, estalla en un grito unánime de júbilo que conmueve desde el jefe hasta el cadete.

La imaginación de esos soldados ha desbordado con el recuerdo glorioso de la epopeya. El batallón ha imaginado oir las dianas de *Tuyuty*, la victoria del 24 de Mayo, que fué como un homenaje rendido a la patria al rememorar el gran día de su revolución.

Son las 12 del día. El Generalísimo, por aviso del almirante Tamandaré, que indica

haber destruído (*descangalhado*) [1] las baterías enemigas, manda tocar generala, que era la orden de desplegar las tropas e iniciar el ataque a las trincheras.

El sonido metálico y vibrante de los clarines de las divisiones y brigadas — en medio de un silencio solemne, precursor del sacrificio y de la muerte — anuncia el principio del movimiento de las fuerzas.

Desde los *mangrullos* se distinguen las unidades tácticas que forman las divisiones de los ejércitos argentino y brasileño, que se aprontan a sostener el duelo a muerte, entre los que avanzan al descubierto — con esa gallardía que es característica del soldado argentino en el momento del peligro, y los infantes y artilleros paraguayos protegidos por las empalizadas que los ocultan, y por la escarpa, las zanjas y los *abatis*, que les estimulan a hacer fuego a mansalva, libres de todo peligro; defensas que imposibilitan la toma de la trinchera que con sus obras exteriores y artillería poderosa constituyen un verdadero baluarte.

Los jefes del primero y segundo cuerpo espe-

---

[1] La frase favorita de Tamandaré era: «*En duas horas descangalharé tudo isto*», (se refería a *Curupayty*), y nunca hizo nada. CENTURIÓN.

ran la orden de iniciar la acción y los comandantes de batallón más distinguidos lucen a los rayos del sol sus entorchados, sus lujosos equipos y brilla sobre sus hombros el oro de las charreteras.... Van en realidad a la muerte y aparentan concurrir a una revista para desfilar en columna de honor. Allí están Roseti, del 1° de línea, Alejandro Díaz, de la escuela de Saint-Cyr, Fraga, del 4° de línea, Charlone, de la legión militar y Lucio Salvadores del 3° de guardias nacionales de Entre Ríos, que son, como si se dijese, los predilectos que han de señalar a sus camaradas, al caer deshechos por la metralla, el camino de la gloria.

*
* *

Iniciado el ataque a las 11.15, entra primero al fuego la cuarta división del primer cuerpo, al mando del coronel Susini, compuesta de los batallones santafesino, 5° de línea, Salta y 2ª legión de voluntarios, debiendo ser apoyada de inmediato por la 1ª división del coronel Rivas, que la forman el 1° y 4° de línea, «San Nicolás» y Legión Militar.

El estampido del cañón de una pieza es la primera alerta que los paraguayos se comuni-

can y que disparan contra una compañía de infantes del 1° de línea que avanza de vanguardia en el primer momento y que anima el comienzo de la acción.

El vibrar de los clarines y el redoble de los tambores tocando a la carga y las voces de mando de jefes y oficiales dicen del exordio del gran drama.

La compañía del 1° de línea, una vez que se ha tomado sin dificultad la trinchera de avanzada y que es la fuerza primera que avanza al mando del capitán Ricardo Méndez, para despejar el camino y abrir el fuego, es puesta fuera de combate por la fusilería y metralla paraguaya.

Esto envalentona al enemigo y enardece al soldado argentino, mientras que el clarín vibra marcialmente y el tambor anima con sus redobles guerreros el avance de las guerrillas, que pasan bravamente envueltas en una atmósfera de fuego.

El combate o mejor dicho el avance es heroiamente sostenido por la división Susini, pero le es imposible adelantar, porque se interponen la zanja y los *abatis* y tiene fuera de combate a la mitad de la tropa y a los jefes: del 5° de línea, coronel Victorica, de la 1ª legión voluntarios, comandante Giribo-

ne y del santafesino mayor Genaro Racedo.

Para persistir en el ataque y apoyar a la división Susini, avanza la 1ª división al mando de Rivas, compuesta de los batallones 1° y 3° de línea, Legión Militar y «San Nicolás». La tropa ataca con furia y con sostenido vigor se baten a tiro de pistola los infantes argentinos al descubierto y los paraguayos parapetados tras de la trinchera, pero no obstante el valor desplegado por los atacantes, todo esfuerzo es inútil.

Puesta fuera de combate la guerrilla del 1° de línea avanza el coronel Roseti con el núcleo del batallón desplegado en cazadores y apoyado por el «San Nicolás». El 1° no cede terreno, no obstante ver caer a casi todos los oficiales, quedando reducidas sus plazas a su sexta parte, poco más de cincuenta hombres. Avanza el «San Nicolás» y los pocos soldados del 1° hacen fuego confundidos con aquella unidad y ambos batallones persisten en el ataque, protegidos por el 3° de línea, a cuya cabeza marcha su jefe Alejandro Díaz, que se adelanta con rapidez y resolución, marchando al flanco del 1° y del «San Nicolás» y logrando salvar los *abatis* salta con unos pocos soldados a una altura de la empalizada.

Si en alguna página de los anales guerre-

ros argentinos brilla hasta la temeridad la resolución y el valor, que es abnegación, y el sacrificio de jefes, oficiales y soldados, es en este asalto, en que el amor propio y hasta los celos por rivalizar y sobresalir juegan un saliente papel.

Sí, en verdad no hay jefe alguno que se resigne a ser el último, todos en cambio quieren ser los primeros.

Ejemplo de ello lo evidencia el jefe del 3º de línea, comandante Alejandro Díaz, que, subido a una altura a pocos metros de la trinchera, anima a su cuerpo y llamando al porta subteniente Belisle, le pide la bandera y agitándola exclama, creyendo poder penetrar dentro de las trincheras: ¡A mí, batallón tres!.... ¡A mí! hasta que recibe cuatro proyectiles de fusil que le tumban muerto y a quien luego el capitán Sebastián Casares, al verle tendido y yerto, le quita el kepí para que aquella prenda sagrada del ilustrado oficial no caiga en poder del enemigo.

El avance de la 1ª división también resulta infructuoso. El ataque se detiene por las dificultades que le oponen las defensas, el fuego de cañón y la fusilería. Están tan próximas las fuerzas argentinas a las trincheras que las tropas enemigas, según afirman los

escritores paraguayos citados, eligen a discreción y con impunidad a los jefes y oficiales argentinos que quieren eliminar y los que sirven de blanco, como que se hace fuego a 30 pasos a tiro de pistola, como expone el general Emilio Mitre, jefe del segundo cuerpo, en el parte de la acción.

Rivas anima a los suyos, da órdenes de mando o las imparte con sus ayudantes porque no se le puede oir por la distancia, el retumbar de los cañones y el crepitar de la fusilería, y es en el momento en que excita a los suyos, que un casco de metralla le hiere la mano destrozándole varios dedos, lo que no le impide seguir en el puesto que su dignidad y valor le fijan, que es el comando de su división.

En el instante en que el fuego es seriamente sostenido por el 1° de línea, cae muerto su jefe el coronel Roseti, y de seguida cuando la figura arrogante del coronel Charlone se yergue para animar a los soldados de la Legión Militar y hacerles avanzar en aquel infierno de balas y proyectiles que hacen temblar la tierra, cae herido.

Entre aquella atmósfera de fuego, por el continuo disparo de los cañones y obscurecida por el vapor de la pólvora, se nota,

en cuanto el humo puede permitirlo, la figura de los jefes y oficiales que animan con la palabra y la acción el avance de la tropa, mientras se siente el sonido de los clarines que tocan:—¡Fuego sostenido en orden desplegado! — Se ve el paño de las banderas hechas girones y a algunas de las cuales sólo quedan flecos porque las ha quemado el fuego de la metralla paraguaya, disparada por un enemigo que tira tendido en tierra y guarecido por la trinchera, mientras que los soldados argentinos, viendo inútil el sacrificio y sintiéndose vencidos, persisten en gritarles que abandonen los baluartes y salgan para medirse en lucha de igual a igual.

El esfuerzo de la 1ª y 4ª división no resulta, porque hasta en el momento en que éstas se acercan hacia la derecha del segundo cuerpo brasileño del general Carvalho que les ha pedido protección, pierden el contacto a causa de la espesa cortina de humo que les impide distinguirse; pero un tanto despejada la nube se juntan al fin, sin que ello importe facilitar el avance.

Deshechas la 4ª y 1ª división, ésta con sus jefes de batallón — excepto el mayor Roca del Salta — que lo eran Roseti, Victorica, Charlone, Díaz y Retolaza, fuera de com-

bate, se pretende insistir en el ataque, y entonces el general Paunero, por orden superior, ordena el avance de la 2ª división al mando del coronel Arredondo, compuesta del 4° y 6° de línea, 2ª legión de voluntarios y cazadores de la Rioja, pero este nuevo refuerzo también resulta inútil, no obstante la decisión de jefes, oficiales y tropa y la del mismo general Paunero, que marcha a la cabeza de los asaltantes. La metralla y la fusilería ralean las filas argentinas y caen al frente de las unidades: Fraga, jefe del 4°, Luis María Campos, del 6°, Gaspar Campos, del «Cazadores de la Rioja» y Sotelo, de la Legión Voluntarios.

Mientras que la línea atacante del centro es contenida en el avance, sostiene el ataque por la izquierda paraguaya el segundo cuerpo comandado por el general Emilio Mitre.

«Este general dispuso que la 4ª división, al mando del coronel Mateo J. Martínez, formada por los batallones 9° y 12° de línea, 1° del 3er regimiento de guardias nacionales de Buenos Aires, 3° de guardias nacionales de Entre Ríos y 2° de línea, iniciara el movimiento de avance, y que la 3ª división, a las órdenes del coronel Pablo Díaz, compuesta de los batallones Córdoba, San

Juan, Mendoza y San Luis, y 2° de Entre Ríos, fuera situada a una distancia prudencial de la 4ª como reserva general de la misma. La 2ª división, al mando de coronel Agüero: batallones 2° y 4° de guardias nacionales de la provincia de Buenos Aires, cumpliendo órdenes del generalísimo, fué colocada en línea paralela con la batería que el enemigo había establecido en el flanco derecho del *procandis* del camino que las columnas tenían para arribar a *Curupaiti.* (1) Servía de reserva a la 3ª estando al mismo tiempo ligada con la 1ª que cubría el alza del monte que, partiendo de *Rojas-Cué,* viene a salir a la derecha de nuestro campamento, y en ese día en la disposición que nos hallabamos a retaguardia de las columnas que operaban sobre la línea fortificada de *Curupaiti.* Esta división mandábala su jefe nato el coronel José María Bustillo.

»En esta situación y después de prolijos reconocimientos sobre la línea de *Curupaiti,* que me dieron la medida de ser inaccesible por su izquierda a consecuencia de los obtáculos naturales que imposibilitaban el paso de nuestras columnas, llegó la hora de las 12 del

(1) El general Emilio Mitre, escribe *Curupaiti.*

día, al iniciarse la cual dió el generalísimo la orden de atacar. Hice correr, dice don Emilio Mitre, a la izquierda los batallones de la 8ª brigada que en ese momento cerraban nuestra derecha, y después de haber hecho alto un instante en el paso del estero marcharon al ataque. Estos tres batallones tomaron la derecha de las fuerzas del primer cuerpo que ya a la sazón coronaba la trinchera batiéndose encarnizadamente a tiro de pistola». (2)

La 8ª brigada al mando del coronel Calvete, según entiende el autor, se detiene para orientarse, en el avance; despliega sus compañías en orden disperso y avanza respondiendo con su fusilería a las tropas paraguayas que hacían fuego por los bastiones de la trinchera y cuando más recio era el ataque y más constante y firme el fuego, los tenientes coroneles Calvete, jefe del 9° de línea y Ayala del 12° quedan fuera de combate por estar heridos.

Avanzaba a retaguardia de esos batallones el 3° de guardias nacionales de Entre Ríos y en el instante en que su segundo jefe sargento mayor Lucio Salvadores, agitando su kepí y dejando flotar su sedosa y negra cabellera que daba a su gentil figura aspecto de héroe ro-

(2) Parte de la acción correspondiente al general Emilio Mitre.

mancesco, indicaba a sus soldados un claro en la trinchera ordenando: ¡Fuego avanzando terreno! cae mortalmente herido. Sin duda que al expirar el joven y brillante oficial que distinguía el Generalísimo, tendiendo sus manos a la altura y abandonando su acero, al dar su adiós a la patria, se unía en estrecho abrazo con la gloria, visión que contemplaron sus ojos al cerrarse para siempre. (1)

No obstante la persistencia del ataque y de tener heridos todos los jefes de batallón que tomaron parte en él, que lo eran los tenientes coroneles Calvete, Ayala, Pedro García del 3° de Entre Ríos y contuso el mayor Lucio Mansilla y otros jefes, el fuego siguió sin ganarse ventaja alguna hasta que se ordenó la retirada.

Habían dado las 4 de la tarde, cuando las unidades del primer cuerpo del ejército argentino atacante que habían sufrido más el mortífero fuego, batallones 1°, 3°, 4°, 5° y 6° de línea, Legión Militar 1ª y 2ª, legión de voluntarios y batallones *San Nicolás*, *Rioja*, *Santa Fe* y *Salta* tenían fuera de combate 12 jefes, 111 oficiales y 1.346 soldados.

En cuanto al segundo cuerpo éste había re-

(1) Los cuerpos del coronel Roseti y mayor Salvadores no pudieron salvarse, pues no se encontraron.

cibido un total de bajas no tan importante como las del primero, pero se contaban entre muertos y heridos 603 hombres, siendo de ellos 4 jefes, 36 oficiales y 563 de tropa. Las unidades que sufrieron más fueron los batallones 9° y 12° de línea, 1° del 3er regimiento de guardias nacionales de la ciudad de Buenos Aires y 3° de guardias nacionales de Entre Ríos.

El total general de bajas en estos dos cuerpos alcanzó a 2.182 combatientes, si no hay error en el cómputo. (1)

El ejército brasileño que al mando del Barón de Porto Alegre atacó la derecha paraguaya, o sean las baterías próximas al río Paraguay, se componía, como queda dicho, de 8.500 hombres divididos, como el ejército argentino, en dos cuerpos.

Parte del primer cuerpo de este ejército, la división Argolho, se corrió, durante el asalto, de la derecha hacia el centro, buscando la protección que solicitó de las tropas del general Paunero, o sea de la 1ª división al mando del coronel Rivas.

La columna brasileña de la derecha, bajo el comando del coronel Caldas, avanzó costeando

(1) Véanse los partes de los generales Paunero y Emilio Mitre en el Apéndice.

el río. La formaban seis batallones de infantería y tres regimientos de caballería desmontada. Esta columna iba auxiliada por un cuerpo de artillería a caballo que tenía 8 piezas rayadas, 2 obuses y 2 coheteras.

De esta división dice el parte brasileño: «El cuerpo de artillería a caballo, comandado por d'Almeida Gama Lobo d'Eza, avanzó con el 4° batallón de artillería a pie que llevaba 8 piezas, 4 coheteras, 2 cañones obuses y 2 de montaña.

»Este batallón colocó las baterías a la derecha, combatió con coraje y sus pérdidas fueron muy insignificantes, mientras que el 4° de caballería a pie, a las órdenes del comandante Rego Monteiro, colocó sus baterías de 2 cañones obuses, uno de 12 de los tomados en *Curuzú*, otro de 4 y dos de 12 de montaña a la derecha de las 8 piezas rayadas mencionadas anteriormente sosteniendo el fuego hasta el medio día».

La división de infantería de la derecha del general Carvalho, compuesta de la 1ª brigada del coronel Maia Bitencourt, formada por los batallones 29°, 34° y 47°, marchó al asalto. No obstante caer mortalmente herido el comandante del 29° (*voluntarios da patria de Bahía y Río Janeiro*) el batallón avanzó bajo el fuego

hasta la trinchera, pero tuvo que retirarse. Lo mismo efectuaron los cuerpos que marchaban a retaguardia protegiendo al 29° (*voluntarios de Paranahiba y Pernambuco*), que perdieron 271 hombres entre oficiales y soldados.

La 4ª división Albino, compuesta de los cuerpos 1°, 2° y 5° (*Cazadores a caballo de Río Grande del Sur*), con sus respectivos comandantes mayor Texeira López, Tranquilo Velloso y Manuel Rodríguez Junior, entró resuelta al fuego pretendiendo asaltar la derecha, pero fué rechazada igualmente que la brigada Bitencour, perdiendo 140 hombres.

La brigada Paranhos, auxiliar de la división Albino, formada por dos batallones del regimiento 6° de infantería de línea, 10° de *voluntarios de Bahía*, 11° de *Pernambuco*, 20° de *Alagoas* y 46° *de Bahía*, se dividió en la marcha, avanzando en guerrilla los batallones 6°, 9° y 11° y quedando en protección de la artillería el 20° de *voluntarios de Alagoas* y 46° de *voluntarios de Bahía*.

No obstante lo resuelto del avance, los batallones 6°, 9° y 11° se vieron en la imprescindible necesidad de replegarse ante el incesante fuego de cañón a bala rasa y metralla de las

piezas enemigas. En el rechazo perdieron estos cuerpos 356 hombres.

La división de la izquierda del coronel Caldas, compuesta de las brigadas Caldas y Vasconcellos, también se dividió y marchando la 1ª, compuesta de los batallones 5° y 8° (*voluntarios de Río Janeiro*), 12° (*cuerpo policial de Río Janeiro*) y 11° provisional de línea, transpusieron la primera línea de trincheras abandonada por los paraguayos, siguieron por una picada que había en el plano hasta el frente de la segunda trinchera, pero al intentar asaltarla fueron constantemente rechazados muriendo algunos dentro de la misma. (1) Esta división perdió 332 hombres, de ellos 22 oficiales.

La 3ª brigada de la izquierda, coronel Gandulfo da Rocha Medrado, la formaban los batallones 18° *de voluntarios de Río Janeiro*, 32° de *voluntarios* de *Río Janeiro y Bahía* y 36° de *voluntarios* de *Maranhao*, pero esta brigada no respondió a la confianza que se le tenía, porque en el momento que sostenía el fuego y recibía la protección de la caballería brasileña, empezaron los soldados del 18° y del

(1) Esta afirmación de Schneider la desmiente Centurión, quien manifiesta que dentro de la trinchera principal no penetró aliado alguno. El que escribe piensa lo mismo.

36° a gritar: *el enemigo nos corta por la espalda.* Sucedió a esa exclamación, en seguida, el pánico entre las tropas y entonces los soldados de esos dos cuerpos huyeron en desbande hacia el monte, desde donde hacían un fuego sostenido pero inútil.

He aquí cómo el historiador Schneider, refiere el hecho, en la página 365 T° II de su obra:

«O batallón 18° atacó tres vezes a trincheira inemiga. No ultimo ataque foi morto o commandante e viendo de reforço os nossos lanceiros a pé, appareceram na frente gritos de: «*a cavalería nos corta a retaguardia*». Commençaran os soldados d'este e dos outros corpos da brigada a recuar para matta e'ahí se entricheiraran sustentando o fogo.

»O 36° animado pelo seu brioso e bravo commandante o capitão Hypolito Mendes da Fonseca, atacôu con denodo formando a direita da brigada, mas muito cedo tere de lastimar a morte de este distinco official, cuyo cadaver muitas prasas da corpo affirman ter visto junto a trincheiras. Os tres corpos da brigada deram tres violentos ataques con algunas otros corpos da columna do centro ate a chegada de algunos otros corpos nossos de lanceiros a pé fez sahir dentro ellos gritos: «*a cavalleria nos corta a retaguardia*»

que fizeron debandar muitos soldados e as linhas recuando en desordem entrinchincheraran na matta, sen que se conseguisse mais fazel-os avançar e assim sustentaron o fogo ate aõ toque de retirar combatendo ja dispersados».

La división Gandulfo perdió 303 hombres.

La 7ª brigada, comandante Albino Pereyra, compuesta de los cuerpos provisionales 7º, 8º y 9º de caballería de Río Grande del Sur, avanzó desmontada al ataque pero tuvo que retroceder.

Fueron igualmente rechazadas las brigadas de la 3ª división, del coronel Lucas da Lima; regimientos 4º, 5º y 10º de guardias nacionales de Río Grande del Sur, y la brigada Astrogildo; 3º, 4º y 5º también de guardia nacional de Río Grande del Sur, que sufrieron numerosas pérdidas.

Respecto al total de bajas de los brasileños en el asalto, pueden éstas equilibrarse con las argentinas, pues, según los cálculos más aproximados, se estimaron en 2.282 hombres.

Los jefes brasileños muertos fueron: Sousa Barreto, Antunes de Abreu, Francisco de Mattos, Hypolito da Fonseca, Sousa e Miello, Gastillo do Reis, Machado Lemos y Mariano L. da Rocha Medrados. Heridos: Vasco de Alves, Roque de Souza, Gerónimo de Sampaio,

Rodríguez Liana, Aurelio de Andrade, Bentos Gonzalez, Aniceto Voy, Cardozo da Costa, Olinto Carvalho, Estirao da Cunha y Baptista da Moura.

XI

El desastre.—La retirada.—Declaraciones del parte de la acción por el Generalísimo.—Unidades argentinas y brasileñas comprometidas en el asalto—Jefes y oficiales argentinos muertos y heridos.

Eran las 4 de la tarde, cuando, después de cinco horas de un fuego tenaz y de un ataque que era un completo desastre, y en circunstancias que de la mayor parte de los cuerpos argentinos y brasileños sólo restaba un diminuto número, pues los batallones eran esqueletos de lo que fueron, el Generalísimo ordenó la retirada. Al efecto consultó con el Barón de Porto Alegre sobre el caso, quien se manifestó en un todo de acuerdo, pero como conviene dejar hablar al comando en jefe, se transcribe lo que éste dice en el parte de la acción:

«A las doce del día se dió la señal del asalto a las tropas de tierra, el que se emprendió en cuatro columnas de ataque, convenientemente apoyadas por sus reservas y por dos baterías una y otra brasileñas, que obraban

cruzando sus fuegos desde los flancos del frente de ataque. [1]

»Las dos columnas de ataque de la izquierda (argentina) por la parte del río, eran compuestas de tropas brasileñas, y las dos de la derecha (argentina) pertenecían al ejército argentino.

»Las dos columnas centrales que constituían la base del ataque marcharon denodadamente al asalto, rigurosamente apoyadas por las columnas de los flancos que marchaban paralelamente, y en este orden se llevó el asalto bajo el fuego de fusilería y de metralla del enemigo, forzando su primera línea de fortificación y avanzando hasta el foso de la segunda, defendida por una ancha línea de *abatis*, sobre la cual convergían todos los tiros de la artillería enemiga.

»Contenido el ímpetu del ataque por la línea de *abatis*, que se componía de gruesos árboles espinosos enterrados por los troncos, y que en más de treinta varas obstruían el acceso a la trinchera, los cuales no era posi-

---

[1] El Generalísimo olvida mencionar, como igualmente olvidan los generales Paunero y Emilio Mitre en sus partes, que la artillería argentina tomó parte activísima en el ataque, y que apoyaba, el avance de la infantería argentina. Esta artillería pertenecía al regimiento 1º de artillería argentina y una brigada también de artillería argentina. Se distribuyó en dos unidades mandadas por los coroneles de Vedia y Federico Mitre.

ble incendiar, se procuró abrir en ellas algunos portillos haciendo penetrar compañías que dominaran con sus fuegos el parapeto enemigo, permitiesen colmar el foso con fajinas y plantar las escalas que se llevaban preparadas.

»Como V. E. lo sabe muy bien, las líneas de *abatis* no han sido forzadas nunca en asalto franco ni aun por las primeras tropas del mundo, así es que fué necesario forzar el ataque con la segunda línea de reservas parciales, comprometiendo en las dos columnas del ataque central veinticuatro batallones, doce en cada una de ellas, mientras que las otras dos columnas de los extremos maniobraban a fin de forzar los flancos de la línea enemiga que se apoyaba por la derecha en el río Paraguay, cubierta por un triple recinto y un bosque y por la izquierda en dos lagos con una doble línea cubierta por un bosque y dos esteros impenetrables que se prolongaban hacia la retaguardia de nuestra derecha, donde se habían establecido algunas baterías de flanco y de revés.

»Salvadas por la columna argentina las expresadas baterías de flanco y de revés, a cuyo frente se dejó una cuarta línea de observación, que, a la vez que cubría nuestro flanco,

apoyaba la tercera línea de reservas generales, se estableció allí una batería argentina para contrarrestarlas, no siendo posible flanquear por allí la posición enemiga, por ser los esteros y el bosque del todo punto impenetrables.

»Reforzado como queda antes dicho el ataque central, se mantuvo por espacio de dos horas y cuarto, dominando la última línea del enemigo, haciendo fuego desde lo alto de los *abatis*, bajo el disparo incesante de 30 piezas que tiraban a metralla, plantándose escalas en el foso y penetrando algunos hasta la cresta del parapeto.

»En estas circustancias y habiéndome puesto de acuerdo con el Barón de Porto Alegre y viendo que no era posible forzar ventajosamente la línea de *abatis* para llevar el asalto general, sino comprometiendo nuestras últimas reservas, y que una vez dominada la trinchera no se obtendrían los frutos de tal victoria parcial, desde que no se conservaban tropas superiores para penetrar en orden al interior de las líneas y hacer frente allí a las reservas del enemigo, acordamos mandar replegar simultáneamente y en orden las columnas comprometidas en el ataque, reuniendo previamente todos nuestros heridos y trayéndolos a nuestras reservas, así se efectuó des-

pués de las 2 de la tarde, replegándose los batallones con sus banderas desplegadas a retaguardia de nuestra línea de reservas que convenientemente se estableció dentro del tiro de metralla, a 400 varas de la línea enemiga protegiendo este movimiento.

»Desde la hora en que se efectuó el movimiento hasta después de las 5 de la tarde, es decir por espacio de más de tres horas, me mantuve en la misma disposición y a la misma distancia, avanzando una línea de tiradores sobre la trinchera enemiga y manteniendo el fuego bajo el tiro de metralla, sin que un solo enemigo se atreviera a salir de sus fortificaciones y sin sufrir más hostilidad que la de su artillería, que era convenientemente contestada por la nuestra.

»Pasadas las 5 de la tarde y recogidos nuestros heridos, ordené el movimiento en retirada por escalones, salvando nuevamente y con muy pocas pérdidas, las baterías de flanco enemigas, regresando antes de anochecer a nuestras antiguas posiciones de *Curuzú*, donde permanecemos hasta la fecha.

»El denuedo de las tropas, tanto brasileñas como argentinas, no ha podido ser más grande en esta jornada, y ningún elogio necesitan para que todos les hagan la merecida justicia;

por lo tanto me limitaré a decir que la comportación de todos ha sido heroica y que presente en el fuego durante cinco horas de combate considero a todos sin excepción alguna acreedores a la gratitud del pueblo y a la consideración del gobierno recomendando muy especialmente a los que con tanto denuedo marcharon al asalto y murieron gloriosamente encima de las trincheras. »

Dice también el Generalísimo «que por parte del ejército argentino se comprometieron diez y siete batallones en el asalto». Si esos batallones han de contarse por el número de bajas que sufrieron, colocándolos por el orden de unidades y según los partes, debían de ser los siguientes: 1°, 3°, 4°, 5°, 6°, 9° y 12° de línea; Legión Militar, 1ª y 2ª de Voluntarios; batallones: San Nicolás, 1° del 3° de guardias nacionales de Buenos Aires, 2° y 3° de Entre Ríos, Santafesino y Salta.

Por los datos que se han podido compilar, las pérdidas de jefes y oficiales puestos fuera de combate en el asalto fueron las que a continuación se mencionan:

Jefes muertos: Batallón 1° de línea, Manuel Roseti. Legión militar, coronel Juan Bautista Charlone. Batallón 3° de línea, teniente coronel Alejandro Díaz. Batallón 4°, teniente co-

ronel Manuel Fraga. Batallón 2° de guardias nacionales de Entre Ríos, mayor Lucio Salvadores.

Oficiales: Capitanes Córdoba y Muñoz del 6° de línea, Sarmiento del 12°, Nicolorich del batallón Santa Fe. Tenientes Caliva, Vázquez, Yerval, Giñane y Benavente de la Legión Militar y Grandoli del Santa Fe. (1)

Heridos: Coronel Ignacio Rivas, hecho general en el asalto. Batallón 5°, teniente coronel Rufino Victorica; 6°, sargento mayor Luis María Campos; 9°, teniente coronel Benjamín Calvete; 12°, teniente coronel Manuel Ayala; cazadores de la Rioja, teniente coronel Gaspar Campos; 1ª Legión Voluntarios, teniente coronel Pipo Giribone, sargentos mayores Sotelo de la 2ª Legión de Voluntarios; Retolaza, del San Nicolás y Lora del 1° de línea; Lucio Mansilla del 12°, Cazadores de la Rioja, mayor Fernández.

Oficiales subalternos: Morel del 1° de línea, Paz de la Legión Militar; Solier del 1°; Uriarte del mismo; Sastre del Santa Fe; Ceballos del 6°; Hidalgo, Borda, Flores, Gerenil de la Legión Militar; José I. Arias del 6°; Domínguez del 9°; Nicolás Palacios, Enrique Luzuriaga y Manuel Isacar del 4°; Cándido López del San

(1) Otros, que no se nombran, murieron posteriormente en los hospitales.

Nicolás; Pablo Belisle del 3°; Ruperto Fuentes, Alejandro Aguirre y Ricardo Méndez del 1°, Segovia y Darragueira del 3° del 1° de guardias nacionales de Buenos Aires; Mariano Márquez y Nicanor Márquez del San Nicolás; Dionisio Alvarez del 5°; Timoteo Rodríguez y Francisco Quevedo del Santa Fe; Luis Casanova Legión Voluntarios; Alejandro Plaza, Enrique Pérez y Francisco Gache del 9°; Justo Gómez y Alejandro Montes de Oca del 4°; Fidel Guevara del 12°; Saturnino Torino, Abraham Latorre, Vicente Tejerina, Pedro Velarde, Angel Echevarría, Ramón Márquez, Ignacio Morales, Francisco Mori, Napoleón Balferi del Salta; Faustino Castellanos 2ª Legión Voluntarios; Severo González del Rioja, José M. Ayala 3ª división (?); Salvador Tula, Belisario Liendo, Aureliano Espinosa y José Castillo del 6°; Lorenzo Ramírez Legión Militar; Carlos Smith del 1°; Trifón Verger (?); Salvador Migoya del 5°; Francisco Mayo del 4°; Cándido Honorio del Rosario; José Torres y Mariano González del 12°; Cayetano Díaz del 5° de guardias nacionales; Manuel de la Cuesta del 4°; Ventura Lanús del 12°; Bautista Paz y Aurelio Galíndez del Rioja; Rosario Castiglioni (estado mayor); J. B. Elisamón, Gregorio Tejera y Benigno Quiroga, del Entre Ríos: Blas

Ramayo y Martín Viñales del Rosario; Pablo Wolf, Juan Vera y Ceferino Villano del 12°. (1) Cuanto a las pérdidas de los paraguayos éstas no alcanzaron a 100 hombres fuera de combate, soldados en su casi totalidad.

---

(1) A la lista anterior habría que agregar algunos con cuyos nombres no se pudo dar, no obstante las diligencias, pues de los documentos muchos son deficientes. La lista que se publica ha sido tomada del diario *El Nacional* correspondiente al dia 29 de Septiembre del año 1866.

XII

Abandono de la trinchera y retirada. — Saqueo e incendio. — La noche de Curuzú. — El toque de silencio. — Psicología del soldado.

Dice el Generalísimo en el parte citado «que antes de anochecer llegaba el ejército aliado a sus antiguas posiciones de *Curuzú*».

Muchos de los batallones reducidos a la cuarta parte de sus unidades, careciendo de sus jefes y de la mayor parte de los oficiales, (se afirma que hubo resto de batallón que se retiró mandado por un sargento), descendían de las alturas de las trincheras, y sus soldados contemplaban aquellos sitios, testigos de la más emocionante y trágica de las escenas de una guerra que ponía constantemente a prueba el valor y la abnegación.

Al seguir los pelotones de los cuerpos el camino de la retirada, agobiados por el cansancio y en silencio, los soldados se sentían apenados al oir los quejidos de los heridos, los ayes de los que no pudieron salvarse y que

parecía les daban a sus camaradas, en su intenso dolor, el último adiós. Algunos miraban a derecha e izquierda con cierta ansiedad, o con sorpresa, cuando, recordando al compañero de fila de la mañana, extrañaban no verlo a su lado, mientras otros exclamaban, con la amenaza del reto, mirando a las trincheras: «¡Ojalá salieran a campo limpio y verían cómo les iba con los pocos paquetes que nos quedan!» (1)

Y llegó la lista de tarde, y al llamar los nombres de los que no contestaban, un silencio de muerte reinaba en las filas raleadas por el fuego del cañón, de la fusilería y la la metralla.

La media luz del atardecer, la opacidad de las nubes que avanzaban en la altura, semejaban la mortaja que cubriría los despojos de los que noblemente sucumbieron, a los que la parca segó los días de la vida en las horas temprana de la existencia con todos sus prestigios y seducciones.

El triste murmurio de la selva, las luces del campamento que parecían moverse fantásticamente en la espesura, embargaba el ánimo

(1) Véase la correspondencia de Mansilla publicada en *La Tribuna*.

con un dolor íntimo, con una ansiedad indefinible, que era a veces el desaliento que deprimía a los varones fuertes, cuyo triste mirar velaba las armas y contemplaba las constelaciones.

Y para que nada faltase y al cuadro del desastre se uniese la nota macabra de la impunidad en el despojo, el batallón 12° de infantería paraguaya, que en el día del asalto llegó a la trinchera, salió de los reductos a registrar los morrales y los bolsillos de los uniformes de los caídos, particularmente de los brasileños, que en la mañana del día del asalto habían recibido sus haberes en oro. Y una vez llevado a cabo la rapiña, estas hienas prendieron fuego al campo, incendiando los troncos de los árboles espinosos, el tupido ramaje que formaban los *abatis*, y el resplandor de las llamas iluminó el siniestro cuadro al que daba una nota de horror el chirrido de las carnes de los cadáveres que se carbonizaban: de aquellos que fueron grandes en sus ideales, magnánimos con la patria y gloriosos en la muerte.

Dice el coronel paraguayo Centurión: « El batallón 12°, a las órdenes del coronel Saturnino Viveros, fué llegando a *Curupayty* como media hora después de haber terminado la

acción. Sin duda fué enviado allí para cuando fuese necesaria su cooperación. Y como no hubo esa necesidad, recibió orden para salir de la trinchera a recoger las armas y despojos de que estaba sembrado el campo, volviendo los soldados con los uniformes argentinos y brasileños que habían quitado a los muertos, y como habían recibido su pago poco antes encontraron y trajeron muchas libras, relojes y otras alhajas de oro y plata.» (1)

Sobre el particular, Thompson, confirmando lo de Centurión, dice:

« Cuando el enemigo se retiró, López ordenó al batallón 12° que saliera de la trinchera a recoger las armas y los despojos, y además de esto hizo una verdadera *massacre* con todos los heridos. Les preguntaban si podían caminar y los que contestaban que no, eran asesinados inmediatamente. Apenas había uno que otro que pudiera andar, pues los que podían hacerlo se habían retirado adentro de sus líneas. Interrogado un teniente, Quinteros, que tenía la rodilla rota, si podía caminar, respondió que no; entonces el soldado empezó a cargar el fusil para matarlo, pero el oficial logró arrastrarse como pudo y se salvó.

---

(1) Centurión. Obra citada, tomo II, página 279.

»Apenas se tomaron una media docena de prisioneros, pues los demás fueron muertos. Fueron tomados dos paraguayos de la Uruguayana y el general Díaz los colgó de unos árboles bajo su propia responsabilidad. Uno de ellos tardó mucho en morir, y rogó a Díaz lo hiciera matar porque sufría atrozmente. Díaz contestó que eso era justamente lo que él deseaba. (1)

El batallón 12° volvió vestido con los uniformes argentinos que habían quitado a los muertos; encontraron muchos relojes y libras esterlinas, porque los soldados aliados habían sido pagados recientemente. Se vistieron varios batallones con los uniformes de los muertos, y se tomaron más de 3.000 rifles de Lieja, en buena condición, pero un gran número habían sido estropeados por las balas. Se recogió una gran cantidad de libras esterlinas, que Madama Linch compró por papel moneda. Se tomaron también muchos tambores y cornetas, pero ninguna bandera.» (2)

Llegó la hora del descanso y en la lobreguez de la noche los clarines vibraron en todos

---

(1) Ese era el hombre a quien parte de la juventud argentina ha dedicado una placa de bronce con adjetivos exagerados, pomposos y ridículos. Y no solamente nunca fué héroe sino sólo un sayón de López, obediente como un esclavo.

(2) Thompson. Obra citada, página 196.

los ámbitos del campamento, desde el estero y el llano a la loma, la hondonada y el monte en el triste y prolongado toque de silencio, y los soldados, desde el veterano al recluta, tendieron sus cuerpos en el duro suelo, y mientras unos bajo el lienzo de la carpa con las manos crispadas arrancaban en su dolor puñados de tierra, otros sentían que por sus mejillas, endurecidas por las intemperies y quemadas por el sol del trópico, corría una lágrima escapada de los ojos humedecidos; ojos que horas antes contemplaron sin pestañear el peligro y desafiado impávidos la muerte, cuando el soldado exclamaba entre el reventar ensordecedor de la metralla, en la exaltación del entusiasmo: ¡Aquí está la azul y blanca: siempre fué libertadora!

Y mientras así pensaban en la recordación de las escenas de sangre que contemplaban a los reflejos del incendio, caían las hojas amarillentas de los árboles en copiosa lluvia y faltas de savia cubrían el suelo pareciendo decir en su muda elocuencia que en la vida todo está destinado a morir.

¡Ese era el epílogo, el adiós postrero de los que entregaban en la tregua sus cuerpos al descanso, mientras que sus espíritus fuertes rememoraban a más de 5.000 camaradas bra-

sileños y argentinos que, unidos en un estrecho abrazo, que no podía desatar la muerte, triunfaban de lo humano para ascender a las regiones eternas de la gloria!

XII

El Generalísimo

Declara también el Generalísimo en el parte del asalto: «que desde la hora en que se efectuó el movimiento de repliegue de parte de las columnas atacantes hasta después de las cinco de la tarde, es decir, por más de tres horas, se mantuvo en la misma posición y a la misma distancia.»

Quiere ello decir que cuando tal afirmación se escribe y se habla del papel que en la acción se desempeñó en presencia de testigos que abonan de su verdad, que es en realidad cierto que el comando en jefe también se mantuvo dentro de la zona del fuego.

Quiere ello decir que en el momento que el desastre lo evidenciaban los vencidos, siendo su consecuencia la derrota, el fracaso del valor heroico y que se veía replegarse a las fuerzas de vanguardia, el Generalísimo fijaba la mirada de sus ojos claros en el cuadro conmo-

vedor del asalto, que era la vista de los soldados atacantes, de los heridos y de los muertos; los restos de los batallones que con sus últimas secciones seguían en el fuego pugnando por salvar los fosos y penetrar en las trincheras, y contemplaba esa escena en medio del incendio y el estallido de los proyectiles, allí donde el enemigo rechazaba la acción resuelta y gallarda de la pelea cuerpo a cuerpo y sin el amparo de las defensas de zanjas, escarpas y *abatis* que a él lo defendían.

Hubo momentos en que los jefes y ayudantes del Estado Mayor dirigieron sus miradas al Generalísimo y le observaron frío y sereno, pero aunque sin interrogarlo, porque eso no era posible, algunos no pudieron menos de decir muy levemente: ¡Es que el General busca la muerte!

¡La muerte!.... No debía encontrarla allí en los momentos de suprema prueba. ¡No! La vida le reservaba para que la fortuna le brindara oportunidades, si no tan emocionantes, brillantes y memorables. Luego, años después, cuando en el ejercicio del gobierno, en las exposiciones tranquilas del gabinete, en la defensa del derecho público argentino y de la soberanía nacional, en la diplomacia, en los debates trascendentales de la tribuna parla-

mentaria relativa a los fueros constitucionales, en las polémicas del diarismo, en la fustigación del ataque o de la defensa, en el estudio de los anales históricos argentinos y americanos, que en palabra elocuente y en estilo fácil de publicista evidenciaron sus virtualidades de estadista y sus singulares condiciones de orador y periodista, en una tarea vasta, múltiple y compleja, en la que se puso constantemente a prueba con hombres de la talla de Vélez Sársfield, Sarmiento, Vicente Fidel López, Alberdi, Juan María Gutiérrez, Rawson, Juan Carlos Gómez y los chilenos Barros Arana y Benjamín Vicuña Mackenna, con quienes midió sus bien templadas armas de combatiente en polémicas memorables en el largo espacio de media centuria.

Se salvaba en *Curupayty*, para que expusiese en las columnas de *La Nación* el dogma del gobierno libre en defensa del derecho y contra el personalismo en el ejercicio del gobierno, que no es el triunfo del capricho y de las ambiciones bajas y pequeñas contra la razón y el patriotismo. Que esa fué su conducta en el diarismo, en el Congreso y en la Convención de Buenos Aires, en los años de 1872 y 1873, para la sanción de la Constitución de 1874, de la que es notorio fué su más brillante

exponente y es en mucha parte su principal actor, como lo evidencia el diario de las Sesiones de la Convención, en la que fué constantemente y hasta su retiro de la misma vocal informante de la Comisión de declaraciones, derechos y garantías.

Tal era el hombre que, consagrado al estudio y la labor intelectual, volvía a la vida, sacaba del polvo de nuestros archivos el pasado histórico, en la crónica de la evolución nacional y en la narración de los hechos que nuestros grandes capitanes realizaron en la lucha homérica por la independencia de América y la obra extraordinaria que nuestros constituyentes escribieron y estadistas realizaron.

Que tal era el hombre que culminaría en la acción entre los de su tiempo, dejando recuerdo imborrable de sus múltiples servicios y gran actividad, que son ejemplo clásico de virtudes cívicas y trascendental enseñanza.

XIII

Causas del desastre de *Curupayty*. — Opinión de los traductores de Thompson. — La desobediencia del alto comando de los brasileños y la inútil marcha de la división de caballería del general Flores. — El comando en jefe y el tratado de la Triple Alianza. — Una carta del Ministro de Relaciones Exteriores doctor Elizalde. — Pretensiones de Tamandaré. — Crítica del general Mitre: «El secreto de treinta años».

Cabe, para ampliar las anotaciones de este estudio, inquirir cuáles fueron las causas del desastre de *Curupayty*.

Los traductores de la obra de Thompson sobre la guerra del Paraguay (es más propio decir guerra contra Solano López) afirman que el combate (asalto quisieron decir) fracasó:

«1.° Porque no se trabó el día 17 a causa de estar lloviendo.

»2.° Porque Tamandaré hizo la señal para que argentinos y brasileños se lanzaran a la muerte sin haber hecho la décima parte de lo prometido (con más propiedad debieran decir que nada hizo).

»3.° Porque la caballería que se introdujo en

terreno ocupado por el enemigo, en vez de dirigirse a la izquierda se dirigió a la derecha y no amagó la retaguardia de *Curupayty* para llamar la atención de sus defensores y no sirvió para coadyuvar al ataque, produciendo, su error en la dirección tomada, el gran mal que debía hacer conocer al enemigo la debilidad de su línea, por ese camino que era el indicado por el general en jefe en su primer plan de campaña.» (1)

Déjense de lado estas observaciones no sin antes establecer que los cuerpos de caballería que, bajo el comando del general Venancio Flores, debían operar por retaguardia y atacar por la izquierda no resultaron por culpa del mismo Flores, que era, como soldado, un hombre de un valor a toda prueba y de una serenidad pasmosa, pero, como jefe no pasaba de ser un vulgar cargador, ignorante del arte y técnica militares como que no sabía de más enseñanza que la práctica de la guerra gaucha de los tiempos de Artigas, Lavalleja y Frutos Rivera.

El asalto, a juicio del que escribe, fracasó:

1.° Por la disparidad de opiniones y desobe-

(1) Observaciones en la nota de la página 200 de la obra citada del señor Thompson.

diencia del almirante Tamandaré y los generales Polidoro y Porto Alegre con el Generalísimo.

2.° Por la pérdida lamentable de tiempo.

3.° Por la falsedad con que, intencionalmente, el almirante Tamandaré revistió su aseveración.

4.° Por la deficiencia de los reconocimientos del terreno en que se iba a operar.

5.° Por la marcha inútil de la división de caballería al mando del general Flores a retaguardia y muy lejos de *Curupayty*.

El Generalísimo, desde que principió la guerra y particularmente después de la rendición de *Uruguayana*, comenzó a tropezar con la desobediencia o disidencia de los jefes superiores brasileños, por mantenerse aquél firme, desde el principio, en lo que creía su derecho. El Generalísimo pensaba y sostenía que como jefe de Estado y mientras se maniobrase y se hiciese la guerra en territorio argentino él y no otro debía dirigir las operaciones.

Sobre este particular establecía el *Tratado de la Triple Alianza*, en su artículo 3°:

«En las operaciones de la guerra, principiando en el territorio de la R. Argentina, o en una parte del territorio paraguayo lindando con la misma, el mando en jefe y la dirección de las fuerzas aliadas permanecerían confiadas

al Presidente de la República Argentina, general en jefe del ejército Brigadier General Bartolomé Mitre.»

A este artículo lo ampliaba una consideración de la que más de una vez debieron asirse Tamandaré, Polidoro y Porto Alegre. Esa ampliación era la siguiente: «Sin embargo, desde que las altas partes contratantes han convenido en no cambiar el campo de las operaciones de guerra, con todo, con el objeto de resguardar los derechos soberanos de las tres naciones, han convenido desde el principio de las operaciones en las reciprocidades del mando en jefe, cuando las operaciones hubieran de hacerse en territorio oriental y brasileño.»

Sobre este particular dice un autor brasileño, el diplomático Joaquín Nabuco: «La cuestión del mando en jefe de Mitre, en una provincia nuestra, sobre todo hallándose en ella y a poca distancia el Emperador del Brasil, determinó a éste a tomar parte en las operaciones militares.» (1)

Fué después de enterado el Emperador de las desaveniencias y que tratándose de la guerra en territorio brasileño, los jefes superiores del Imperio tenían sin duda razón a estar al conte-

(1) Nabuco. *La Guerra del Paraguay*, página 146.

nido del artículo 3° y siempre que el Emperador estuviese desempeñando funciones militares; y fué después de la rendición de Uruguayana, que el Emperador dispuso, en su carácter de jefe general de las fuerzas aliadas, que el comando en jefe lo desempeñara el general Mitre.

Por lo demás, don Pedro II era lógico, porque la marcha de los sucesos u operaciones indicaba que la guerra proseguiría en territorio argentino, provincia de Corrientes y entonces no podía hacerse cuestión respecto a quién correspondería el ejercicio del comando en jefe, que era, en justicia con arreglo al tratado, al general Mitre a quien incumbía.

Sobre este particular agrega Nabuco: «En el ataque y en la entrada a la plaza de *Uruguayana* Mitre cede el primer puesto a Porto Alegre y a Ferraz. (1) Su lealtad es perfecta, su habilidad consumada. Comprende en seguida que el tratado del 1° de Mayo le ha dado en la guerra del Paraguay el primer papel y que hallándose en territorio brasileño y sobre todo frente al Emperador, ceder el primer puesto era no sólo acto de cortesía, sino un gracioso re-

(1) Ministro de Guerra del Imperio.

conocimiento con que el Brasil procediera al firmar el tratado. (1)

»Por otra parte no dar a Mitre el primer puesto al venir a *Uruguayana* (y vencer, debió decir) y no hallándose presente el Emperador (a lo que se oponía Porto Alegre) era debilitar el prestigio a los ojos de López. Acaso no se había pensado aún en la división del mando.

»Después de la concesión de Ferraz y de la insistencia de Tamandaré en traer a *Uruguayana* al general argentino, sólo la presencia del Emperador podía evitar el resentimiento que la actitud de Porto Alegre había de causar y sólo ella podía mantener y afirmar la fraternidad de los ejércitos aliados sin herir la legítima susceptibilidad del Brasil.

»Bajo todos los puntos de vista fué acertada y feliz la llegada del Emperador al cam-

(1) Lo que en el caso es singular, y sobre ello se llama la atención, es el razonamiento de Nabuco, eso del «gracioso reconocimiento de la caballerosidad del Brasil» en una guerra que en su origen nunca fué contra la Argentina, sino de López contra el Brasil, en razón de la intervención armada de esta nación en las guerras civiles de la Oriental del Uruguay y con motivo de lo que llama el partido colorado de esa república *Cruzada Libertadora* contra el gobierno del presidente Berro. (Cualquiera creerá que el presidente Berrro era un déspota). Se habla con respeto a la verdad y con toda imparcialidad, no obstante reconocer que en los diplomáticos uruguayos del partido blanco de Berro, como Sagastume y otros, era tanta la fobia que sentían contra los argentinos que estimulaban a López hiciera la guerra a la Argentina y no al Brasil.

pamento en que se hallaban Mitre y Flores. El espectáculo hirió la imaginación no sólo del Río de la Plata, sino también del propio Paraguay, y fué ante la América del Sur y ante la Europa, la mayor demostración solidaria y oportuna de la solidez de la Alianza. » (1)

¡ La solidez de la Alianza ! Supondrá el lector que las palabras en estilo sencillo y claro empleadas por el distinguido publicista brasileño, fueron presagio de mayor armonía entre el Generalísimo y los jefes brasileños. ¡ No ! Fueron pura ilusión.

Los jefes superiores brasileños no obedecían. Eran duros de ceder en las discusiones y en el constante cambio de notas, y el caso era que el tiempo avanzaba y la guerra se hacía larga.

Tan es cierto lo afirmado, que bastan para evidenciarlo las quejas muy fundadas del general Mitre en su correspondencia, y particularmente la carta del Ministro de Relaciones Exteriores, doctor Rufino de Elizalde, (tal vez y sin tal vez el diplomático más experto que hayamos tenido), de fecha 18 de Julio de 1866 en la que se evidencia la lentitud de Tamandaré y Polidoro para proceder; conducta

(1) Nabuco. Obra citada, página 150.

ésta censurada por el mismo general Mitre, que tenía urgencia en terminar la guerra. (1)

Más tarde en carta de fecha 3 de Octubre de 1866, refiriéndose a las desavenencias en el comando con Tamandaré y Porto Alegre, escribe el Ministro Elizalde a Mitre:

« Las tendencias de Tamandaré y Porto Alegre a desconocer su autoridad han de desaparecer; pero si así no fuese, usted debe de provocar una explicación y definir el asunto dándonos cuenta oficial para reclamar lo que corresponde.

»No estoy de ninguna manera con la opinión de usted de hacer ninguna concesión. Usted debe de exigir el cumplimiento del tratado y si hay quien quiera violarlo, desconociendo su autoridad, protestar y elevar la protesta para reclamar enérgicamente del gobierno imperial. »

Era un hombre definido el que hablaba así.

El ministro continúa:

« Yo creo saber lo que ha pasado. Tamandaré ha querido desconocer el tratado y estaba deseando ser general en jefe. Como esto no era un delirio pues sólo rompiendo el tratado podía suceder, y esto era resistido uni-

(1) Archivo del general Mitre. Tomo V, página 113.

versalmente en el Brasil hubo de desistir de su propósito. Nadie me ha dicho esto, pero la conducta de Tamandaré lo revela. Pero a falta de esto, se le metió en la cabeza que se le adhiriese a la escuadra Porto Alegre, para hacer algo con independencia. A esta idea subordinó su conducta y por eso no operó, hasta que al fin obtuvo lo que deseaba. » (1)

Como en casos tan importantes para la investigación histórica conviene preocuparse seriamente, de ahí que se deba dejar hablar a autores que, no siendo argentinos, contribuyen a hacer luz en cuestiones por demás delicadas y que tanto afectan a los que intervinieron en la guerra como directores principales; va la transcripción pertinente:

« Según el distinguido anotador de la obra de Schneider, señor Paranhos, Tamandaré vió siempre con repugnancia la cláusula del Tratado secreto de la Alianza, relativa al mando de los ejércitos aliados, y tanto fué así, que, a fines de 1865, llegó hasta aconsejar al Gobierno, presidido por el gabinete de Olinda, *que le entregasen la dirección general de la guerra*, prometiendo acelerar las operaciones y abreviar así la terminación de la lucha.

---

(1) Ver: Archivo de Mitre. Tomo V. páginas 122 y 123.

»Que por esta circunstancia y para satisfacer el espírito público, que le abrumaba con sus acerbas y punzantes críticas, esperaba la llegada del segundo Cuerpo al mando del Barón de Porto Alegre, que era amigo y pariente suyo, para efectuar por tierra y por el río el asalto de *Curuzú* y después el de *Curupayty*, de manera que la operación tuviese éxito y la victoria fuese exclusivamente brasilera, realizando así tan siquiera en parte sus deseos.» (1)

Todavía en carta de 3 de Octubre, el ministro insiste para que Tamandaré se mueva para avanzar arriba de *Curupayty*, pues, según Mitre, el almirante no se anima a remontar el río Paraguay por temor de que a sus buques los dañen o averíen los cañones paraguayos, y porque, según entiende el marino, los buques deben de mantenerse sin combatir, como reliquias o conservas. Es en esa oportunidad que el Ministro Elizalde escribe:

« La escuadra ¿ qué debe hacer ? Decídanlo en junta de guerra.» ¡Buena la junta de guerra, en que sobre la opinión de Mitre primaba la de los altos jefes brasileños!

» Si el almirante no se conforma con lo que se acuerde, entra la cuestión si está o no

(1) Transcripto de Centurión. Tomo II, página 208.

obligado a hacer lo que se acuerda. Si él sostiene que no debe obediencia le pasa usted una nota, para que haga lo acordado, dándole un breve término; si no cumple le pasa una nota protestando y dando cuenta, y ya verá usted cómo el gobierno del Brasil lo hace cumplir. Si no desconoce lo mandado y sólo elude su ejecución » — (Eso fué precisamente lo que hizo en *Curupayty*) — « como ha hecho antes de ahora, le exige su cumplimiento y si no lo verifica, protesta y da cuenta.

»Porto Alegre ¿qué debe hacer? ¿Quedarse en *Curuzú?* No hay cuestión. ¿Es mejor que se vaya a *Tuyuty?* Pues, se le ordena, y si no cumple proceda usted del mismo modo a protestar y nos da cuenta. » (1)

Basta lo transcripto para evidenciar la desobediencia del comando brasileño.

La última guerra ha puesto de manifiesto con la evidencia de los hechos, lo que es el respecto y la obediencia de los subordinados dentro de las prácticas de la guerra, y cómo debe imperar la uniformidad en el comando si se cuenta con jefes celosos del cumplimiento del deber y de lo que se ordena.

---

(1) Archivo de Mitre. Tomo V. página 125.

¡Cómo, pues, exigir de Mitre, cuyo comando en jefe en la guerra era desobedecido, saliese airoso en las acciones, con jefes que de continuo estaban solicitando esperas, o faltando a la verdad en sus afirmaciones como en el caso de Tamandaré en el imaginario bombardeo de *Curupayty* !

Pero ¿qué antecedentes abonaban al almirante Joaquín José Ignacio, vizconde de Tamandaré, para intrigar diciendo que la guerra no se aceleraba, y que para llegar a su fin, debía confiársele a él el comando en jefe?

Va a saberlo el lector.

Cuando con motivo de las fiestas en homenaje al ex jefe del ejército aliado en la campaña del Paraguay, duque de Caxias, sacaron a luz los brasileños antecedentes del expresado, en los que, faltando abiertamente a la verdad y a la lealtad con el camarada, desconocieron en Mitre condiciones de militar, y echaron sobre éste la culpa de la lentitud de las operaciones anteriores a la presencia del mariscal duque. Mitre, que hasta el año de 1903 había guardado silencio absoluto, rompió el secreto de treinta años y con los mismos documentos de Caxias evidenció la mala fe, el error, si se quiere, con que se procedía por los brasileños en todo lo relativo al movi-

miento envolvente, de circunvalación de *Humaytá*, y sus opiniones tendientes a demostrar las probabilidades de forzar el paso.

Y es allí, en esa *Memoria*, en que las verdades imperan en la plena luz de la evidencia, que se derrama en las páginas de la prueba, cuando, al referirse a la escuadra que al mando de Tamandaré se le urgía que operase, dice Mitre:

« La escuadra imperial ha conquistado glorias en esta campaña, y como agente pasivo ha prestado y presta inmensos servicios haciendo posible la guerra. El combate del Riachuelo y el paso de Curupaití » — (realizado por las muchas instancias de Mitre, dado que fué abandonado) — «le hacen alto honor. El servicio que ha efectuado y presta haciendo efectivo el bloqueo, habiendo hecho posible el pasaje del ejército, y dejando expedita la vía por donde el ejército se provee de recursos, basta enunciarlo para comprender su importancia. En fin: sin escuadra no podía empezarse ni continuarse esta guerra.

» Pero, así como todos están uniformes, es convicción unánime también que la escuadra no ha prestado al ejército de tierra todos aquellos servicios que en varias ocasiones ha podido y debido prestarle, y si a esto se agre-

gase que, después de haberla reservado para un momento supremo, la escuadra *falta* precisamente cuando más se necesitaba de ella para coronar la victoria, entonces esa convicción tendrá más razón de ser, y no puede, por lo tanto, prescindirse de examinar a fondo y con detenimiento este punto ilustrándolo con todos los antecedentes que son del caso.

» Cuando, después de la rendición de *Uruguayana*, presenté las bases del plan que debía seguirse y que fueron unánimemente aprobadas por los generales aliados, hallándose presente S. M. el Emperador del Brasil, y concurriendo al acuerdo el ministro de guerra del Imperio señor Ferraz, se estableció que inmediatamente se llevara la guerra por el Paraná con toda actividad y sin pérdida de tiempo, concurriendo para ello la escuadra con todos sus medios ya fuese para hacer evacuar el territorio de Corrientes, ya fuese para impedir el pasaje del enemigo al tiempo de retirarse, ya fuese para efectuar la invasión a territorio paraguayo sin mayor dilación. El almirante Tamandaré, presente al acuerdo, se comprometió a ello.

» En consecuencia del plan acordado el ejército aliado marchó en busca del enemigo y le hizo evacuar la provincia de Corrientes. La

escuadra no concurrió en esta ocasión, como podía y debía, para impedir y dificultar el pasaje del ejército enemigo por el Paso de la Patria, y desde luego se hizo más indispensable la invasión a territorio enemigo.

» Evacuada la provincia de Corrientes y retirado el enemigo a su territorio, éste empezó a reforzar su ejército para esperar la invasión. Antes de los dos meses el ejército aliado estaba pronto para efectuar la invasión con todos los medios de movilidad para el efecto. El concurso de la escuadra para el pasaje del río se hizo esperar seis meses y mientras tanto nuestros medios de movilidad se destruyeron en gran parte y el enemigo se robusteció física y moralmente.

» Habiendo enviado a mi secretario a Buenos Aires para hacer presente esto mismo al almirante Tamandaré y habiéndoselo hecho presente igualmente al general Flores, de acuerdo conmigo y con el general Osorio, contestó que estaba ya pronto para cooperar a las operaciones del ejército en territorio enemigo, y que teniendo ya cuatro acorazados (incluso el *Barroso*, que acababa de llegar a Buenos Aires), contaba con los elementos necesarios para «arrasar a *Humaytá* sin perder un hombre, destruyendo de paso todas las baterías

del enemigo más abajo de *Humaytá*. Poco después el almirante Tamandaré vino a Corrientes, y en la Junta de Guerra que tuvo lugar para arreglar el plan de invasión hallándose presente el que suscribe». (Mitre), el general Flores, el general Osorio y el Ministro del Interior de la República Argentina, el almirante declaró: que tenía todos los elementos necesarios para arrasar a *Humaytá* con sólo la escuadra; que para él la cuestión no era esta posibilidad, sino quién debiera tener la iniciativa, si la escuadra o el ejército, pues él se hallaba en actitud para atacar y destruir por sí sólo las fortificaciones de *Humaytá* sin necesidad de que el ejército invadiera».

»Todos fueron de opinión que si estaba tan seguro del éxito, lo mejor era esperar la invasión del ejército para realizar su ataque, porque entonces el triunfo sería más completo. En esto quedamos.

»Cuando se trató de efectuar el pasaje del ejército por el Paso de la Patria, el almirante volvió a declarar en Junta de Guerra de los generales aliados, que en 24 horas arrasaría las fortificaciones de *Itapirú* para allanar el referido pasaje. Tampoco se hizo esto y habiendo convenido un nuevo plan por el cual

la escuadra debía dominar la punta de *Itapirú* amarrada con un cañón y penetrar a la ensenada del mismo nombre, defendida con una chata, con un cañón y un vaporcito con dos cañones de a 4, el almirante se comprometió a realizar por su parte el movimiento simultáneamente con el desembarque del ejército en territorio paraguayo.

»Sólo después de ocupado el territorio enemigo por el ejército y sólo después de haber obtenido el general Osorio dos victorias con las fuerzas invasoras, la escuadra penetró en el canal de *Itapirú*, donde se vió, como lo habían asegurado los baqueanos, que los buques de mayor calado podían fondear contra la barranca, como en realidad lo efectuó el acorazado *Brasil*.

»Cuando posteriormente el ejército aliado de operaciones se vió obligado a la inacción en *Tuyuty*—por falta de elementos de movilidad —requerido el almirante por los generales aliados, para efectuar un bombardeo sobre *Curupaiti*, se comprometió a ello lo que dió lugar a que se fortificase la posición de *Curuzú* hasta entonces descubierta.

»Cuando por sus indicaciones se incorporó la columna del alto Uruguay al ejército, y por su opinión se iniciaron las primeras ope-

raciones combinadas por el río Paraguay, el cuerpo de ejército que dió el asalto de *Curuzú* tuvo que sufrir todo el fuego de la artillería enemiga, por no haber sido eficaz el fuego de la escuadra sobre sus baterías, donde sólo desmontó una pieza siendo las bayonetas las que obtuvieron el triunfo a costa de mayor sangre de la que debió perderse en aquella jornada, y a lo cual se debió no poder sacar todas las ventajas que de otro modo hubiera dado.

»Posteriormente cuando el asalto de *Curupaiti*, que fué consecuencia necesaria de la toma de *Curuzú* y no haberse podido atacar y tomar inmediatamente aquella posición, el almirante, al combinar sus medios con los del ejército, se comprometió a dominar en cuatro horas de fuego las expresadas baterías de *Curupaiti*, salvando la estacada y batiéndola desde más arriba, para facilitar el asalto del ejército, ahorrar la efusión de sangre y abrirse el camino para seguir inmediatamente hasta *Humaytá*.

»El bombardeo fué corto e ineficaz y la escuadra no subió hasta donde podía y debía para conseguir el objeto que se tenía en vista, no obstante que dos acorazados salvaron las estacadas. Si la escuadra hubiese hecho entonces lo que ha efectuado hoy el almirante Ignacio,

pasando con la escuadra acorazada más arriba de *Curupaiti* cuando esta posición estaba menos fortificada y menos artillada por el lado del agua, y si a la vez de esto el bombardeo hubiese sido más eficaz, no hay duda que sin llegar hasta *Humaytá* la empresa de *Curupaiti*, hubiese obtenido otro resultado.

»Esto sucedió no precisamente porque el almirante no quisiese o no creyese concurrir eficazmente a la operación, sino simplemente porque se equivocaba en cuanto a los medios, pues poco antes de emprenderse el asalto y cuando la escuadra cesó el fuego, enarbolando el almirante la señal de que había llegado la oportunidad de darlo con ventaja, nos mandó decir verbalmente al vizconde de Porto Alegre y a mí, que las baterías de *Curupaiti* estaban completamente dominadas por sus fuegos, desmontadas sus baterías por la parte del río (el acorazado *Brasil* tuvo poco después que retroceder ante ellos con grandes averías) y que en su concepto el enemigo había evacuado la posición por los estragos que le había causado el bombardeo de la escuadra según se veía desde lo alto de los mástiles.

»Bajo estas seguridades se emprendió el asalto, no obstante que los generales de tierra veían

bien que ni la posición estaba evacuada ni la artillería enemiga dominada.

»Finalmente ahora que el ejército se ha comprometido en una operación costosa y decisiva sobre la base del movimiento decisivo de la escuadra; ahora que la escuadra acorazada es llamada por vez primera a desempeñar el oficio para que ha sido creada, teniendo en vista a *Humaytá* y nada más que a *Humaytá;* ahora es cuando recién se encuentran dificultades a la empresa, faltando de nuevo la escuadra a las combinaciones estratégicas del ejército, como ha faltado en las ocasiones antes enumeradas.» (1)

Esto escribía el generalísimo Mitre en el campamento general de *Tuyucué*, en fecha 9 de Septiembre de 1867, y de su contenido el lector considerará, con qué discreción y altura se trataba al almirante Tamandaré.

Y era ese almirante tan insólito y tan poco amigo de la verdad; ese almirante algo fantástico e hiperbólico por lo exagerado, que siempre hablaba de arrasar baterías enemigas, el que acusaba de lentitud en las operaciones al Generalísimo, el que pretendía el comando en jefe

---

(1) MITRE. *Memoria Militar. Paso de Humaytá*, páginas 109, 110, 111, 112, 113 y 114.

de los ejércitos aliados y por lo que conspiró durante dos años.

En lo relativo a la pérdida de tiempo en los días que corren desde la toma de *Curuzú*, 3 de Septiembre al 22 del mismo, esto no hay que evidenciarlo, porque queda demostrado en páginas anteriores y está confirmado por Thompson y Centurión, que no son escritores argentinos.

Dice Thompson: «Tamandaré debía atacar y tomar a *Curupayty*, pero como el ataque no se realizaba, el público comenzó a creer que tenía miedo. Todo le servía de excusa: los buques sumergidos, las estacas y las muchas damajuanas vacías que flotaban como boyas, y que él suponía, porque le daba la gana, que eran señales que marcaban la posición de torpedos.

Instigado por estas murmuraciones subió con la escuadra el 15 de Junio y la bombardeó a una gran distancia, sin matar ni herir a un solo paraguayo.

»En un Consejo de Guerra que tuvo lugar el 30 de Junio, se decidió que Tamandaré bombardease y tomase inmediatamente la batería de *Curupayty*. Esta batería estaba artillada ahora con 25 cañones, entre los cuales había 3 de 8 pulgadas y 6 de 32 y 24. El 16 de

Julio la escuadra subió hasta ponerse a la vista de *Curupayty*, sin cambiar un solo tiro con las baterías; después de esto volvió a bajar. Esta operación fué considerada como una espléndida victoria.

»Era evidente que el flanco derecho de *Curupayty* era una parte débil. López sabía esto y procedió a reforzarlo. El general Mitre lo sabía también y determinó asaltarlo. Si lo hubiera hecho inmediatamente no habría encontrado obstáculo en su ataque, pero dió tiempo a López para prevenirse.» (1)

Por lo que toca a la conducta de Porto Alegre, anteriormente se ha hablado de su proceder y constatado cómo, por su irresolución, perdió la oportunidad de tomar a *Curupayty*, después de su brillante triunfo de la toma de *Curuzú*.

Sería difuso y cansador seguir argumentando sobre la pérdida de tiempo de parte del comando superior brasileño, evidenciado hasta por la fecha en que terminó la ampliación de las obras de defensa de *Curupayty*, 21 de Septiembre, fecha anterior al día del asalto.

En lo relativo a la aserción falsa de Tamandaré, de la destrucción de las baterías en la

(1) Thompson. Obra citada, páginas 164 y 178.

mañana del 22 de Septiembre, ésta se confirmó por el desmentido de todos los actores en la guerra: argentinos, brasileños y paraguayos: se habla de los ejércitos que asaltaron y enemigos que resistieron.

¡¡Y fué de gran aparato, intenso y ensordecedor el estampido del cañón en las cuatro horas en que la flota brasileña *escangalhaba* baterías, trincheras, reductos y enemigos!!

¡Qué escena de horror!... ¡Qué disparar bombas!... ¡Qué tirar a bala rasa, a bomba y a metralla!

Hubo jefe, tanto argentino como brasileño, que ante tal bombardeo creyó que no había quedado nada intacto; que *Curupayty* debía de ser una ruina completa, un confuso entrevero de escombros, de muertos y heridos.

Y cuando el asalto se intentó y se vieron las consecuencias fatales del desastre, se supo con estupor que eso sucedía porque la escuadra no había *escangalhado* nada. La afirmación del Almirante era una vil mentira. Y su epílogo fué que quedó, como triste recuerdo de la aseveración, la burla hiriente en el ejército aliado, y así cuando se comentaban amenazas quijotescas se aludía: ¡Cuidado, no lo vayan a *escangalhar!*

Las deficiencias de los dos reconocimientos

del teatro de las operaciones fué también factor importante en el desastre. De estos dos reconocimientos uno fué efectuado por el general Emilio Mitre el día 17. Llovía continuamente y de una manera tan torrencial, que una cortina de agua ocultaba las perspectivas y hacía imposible toda observación y examen.

El otro reconocimiento lo hizo el Generalísimo Mitre la víspera del asalto y tampoco dió mejores resultados. Lo único de que se tuvo certeza fué de la construcción de una batería a vanguardia y frente de la principal.

Respecto a la batería principal nada pudo saberse de las obras de zanjeo ni de los *abatis*, porque estaban ocultadas con todo el arte.

Además el Generalísimo no pudo permanecer mucho tiempo en la observación porque era exponerse inútilmente. Las balas de cañón de los paraguayos alcanzaban al sitio donde permanecía y estallaban a los costados, al frente y a espaldas de su persona y del Estado Mayor General. A esta causa uníase otra que no es posible olvidar: la falta de elementos de asalto, lo que acusa poca previsión; las escaleras que se llevaban no resultaban y se rompían por estar mal hechas y con madera endeble.

Con todas estas deficiencias se llevó a efecto

el plan de ataque, no obstante que el mismo Generalísimo declara, en un párrafo de la *Memoria Militar*, que se transcribe, que «bajo las seguridades que dió el almirante se emprendió el asalto *no obstante que los generales de tierra veían que ni la posesión estaba evacuada, ni la artillería enemiga dominada.*»

Lo subrayado es puesto por el que escribe.

Y si tal cosa se sabía, el general Mitre procedió muy ligeramente al ordenar un asalto que causó una matanza inútil.

Verdad que él se ha defendido, sosteniendo que después de determinada la operación, resolver lo contrario y no ordenar el asalto habría sido perjudicial y funesto para la moral del ejército. Aunque esto quepa dentro lo lógico de las operaciones de guerra y mal pesara a los que en las repúblicas aliadas criticaban la lentitud de las operaciones, creemos que, dados los antecedentes, debió de desistirse del asalto, por lo menos en el día que se realizó.

Cuando se llega a considerar el desastre de *Curupayty* en la parte que corresponde a la escuadra brasileña, no puede a menos el estudioso que detenerse a meditar, respecto a la conducta del vizconde de Tamandaré, almirante de la flota brasileña, quiere decirse jefe que tenía el comando superior de la marina

en el memorable día del 22 de Septiembre de 1866.

Se hace imprescindible reflexionar en el número de unidades que sumaba la armada que iba a bombardear, la clase de buques que la componían, la potencialidad de las piezas de las mismas, y las baterías enemigas que contestarían al fuego de la escuadra.

Es unánime el conocimiento informativo de la importancia de las naves brasileñas, la mayoría acorazadas, pues eran buques de casamata y monitores de torres, comprados a los Estados Unidos, algunos si no todos, y que esta nación vendió, terminada la guerra de secesión, según consta; y siendo ello cierto nada podían los débiles cañones de las baterías paraguayas, de proyectiles que no eran perforantes, para las corazas de las naves, y del limitado alcance de 800 metros como máximum.

Por otra parte, hay que tener presente que la escuadra debía dirigir sus fuegos hacia el flanco derecho de la batería paraguaya, donde había menos piezas, y que los disparos de los cañones podían efectuarse por elevación y cruzados, lo que imposibilitaba a las fuerzas paraguayas que servían el frente de la trinchera y que tenía sus piezas sobre soportes fijos, utilizar sus proyectiles y dirigir sus fuegos con-

tra los buques que pretendían bombardear tirando al flanco derecho.

En tal emergencia las naves brasileñas estaban libres de todo peligro y podían disparar en la zona de fuego en todas direcciones, destruyendo impunemente las baterías y bombardeando el interior de las mismas.

Viene a las puntas de la pluma escribir: «¡Qué barato!.... ¡Qué oportunidad para un marino de carácter y de una contextura moral firme!

Virtualidades estas de que carecía Tamandaré, Joaquín José Ignacio, el prisionero del combate de Patagones, 7 de Mayo de 1827, (allí donde el ex teniente de marina se rindió a los soldados y paisanos del coronel Martín Lacarra) llegado con el transcurso del tiempo al encumbrado ascenso de almirante. Marino famoso que caminaba sin duda con paso vacilante y lento, porque debía inclinarse bajo el peso enorme de los collares, bandas, cordones, gabetes, placas, medallas, cruces y estrellas que semejaba el peto de su casaca a un muestrario de numismática. (1)

Cualquiera que medite un instante siquiera

(1) Véase el retrato de Tamandaré en la página de la estampa contigua a la 220 del Tomo III de las *Campañas navales de la Argentina*, por el doctor Angel J. Carranza.

en el fracaso de la escuadra brasileña el 22 de Septiembre de 1866, no puede menos de quedar estupefacto y preguntarse si el almirante determinó, antes de empezar el bombardeo, a no decir la verdad o declarar lo contrario de lo sucedido al afirmar que las trincheras estaban deshechas; esto todo con arreglo a un plan preconcebido y fríamente meditado.

Si en el caso que se estudia se admitiesen, a falta de pruebas documentadas y completas, presunciones, todas ellas condenarían el proceder del almirante. Ellas autorizarían más: darían base para culpar sin atenuantes al marino, y pensar que éste resolvió no *escangalhar* nada, para que así fuese más resplendeciente el triunfo de *Curuzú*, importándole poco quedaran más de 5.500 combatientes brasileños y argentinos, que dieron raro ejemplo de valor y disciplina, sobre la cresta de las trincheras, fosos y troneras de *Curupayty*.

Hay en la vida militar del general Mitre hechos coincidentes que evidencian una fatalidad. Cuando al general le han urgido amigos a que activase las operaciones y censurado sus adversarios por la lentitud de las mismas, ha ido al fracaso. Prueba de ello son su expedición contra los indios del sur de la provin-

cia de Buenos Aires, la batalla de *Cepeda* y asalto de *Curupayty*.

¿La desobediencia de Polidoro contribuyó en parte al desastre? En la conferencia celebrada el día 8 de Septiembre se convino por los generales, según afirma Schneider, que mientras se atacase a *Curupayty* se mantuviese a la defensiva en el campamento de *Tuyuty* el resto del ejército de los aliados que comandaba el general Polidoro, y que en un caso dado podría concurrir a hacer una demostración por la derecha aliada, y convergir luego al frente para apoyar el ataque; el que realizaba el primer cuerpo del ejército argentino.

¿Por qué no cumplió lo acordado el general Polidoro?

Si se ha de considerar la derecha aliada o sea la izquierda paraguaya, la demostración no se podía realizar por hacerlo del todo imposible las defensas naturales del terreno: los esteros, bañados y la laguna López, pero eso no impedía que lo comunicase al Generalísimo y esperase órdenes, ya que de correrse a la derecha nada práctico resultaba dada la suerte que corrían los atacantes. La corrida hacia el frente para secundar el ataque parece que era del todo punto inútil.

Al formular esta afirmación no se está lejos de pensar que Polidoro consideró prudente permanecer en *Tuyuty*, y oir el concierto estruendoso del estampido de los proyectiles; mantuvo su tropa en formación y nada hizo, o mejor dicho, procedió—como Tamandaré—de un modo completamente ineficaz.

Sobre este particular dice Mansilla: « El acuerdo de los generales aliados determinaba sostenerse a la defensiva: Mantener a la defensiva el campo atrincherado de los aliados, para lo cual debían quedar con el general Polidoro, de 13.000 a 20.000—sólo quedaron 11.000—en un caso dado y oportunamente prevenido, pudieran concurrir a operar por la derecha o por el frente de las líneas fortificadas del enemigo.

» Y el general Polidoro faltó a su deber porque tuvo las tres condiciones: 1ª, informes indispensables para lanzarse al asalto; 2ª, un aviso oportuno y 3ª, saber sobre qué puesto operar. » (1)

En lo tocante a la caballería mandada por el general Flores, evidenciado está que no coadyuvó al asalto atacando por retaguardia como se le ordenó, y se perdió, avanzando,

(1) MANSILLA. *Curupaiti*: página 27.

parte de su tropa: la vanguardia al mando del coronel Ocampo hasta San Solano.

¿Cumplió Flores con lo convenido? ¡No! ¿Por qué? Porque en el acuerdo se había pactado lo siguiente: « El general Flores, con las caballerías aliadas, cubrirá la derecha de las líneas de *Tuyuty* hasta que el fuego de fusil le haga conocer que el asalto a *Curupayty* ha empezado, y entonces forzará las líneas enemigas por el flanco izquierdo, pasando a retaguardia a buscar la incorporación con el ejército de *Curuzú* para, una vez hecha la junción, marchar sobre el enemigo. »

Y no cumplió el general Flores, que era sin duda un militar de acción, lo convenido, porque solamente se limitó a batir algunas partidas enemigas que encontró al paso. No hizo más.

Como corolario o síntesis de lo expuesto conviene resumir la opinión de Mansilla en la correspondencia citada, quien formula las siguientes consideraciones:

« El plan del general Mitre ha fracasado no porque su concepto estratégico haya sido erróneo. Ha fracasado porque los poderosos auxiliares que debían concurrir al desenvolvimiento general de la acción no obraron to-

dos ni oportunamente, ni con el arrojo, ni con la tenacidad debida.

»Tamandaré no conmovió con sus fuegos oblicuos, ni de enfilada, las líneas atrincheradas de *Curuzú*, ni dominó ni apoyó las de *Curupaití*.

»Polidoro hizo una simple demostración frente a *Tuyuty*, en lugar de simular un falso ataque, o de atacar vigorosamente, cuando los avisos que debía tener y el cañoneo y la fusilería no pudieran dejarle duda de que la batalla se había empeñado resuelta y decididamente por las líneas del cuadrilátero, amenazadas por la escuadra y el ejército aliado.

»Flores se movió con sus 3.000 hombres de caballería, pero en lugar de procurar penetrar audazmente en la línea descubierta del cuadrilátero, se corrió muy a la izquierda enemiga de la línea atrincherada de *Tuyuty*.

»Sólo los generales Mitre y Porto Alegre practicaron lo convenido, se movieron cuando debían y produjeron los efectos tácticos por donde debían, y con el entusiasmo y la decisión que les ha hecho conquistar una gloria imperecedera, que marca sin embargo la fecha del más luctuoso de los reveses sufridos en el curso de esta larga y laboriosa guerra del Paraguay.'

»Sólo el general Mitre y Porto Alegre tuvieron, el 22 de Septiembre, la misión de lo que a cada uno correspondía. Porto Alegre llevó sus tropas con vigor al asalto y fué rechazado porque los defensores de la trinchera no habían sido previamente conmovidos, como se creyó, por los fuegos de la escuadra, y porque se encontró con dificultades materiales que no le era dado dominar, por la constitución de sus tropas. Porto Alegre, que probó que tenía la estofa de un soldado y que perteneciendo a la vieja escuela portuguesa conocía el secreto de hacer con el entusiasmo y el arranque lo que sólo está reservado a la solidez y al valor más distinguido. (1)

(1) MANSILLA Correspondencia citada.

XV

La provocación de la guerra.—Actitud de Chile, Bolivia, Perú y Ecuador en la contienda.—Francisco Solano López.—Noble doctrina de Derecho Público Argentino: «La victoria no da derechos».—Las alianzas ¿son ventajosas?—*Si vis pacem, para bellum.*

La guerra a que fué injustamente provocada la Argentina en el año de 1865 por Francisco Solano López, tuvo por causa hechos en cuya realización, ni directa ni indirectamente ha tenido culpa alguna nuestro país.

Por mucho que se pensara en la preponderancia que la victoria hubiera dado al Brasil o al Paraguay, ella sólo podía preocupar a los argentinos para adquirir elementos bélicos y organizarlos para lanzarles a la guerra que a *posteriori* se les provocase.

Preparados para responder a los sucesos futuros, no debía preocuparles mayormente. Los antecedentes de la Nación eran guerreros y vale decir brillantes, y hablaban de las virtualidades cívicas y militares de un pueblo que no solamente se bastó a sí mismo en la

guerra de la Independencia, sino que contribuyó de un modo eficaz a marchar en auxilio de la independencia del Paraguay, Chile, Bolivia (Alto Perú), Perú, Ecuador y Uruguay; campañas estas que los argentinos realizaron en la mayoría de los casos con elementos y recursos propios.

Es un hecho de verdad claro y brillante como la luz, los sacrificios que el país se impuso en la guerra de la independencia, lo que vale para afirmar que lo recogido por la Argentina de las repúblicas por ella libertadas o a cuya independencia contribuyó es ya el más completo olvido, ya la más negra ingratitud.

A la Argentina le acontece lo que a un hijo de familia que, haciendo de lado su persona, se olvida de sí mismo, y después de sostener a sus padres, deber, sin duda, primordial, carga con toda la familia, con toda la parentela, a quienes alcanza la sal y el agua, y paga la vivienda; y cuando su misión de velar por su existencia termina sólo para los que se salvan y es impotente para seguir costeando el auxilio que es su ayuda, desinterés y abnegación a los demás, no solamente se le vota al olvido, sino que se le aplica un puntapié y aun se hace más, se le calumnia, se le muestra cara hosca, y

como todavía es poco, sin duda, se le expulsa de las casas, que es esto, con profunda filosofía, lo que se llama «patada histórica».

Tanto es cierta esta comparación, que cuando los argentinos respondieron a la guerra con la guerra, en 1865, se asombraron que en Chile, en Bolivia, en el Perú y en el Ecuador se les atacase censurándoles, y cuando defendían la propia soberanía desconocida por el apresamiento vandálico de buques argentinos y ocupación de Corrientes, realizados sin previa declaración de guerra por tropas que obedecían al más salvaje de los tiranos en los últimos tiempos.

Pero Bolivia, Chile, Perú y el Ecuador eran consecuentes con el ejemplo, daban la patada histórica; y esa fué su conducta; ese el vuelto de Suipacha y Florida, Chacabuco y Maipú, Pasco y Junín, Río Bamba y Pichincha.

El más salvaje de los tiranos, se dice. ¡Y qué otra cosa podía ser el hombre que en su oportunidad se reveló como un chacal! Afirmación que no admite réplica, porque ese es el fallo condenatorio de la historia para quien no tuvo vallas que contuviesen su despecho y sus venganzas.

Para quien profanó todo, hasta lo más sagrado, mandando dar de azotes a la madre,

fusilar o lancear a sus hermanos, violentar a las esposas de sus conciudadanos contrarios a su despotismo y matar por hambre a los jefes enemigos prisioneros: casos del capitán de fragata Carlos Massini y teniente coronel Gaspar Campos. Vil, que siempre se colocó lejos de los proyectiles, porque en pleno campamento se guarecía entre las trincheras, y que después de robar y despojar de sus riquezas a las familias paraguayas, ponía los miles de onzas a buen seguro, a bordo de una nave de guerra italiana. El que perseguido en la fuga por la división brasileña del general Cámara, moría en las aguas fangosas del Aquidabán, tanto por defender su vida que se le había prometido respetar, pero sin poder poner valla a sus pretensiones que no tenían otra defensa que sus calumnias y mentiras.

Esa fué la suerte del que nada respetó de lo que tuvo al alcance de su garra y quien, en un acto de su despotismo, amenazaba a un pueblo fanatizado en la barbarie con estas palabras que le pintan de cuerpo entero y que sus admiradores deben de grabar en letras negras, para que asombren a la posteridad: «*Levantaré mi látigo y todo el pueblo paraguayo me seguirá como un solo hombre.*» (1)

(1) Véase: Báez, obra citada, página 160.

Y era defendiendo a semejante hombre que la nación peruana se animaba a intervenir y hablar de reglas de proceder por medio del ministro señor Seoane, acreditado en Buenos Aires, temperamento o mediación que, como es natural, nuestro gobierno no aceptó ni del Perú, ni de nación alguna.

No hay que olvidar que la situación de las provincias argentinas era de plena anarquía y que las invasiones de Juan Saá a las provincias andinas del centro y de Pedro Varela a las andinas del norte, reclutaban elementos en Chile y en Bolivia, no olvidando la primera la vieja cuestión de límites y relativa a la zona ocupada por el gobierno de Chile en el sur, hoy Punta Arenas, en tiempo de la presidencia de Bulnes, que fundó allí un presidio; cuestión esta siempre mal defendida por la diplomacia argentina. Esto por lo que corresponde a Chile, que cuanto a Bolivia, su intervención era constantemente molesta, y cuando llegaba la oportunidad, no la desperdiciaba el gobierno de Melgarejo, para venderle a la Argentina hasta armas averiadas o inservibles...

Y fué en la más crítica de las épocas, comparable, por más de una razón, con el desquicio del año 1820, que, no obstante la anarquía

interna, se hizo la guerra. Así fué como durante el caos que produjo la anarquía, los ejércitos argentinos hicieron y escribieron la epopeya de la independencia, por el norte hasta *Potosí*, al occidente hasta el Ecuador, al oriente del Plata hasta *Ituzaingó*. Y por último realizaron la guerra del Paraguay de 1865 a 1869, campaña esta libertadora de la tiranía que sufría ese país y sin aspiraciones de conquista ni anexión de territorios; guerra comenzada con un triunfo y terminada con gloria.

El estado anárquico del país, la carencia de muchos elementos de guerra, la sorpresa del apresamiento de buques argentinos y la ocupación de Corrientes, pusieron a la República en la imprescindible necesidad de convenir y realizar una alianza, y de lo escrito puede deducir el lector lo que resultó de las operaciones de la guerra.

El mismo gobierno brasileño, que en el momento del peligro acudía a nosotros en demanda de ayuda, era luego representado en el campo de batalla por generales y marinos de cuya confianza se dudaba, como lo ha evidenciado el general Mitre en su correspondencia con el vice presidente de la República Argentina y con sus ministros, particularmente

el de Relaciones Exteriores, doctor Rufino de Elizalde.

Le acontecía a la Argentina en 1866 lo que media centuria antes le sucedía en 1818 con Chile.

Cuando después de Maipú, restaurado Chile por la genialidad de San Martín y el esfuerzo de los elementos argentinos, se opuso la misma nación libertada a que las tropas argentinas llevaran como enseña su propia bandera, y eso que las unidades tenían una selección de jefes de que Chile carecía, sea ello dicho sin olvidar a Freire y a Borgoño, y no obstante que las tropas o los soldados chilenos, a poco de realizarse la expedición libertadora, se retiraron del Perú, donde permanecieron las unidades y jefes argentinos, en su mayor parte.

Pero, volviendo a la guerra de la triple alianza, en la que tan modestamente estaba representada la R. Oriental del Uruguay, lo cual no impide que algún periodista uruguayo se anime a declarar, que ellos, los uruguayos y los brasileños hicieron la guerra, conviene hacer el cómputo y manifestar que los uruguayos concurrieron con una división de las tres armas, que nunca alcanzó a 2.000 plazas, y cuyo general, Venancio Flores, permaneció un año y cuatro meses en el tea

tro de las operaciones, pues los trabajos subversivos del partido blanco—hoy nacionalista—le obligaron a alejarse para ir a epilogar su vida y sus servicios de una manera trágica en las calles de Montevideo; ¿es el caso de preguntar si las alianzas convienen?

Convendrán según las circunstancias. Por lo menos cuando las imponga una urgente e imprescindible necesidad: el caso de la provocación del Paraguay, y sólo así por cuanto sus consecuencias son, en lo general de los casos, negativas. La afirmación se prueba con la alianza con el Imperio del Brasil para la guerra.

Se dirá en su defensa que el Imperio mucho gastó y mucho también sufrió en la guerra. Pero si el Imperio o la nación brasileña se perjudicó, fué ella la que provocó los acontecimientos por su intervención diplomática primero, y de guerra después, en los conflictos internos del Uruguay. Paysandú siempre será una página de sangre, escrita también por las armas brasileñas, en los anales guerreros de los uruguayos.

Es útil igualmente afirmar, como verdad absoluta, que si el Brasil gastó en la guerra, también ésta fué gravosa para la Argentina.

Por lo que respecta a los daños causados

en los territorios brasileño y argentino, debe de agregarse: que si la riqueza del Brasil sufrió con la invasión paraguaya en las provincias de Matto Grosso y Río Grande del Sur, no sufrió menos la Argentina con la invasión a la provincia de Corrientes, con sus campos talados, sus poblaciones incendiadas, sus familias cautivas, su comercio saqueado y haciendas robadas.

Cuanto a las ventajas de la guerra por la parte argentina, y una vez que la misma terminó, dígalo la declaración de su diplomacia, manifestando ante el mundo y como principio fundamental de su derecho público, que «*La victoria no da derechos*», en el sentido que ella no es la conquista. Dígalo también la injusta ocupación del territorio argentino, la isla de *Apipé*, por fuerzas brasileñas, y la permanencia de su ejército en la capital del Paraguay, la Asunción, que se tuvieron que desocupar, gracias a la labor diplomática de la misión del general Mitre al Brasil en 1872, del improvisado y experto diplomático, del ex-Generalísimo del ejército aliado en operaciones contra el ejército de Francisco Solano López, en los años de 1865 a 1868.

Si un publicista, al escribir, quiere tomar por base la verdad de los hechos, debe

tener la franqueza de declarar que si la República Argentina tal vez no está aislada en Sudamérica, los vínculos de seguridad, sin duda puede afirmarse, no son muy sólidos.

Conviene decir esto, porque no es discreto o lógico creer eso de repúblicas hermanas y pueblos hermanos, que a lo mejor se hacen la guerra y no faltan, en la oportunidad, proclamar el derecho de conquista, para enriquecerse a costa de lo ajeno, y clausurar una nación al comercio ultramarino cerrándole la puerta de los caminos que le daban acceso al mar.

Se dirá, por los que defienden la tesis de la conquista porque no son mayormente ricos, «en la guerra como en la guerra», que en el caso lógico es que el vencedor despoje al vencido, para hacerse de lo que imprescindiblemente necesita. Claro está que eso es lo que resulta y les sugiere la oportunidad de las guerras. Sin ello no las habría.

De todo lo dicho resulta también que lo de la hermandad americana se parece a la afirmación de *hermano* entre la gente maleante —trato común entre todos ellos—pero que no impide que a lo mejor desnuden las facas y se cosan a puñaladas.

Pero conviene cerrar el paréntesis, terminar las consideraciones pertinentes a las alianzas

y declarar si es llegado el caso de preguntar: si ellas son la culpa de los gobiernos o de una diplomacia inexperta. Pensemos que estamos solos ante lo que ocurra y que debemos prepararnos para el porvenir, con la seguridad de que aislados, sin ayuda y sin auxilios tendremos que arrostrar las eventualidades que son lo desconocido.

XVI

Un poco de filosofía de la historia: El general Mitre considerado como militar. — Las escuelas argentinas de práctica de guerra. — Escuelas de San Martín, de Paz y de Mitre. — La retirada de Cepeda. — Batalla de Pavón — Mitre estratega y táctico.—La guerra del Paraguay: *Uruguayana. Paso de la Patria* y *Tuyuti.* — Los discípulos de Mitre.

La República Argentina, con ser una nación surgida ayer a la comunión de los pueblos independientes, pues sólo cuenta una centuria y una década de vida libre, puede presentar anales históricos brillantes al tribunal de la civilización porque desde su origen hasta poco tiempo ha fué un país guerrero, cuya actuación no ha sido empañada por la derrota en las guerras que inició o que le provocaron.

De esa vida guerrera que comprende tres épocas, la independencia, la guerra civil y la del Paraguay, puede decirse que han surgido tres escuelas, la que creó San Martín en los años épicos de la independencia, la que fundó Paz en la guerra civil, y por qué no agregar, la que preparó Mitre durante la organización

nacional y que continuó durante la guerra del Paraguay.

San Martín, que era un gran estratega y un gran táctico, evidenció esos méritos con su famosa expedición a través de los Andes, la marcha convergente de las secciones de su ejército para llegar a la cuesta de *Chacabuco*, y uniendo sus divisiones en cierto y determinado momento caer sobre el ejército español al comando de Maroto y derrotarle; este es el estratega, que en cuanto al táctico San Martín se revela tal en la victoria de Maipú, cuando varía el ataque de parte de las columnas, ya éstas en la acción, para operar en orden oblicuo y obtener el triunfo.

No solamente San Martín reorganizó el ejército a la moderna, sino que hizo más. Dentro de la organización que dió en tierra con las cargas a lo indio y en confusos pelotones de la caballería gaucha, muy brava pero también desordenada, introdujo una disciplina severa y un régimen militar el más adelantado de la época, para mover los cuerpos y sus respectivas secciones en el momento del combate.

Y dentro de esa organización completó la instrucción militar de algunos jefes e inició la de otros. Entre los primeros ocupa honroso y

muy alto puesto, el general Juan Gregorio de Las Heras, que se incorporó al Ejército de los Andes como teniente coronel y jefe de infantería y que tan saliente actitud desempeñó en el comando de los *Auxiliares de Chile*, en *Tres Montes*, *Membrillar*, *Los Papeles*, *Cucha-Cucha*, *Quechereguas*, *Río Claro*, y en todos los combates que se sucedieron en la retirada del ejército chileno después de la derrota de *Rancagua*, durante la travesía de las Cordilleras, hasta penetrar en Mendoza y salvarlo del enemigo.

Las Heras, que es el más brillante discípulo de San Martín, poseía todas las virtualidades de un gran jefe: constante aplicación de la disciplina, conocimiento minucioso de la instrucción, severidad tranquila en el comando, serenidad en el peligro, sagacidad en los momentos de prueba, y conocimiento cuando no adivinación de la oportunidad para triunfar.

Al lado de Las Heras, pero sin superarle nunca, figuran algunos jefes distinguidos, que también dieron brillo a su carrera, como los generales Hilarión de la Quintana, Antonio González Balcarce y Eugenio Necochea, y luego vienen los jefes inferiores como Conde, Olazábal, Correa, Niceto Vega, Manuel Rojas, Pedro José Díaz en la infantería, y Lavalle,

Brandsen, Suárez, Olavarría y Pringles en la caballería.

La carrera militar de estos jefes y el relieve que dieron a sus figuras en las distintas acciones de guerra en que se encontraron, que comprenden páginas brillantes en la crónica militar de Chile, del Alto y Bajo Perú, del Ecuador y de la R. Oriental del Uruguay, evidencian que la escuela de su maestro, San Martín, supo formar discípulos aventajados en el arte y ciencia de la guerra.

Del ejército de Belgrano que expedicionó al Alto Perú, que no era el más a propósito para formar oficiales de escuela, porque el jefe superior fué un improvisado general, debía de salir un oficial que superara a todos sus camaradas y aun a los jefes formados en la escuela de San Martín. Era este el joven José María Paz, el más famoso de nuestros tácticos, como fué también un clásico escritor militar, sin duda entre los primeros de la América latina, pues se ignora que haya habido algún otro que le aventajara.

Todo cuanto puede exigirse de un militar y jefe superior se reúne en la singularidad de la inteligencia y carácter de Paz. El conocimiento del arte de la guerra, los recursos que da la inspiración como presagios de la

victoria en el campo de batalla, no obstante lo imprevisto de la sorpresa, que esto es la táctica. La capacidad para ordenar el conjunto de las tropas, la distribución del ejército, su movimiento en la batalla y la aplicación de los detalles en las peripecias de la acción. Todo ello es capacidad y es luz que irradia del cerebro y que se difunde en jefes y soldados, que les estimula y les alienta porque se sienten penetrados de la capacidad del comando, que les da la esperanza de éxito, del triunfo, como sucedió en *Oncativo*, *La Tablada* y *Caaguazú*. Todo eso forma al gran táctico, que tal lo era el general Paz.

Y fué en la escuela de este gran general, y durante el memorable sitio de Montevideo, el sitio de 9 años (1843-1852) de la guerra grande, como le llaman los uruguayos, que el entonces joven Mitre hizo su aprendizaje en el arte de la guerra como oficial de artillería.

Estrecho horizonte ofrecía para un joven oficial el recinto de una ciudad como era la de Montevideo en los años del asedio. Allí donde desde el primer día del sitio hubo que improvisarlo todo, porque si es cierto que había algunos jefes como Juan Antonio Lezica,

César Díaz, Estivao, Sosa, y Neira, que habrían podido figurar en primera línea en cualquier ejército, había mucha escasez de otros que se les parecieran y de oficiales; como igualmente de elementos de guerra en general. Y todo se creó y todo se organizó dentro de la más estrecha pobreza, dadas las medidas salvadoras que ideó Paz, y que hizo prácticas la voluntad firme y el carácter resuelto e imperioso del general Melchor Pacheco y Obes.

Con ser así, Mitre tenía poco teatro a que aplicar sus facultades como artillero, pero si ello era cierto, no sucedía lo mismo con las sabias resoluciones de Paz, que era un maestro consumado como general y jefe de la plaza de guerra, que no obstante la muy escasa importancia numérica de sus defensores, la hizo fuerte e inexpugnable ante un enemigo tres veces superior y provisto de todos los elementos de guerra para poderla rendir, lo que jamás consiguió, no obstante los combates diarios que se libraban con intento de forzar las murallas.

Fué en esa escuela donde se educó Mitre como militar, y en la que debía continuar formándose años después, cuando las fuerzas de Lagos pusieron el primer sitio a la ciudad de Buenos Aires, en el año de 1852, cuyo de-

fensor fué también el general Paz, y posteriormente cuando ganada la victoria de *Cepeda* por el ejército de la Confederación bajo el comando del general Urquiza, éste puso el segundo sitio a la ciudad.

Fué con motivo de estos dos asedios que el entonces coronel Mitre, como jefe de estado mayor, primero, y luego como ministro de guerra de los gobiernos de Llavallol y Obligado, supo organizar a la guardia nacional de la ciudad y campaña de Buenos Aires.

Triunfante la revolución de don Frutos Rivera en Montevideo el 1° de Abril de 1846, los argentinos fueron desalojados de sus posiciones y del comando de las tropas y Mitre tuvo que salir de Montevideo. Llegó luego a Bolivia, donde ejerció la dirección de la Escuela Militar, pero no es allí ni en el ejército boliviano, de cuyo comando formó también parte encontrándose en las batallas de *Lalava* y de *Vitiche*, en la guerra que Balliván movió a Belzu, y como jefe de artillería, ni en *Caseros* como jefe de la artillería de la división uruguaya, y en cuya acción fué ascendido a coronel en el campo de batalla, donde se aplicará en toda su amplitud la capacidad militar de Mitre. Es en su propia patria,

después de *Caseros*, en que Mitre va a obrar con todas la dotes de generalísimo.

Las ambiciones de predominio, en lo que mucho entraba eso que se llama «intereses creados»; las aspiraciones de los hombres de Buenos Aires, que si algo rechazaban eran las imposiciones de los hombres de la Confederación, mantenían las líneas de separación tendidas, hasta que Urquiza y su partido resolvieron declarar la guerra a Buenos Aires, la provincia rebelde, constituída en el carácter de Estado.

Y fué entonces que las fuerzas de ambos ejércitos de la Confederación y el de Buenos Aires resolvieron a dilucidar por las armas sus diferencias.

Si en alguna parte resaltan con evidencia todas las dificultades que tuvo que vencer Buenos Aires para organizar su ejército, fué en esta ocasión que se puso a prueba la constancia del general Mitre encargado de mandarlo. En los tomos de su correspondencia o *Archivo*, relativos a los antecedentes de *Cepeda*, consta toda la documentación pertinente a la formación de las unidades tácticas que debían tomar parte en las operaciones, todas formadas por milicias de la ciudad y campaña, que tenían como base una división

de 4 batallones de línea enumerados del 1 al 4 y un regimiento de artillería con 22 piezas de servicio. Escasamente podía llegar la base veterana del ejército a 2.000 plazas.

Y era con ese ejército, compuesto en su mayor parte de gente bisoña reclutada con múltiples dificultades a causa de las enormes distancias y falta de medios de movilidad, con el que pretendían los censores, que nunca faltan, entrara a campaña el general Mitre y fuera al éxito.

Por fin el comando en jefe se decidió, y en 23 de Octubre de 1859 el ejército de Buenos Aires se dirigió al extremo norte de la provincia, con intención de penetrar en Santa Fe, y presentó batalla al ejército de la Confederación en las márgenes del arroyo de Cepeda, afluente del arroyo del Medio, partido de Pergamino.

Si con arreglo a las disposiciones que dictó Mitre, a la conducta y valor de la mayoría de los jefes de los cuerpos, se había de pensar en el éxito de aquel ejército inferior al contrario, pues ascendía a 7.000 combatientes contra 11.000 del ejército enemigo, podía conjeturarse que la victoria del ejército de Buenos Aires era segura.

Pero aconteció lo que sucede generalmente en las batallas, esto es, lo imprevisto, que fué el desbande de la caballería de Buenos Aires, que huyó sin pelear, y hasta la defección del batallón 4° de línea, que se pasó al enemigo.

No obstante esa conducta, las unidades de infantería, en su mayor parte, pelearon bravamente sin que consiguiese desalojarlas del campo de batalla el vencedor, y allí permanecieron hasta que se resolvió la retirada del ejército hacia San Nicolás, para que en ese puerto se embarcase el ejército vencido y llegase a Buenos Aires a defender la ciudad.

Y es en esta retirada donde lucen las condiciones militares del general Mitre ante el peligro, ante la amenaza constante de un ejército vencedor y cuando el vencido carecía hasta de municiones, pues éstas sólo alcanzaban para proveer a cuatro cartuchos por soldado.

Esta retirada la explica el general Mitre en términos tales que ellos convencen, al que los estudia, de la capacidad del general vencido.

Dice Mitre: « Serían las 10.30 de la noche, cuando el general Flores » — que sea dicho en honor de su memoria, desplegó un brillante papel en la batalla — «regresó tra-

yendo el parte de que el campamento estaba realmente ocupado por fuerzas del enemigo, y no había creído prudente penetrar más adelante, pues en torno de nuestra misma posición se veían circular algunas fuerzas, aunque a cierta distancia. Un ataque, contado el grueso de la fuerza para obtener tan pequeño resultado no era prudente; y además de que nos hacía perder un tiempo precioso, era completamente estéril para alcanzar una ventaja decisiva, desde que al fin tendríamos que retirarnos puesto que no contábamos con caballería.

»En consecuencia se dispuso la retirada en el orden siguiente:

»A la derecha el batallón San Nicolás y el 3° de línea formados en columna general por compañía con distancias de mitad, con 4 piezas de artillería en columna por sección entre los dos batallones, pronta toda la columna a dar frente a la derecha a cuatro de fondo doblando las mitades, y con fuegos de artillería sobre el flanco, mandando el todo el coronel Rivas.

»A la izquierda y en paralelismo con la anterior columna, los batallones de guardia nacional de Buenos Aires, Alsina y Morales, en el mismo orden de formación, con otras 4

piezas de artillería en el intervalo de ambas, prontas igualmente a rechazar todo ataque por la izquierda; el todo a las órdenes del coronel Conesa.

»A vanguardia y en la prolongación del intervalo que dejaban las dos columnas ya indicadas, el batallón 2° de línea a las órdenes del coronel Mitre, llevando la cabeza en columna cerrada, con los fuegos de los flancos de la columna despejados y con el intervalo entre esta columna y las dos anteriores, 2 piezas de artillería a cada lado, prontas a romper el fuego a vanguardia, protegiendo los flancos del n° 2 y el frente de las dos cabezas de columna laterales.

»Cerrando a retaguardia y en el mismo orden que el 2° de línea, se situó el n° 1 de línea a las órdenes de su comandante Rivero, con 4 piezas distribuídas por secciones en los intervalos de derecha a izquierda, con el objeto de tener fuegos de artillería a retaguardia dejando los correspondientes claros para que la poca que llevábamos pudiese hacer algunas salidas en caso necesario.

»En el centro de todo se colocaron 2 piezas de reserva, la caballería a las órdenes del general Flores, encargado a la vez de la retaguardia, 90 heridos salvados en el campo de batalla,

el Estado Mayor y el Cuartel General, tomando personalmente la dirección de la cabeza.

»Al exterior de las columnas y como a 30 pasos de distancia, de manera que pudieran distinguirse los bultos, se tendió una cortina de tiradores formando un cuadro, con el objeto de rechazar a los tiradores enemigos que pudieran aproximarse, llevando la vanguardia con un piquete de 25 hombres el sargento mayor graduado don Ezequiel Tarragona.

»En esta formación sólida e imponente, que constituía un gran cuadro de columna con dos puntas salientes a sus extremidades y con fuegos de artillería en todas direcciones, se emprendió la retirada a las 11.30 de la noche, según confesión del enemigo en parte detallado, pero en realidad pocos minutos antes de las 12, habiendo permanecido cerca de 6 horas dueños pacíficos del campo de batalla, celebrando el triunfo sobre la línea del enemigo impotente hasta para guerrillarnos. Servía de guía a la columna una cuerda-mecha encendida en el extremo de una lanza (idea sugerida por el coronel Conesa) la que agitada de vez en cuando, despedía un reguero de chispas que indicaba la posición de la cabeza.» (1)

---

(1) MITRE. *Archivo*. Tomo XVI, Páginas 237 a 239.

Esta descripción clara y concisa, redactada por Mitre, da idea de las condiciones del general que dispuso la retirada y el orden de distribución de las dos armas, infantería y artillería, después de la batalla. Y fué tan hábil la distribución de la fuerza y las previsiones que se indicaron para el caso del ataque del enemigo, que a pesar de que éste escopeteaba los flancos de la columna durante toda la retirada, no se animó a resolverse a un ataque en forma. Los técnicos dirán de la competencia y dirección del comando superior en la disposición de la tropa preparada para el combate, en la retirada.

Los 2.000 hombres salvados de la acción y las 6 piezas de artillería que quedaban llegaron al puerto de San Nicolás después de 15 horas de marcha, y allí se embarcaron en los buques de la escuadra de Buenos Aires, bajo el comando ésta del coronel Susini, que triunfó, después de un combate de hora y media, con la escuadra de la Confederación, que pretendía cerrar el paso del río a los derrotados, que al fin pisaron tierra en la ciudad de Buenos Aires el 25 de Febrero.

Sin embargo de haber vuelto los aceros a sus vainas, después del pacto de pacificación del 11 de Noviembre de 1859, la guerra entre

Buenos Aires y la Confederación volvió a encenderse, a consecuencia del rechazo de los diputados de Buenos Aires del Congreso, y nuevamente el ejército de la Confederación se preparó para las hostilidades y dar la batalla que le provocaron las fuerzas de Buenos Aires, comandadas por Mitre, el día 17 de Septiembre de 1861 a orillas del arroyo Pavón y en campos de Palacios, provincia de Santa Fe.

En tales circunstancias ya el ejército de Buenos Aires era algo muy distinto del que peleó en *Cepeda*. Sus unidades tácticas veteranas habían aumentado en el arma de infantería, con 6 batallones. Se organizaron 4 cuerpos de caballería de línea, que debían desempeñarse brillantemente en la acción, y el ejército se componía, entre tropa de línea y guardia nacional, de 15.500 soldados, que debían hacer frente a los 17.000 del ejército de la Confederación.

Se ha dicho con bastante generalidad, pero también con bastante inexactitud, que el jefe del ejército de la Confederación, general Justo José de Urquiza, *se dejó* vencer en *Pavón* por el general Bartolomé Mitre, y en esa afirmación abiertamente falsa e hija de la pasión de partido, han incurrido no solamente lo vulgar de la gente sino hasta historiadores como

Antonino Díaz en su *Historia de las Repúblicas del Plata*, al escribir sobre la batalla de *Pavón*.

Para constatar la verdad basta estudiar los detalles a que hace referencia el parte de la batalla, donde se evidencia que el ejército de la Confederación no sólo se defendió briosamente sino que resistió con sus masas de infantería las valientes cargas de caballería hasta donde le fué posible. Fué cuando el general Urquiza se convenció que la victoria no era posible y que la continuación de la batalla era un derramamiento inútil de sangre, que resolvió retirarse.

Y como sobre este particular se cita el parte conviene transcribir lo pertinente.

Dice el parte:

«Amaneció el día 17 y a la luz del crepúsculo sonaron los primeros tiros de nuestras guerrillas de caballería, que revelaban la proximidad de las avanzadas del enemigo, a quien se buscaba con tanto ardor.

»A las 8 rompió el ejército su marcha de frente en cinco columnas paralelas en primera, compuesta del primer cuerpo a la derecha a las órdenes del brigadier general Venancio Flores, e inmediato a él, el tercer cuerpo formando dos columnas, a las del infrascripto (general

Wenceslao Paunero), llevando en el centro el regimiento de artillería ligera en columnas por baterías, y a la izquierda el segundo cuerpo con el señor general don Manuel Hornos. La reserva en segunda línea, a 500 pasos a retaguardia, bajo las inmediatas órdenes del V. E., que traía bajo su custodia el parque. Esta reserva, compuesta, como queda dicho, de 5 batallones y 11 piezas, desplegó oportunamente en línea por batallones en masa, y a la izquierda de esta línea la división 13ª de caballería a las órdenes del comandante Naón y escolta del general en jefe a las del comandante Paunero, cubriendo la retaguardia del todo la división del coronel Machado en tres columnas paralelas.

»A las 12 de la mañana apareció casi sobre nuestro flanco izquierdo la vanguardia enemiga, compuesta de unos 1.500 hombres de caballería, lo que indicaba que sus líneas de operaciones habían sido interceptadas por el movimiento rápido que el ejército verificaba, como lo comprueba el mismo parte del enemigo; y en tal estado fué vigorosamente atacado por una bien organizada línea de tiradores, que mandó adelante el general Hornos a las órdenes del coronel Fausto Aguilar, que arrolló sucesiva y constantemente la vanguar-

dia enemiga, tomándole algunos prisioneros y obligándola a emprender el galope e ir a refugiarse al grueso del ejército que aparecía formado en las inmediaciones de la estancia de don Domingo Palacios, apoyando su centro y reserva en ésta y dando la espalda al Arroyo de Pavón. Durante esa marcha, que muy bien podría llamarse triunfal, el ejército llenaba el aire con vivas entusiastas al pueblo de Buenos Aires, al general en jefe y a sus jefes inmediatos, y fué en medio de ese ardor generoso que V. E. mandó marchar de frente sobre la línea enemiga sin pérdida de momento, llegando muy luego a dos tercios de tiro de cañón, coronando la suave lomada que interceptaba por aquella parte la vista del enemigo, Fué allí que V. E. tomó las últimas medidas para el combate, ordenando súbitamente el despliegue de la infantería por batallones en masa; el de la artillería en columna cerrada por baterías, ordenando resueltamente el ataque sobre el centro enemigo, y que el señor coronel don Emilo Mitre tomara el mando de las tres brigadas de la derecha, y el infrascripto las de la izquierda, al mismo tiempo que se ejecutaban los despliegues de nuestra caballería en ambas alas, habiendo sido reforzada la derecha por la división del

coronel Machado, a consecuencia de haber aglomerado el enemigo en aquel punto sus mejores fuerzas de caballería en el centro, haciendo marchar en refuerzo de las brigadas de la derecha una batería con el sargento mayor graduado don Estanislao Maldones, y otra en refuerzo de las de la izquierda a las del sargento mayor don Ramón Ruiz, con el objeto de cañonear el ala derecha de caballería del enemigo, la que debía quedar a su frente según la proyección del movimiento que empezó a ejecutarse, haciendo nuestra línea un cambio de frente, avanzando nuestra izquierda en amago del flanco derecho del enemigo; movimiento que éste intentó imitar vanamente para esquivar su flanco, retirando su ala derecha de caballería y cambiando de posición la derecha de su centro.

»Nuestras columnas avanzaban armas a discreción en el orden más perfecto, cuando el fuego nutrido de 42 cañones y 2 coheteras, de calibre de 6 y de 8 en su mayor parte, habiendo algunas de 12 y 16 de superior alcance, reveló a nuestra valerosa infantería que cada pulgada de terreno ganado importaba el sacrificio de mucha sangre derramada, y no obstante avanzó intrépida al enemigo. Entonces fué que la 1ª brigada, a la que acudió en persona

el señor coronel don Emilio Mitre, fué acribillada por las balas y metrallas, y fueron casi destrozados los batallones 2° y 3° norte, a los que el comandante Gainza animaba a la par del coronel Mitre, que perdió su caballo de bala de cañón, dando ambos el mayor ejemplo de firmeza a sus valientes soldados, que caían diezmados por los proyectiles del enemigo al mismo tiempo que la 3ª brigada, comandante don Angel Basso, compuesta del batallón de su mando y el 1° línea al mando del sargento mayor don Manuel Roseti, sufrieron pérdidas de mucha consideración marchando siempre de frente. Al mismo tiempo la 2ª brigada, que la formaban el 3° de línea y el 1° del 3° de guardias nacionales de Buenos Aires, comandante Mateo Martínez, conducida por el jefe de la 1ª división coronel don Ignacio Rivas, atacó bizarramente la 1ª brigada enemiga, en que formaba el batallón Palma, despreciando los fuegos certeros de esa brigada y las baterías que la apoyaban marchó resueltamente armas a discreción, posesionándose resueltamente de las baterías enemigas y arrollando cuanto se opuso a su frente; corriéndose inmediatamente a la derecha en socorro de ésta, que se encontraba fuertemente compro-

metida, como queda dicho, desplegando recién en línea de fuego.» (1)

El ataque en esta primera parte de la batalla, ejecutado por los cuerpos del ejército de Buenos Aires, era reciamente sostenido frente al ejército enemigo cuyas posiciones iba ganando, cuando otras divisiones y brigadas del mismo entraron a secundar a las unidades del comando del coronel don Emilio Mitre, como la división de infantería del coronel Agüero y el regimiento de artillería de Nazar, que mantuvieron un sostenido fuego hasta que el ataque simultáneo de todas las infanterías dobló al enemigo y se apoderó de su artillería, incluso su jefe, que se rindió prisionero.

Los detalles del parte transcripto prueban hasta la evidencia que no estaba dispuesto a dejarse vencer el general Urquiza, cuando tanto esfuerzo hizo y tantas pérdidas causó al ejército de Buenos Aires a objeto de alcanzar el triunfo—en esta batalla de orden táctico—pues en ella se obtuvo la victoria, debido a la manera como se movieron las tropas en la acción, según los puntos vulnerables que presentaba el enemigo. A poco de observar las variantes del combate y estudiar sus

(1) MITRE, *Archivo*, Tomo IX, Páginas 249 a 251.

accidentes se nota que el triunfo se debió a las órdenes de ataque y defensa, a los movimientos de frente o de flanco, que eran las sabias disposiciones del comando general, de Mitre, quien se evidenció, en los primeros momentos de la jornada, como maestro en el arte de la guerra.

¿Era un estratega el general Mitre? Si por estrategia se entiende el arte de dirigir las operaciones de un ejército, y estudiado el terreno que ocupa el enemigo, mover el propio ejército y caer sobre aquél engañándole en el movimiento de las marchas de avance; esto, después de dejar establecida la base de operaciones y asegurada la retirada para el caso de una derrota. El general Mitre era en rea lidad un estratega.

El título se constata y evidencia con sólo leer la carta que con fecha 7 de Septiembre de 1862, diez días antes de la batalla de Pavón, escribe el general Mitre al coronel Gelly y Obes y que se transcribe en el tomo VIII, página 394, del *Archivo* del General.

En esta carta Mitre expone su plan de campaña y establece con precisión matemática lo que su previsión le dicta a objeto de obtener la victoria.

Conviene al punto que se estudia transcribir el contenido de la carta.

Dice ésta:

« Mi posición en Rojas, como yo se lo indiqué a ustedes en Buenos Aires, antes de salir a campaña, era una verdadera posición estratégica; pero solamente para la defensiva, mientras permaneciese en ella, es decir, para tener tiempo y tranquilidad a fin de reconcentrar mi ejército o esperar al enemigo con ventaja, ya fuese para combatir, ya para retirarme por el camino de afuera que había determinado al efecto, mientras el grueso de la fuerza estuviese escalonado hasta la villa de Mercedes.

» Todo ha salido según lo había calculado, aunque la reconcentración general del ejército sólo se haya operado el día 6 del corriente, hallándome, pues, el 10, frente a frente de las posiciones centrales del enemigo, y de 9 a 10 leguas de ellas, no he perdido un momento de tiempo.

» Ahora bien: situado en Rojas, se me presentaban dos caminos para ir en busca del enemigo:

» El primero, marchar directamente hacia las puntas de Pavón y del Sauce, o sea en dirección a la Horqueta, donde el enemigo había

aglomerado sus fuerzas, haciendo para el efecto, una marcha de frente y directa.

» El segundo hacer una marcha de flanco, a distancia competente, para buscar al enemigo en dirección opuesta, que es lo que voy realizando y cuyas ventajas les explicaré en esta carta.

» Nuestra permanencia en Rojas había llamado, como era natural, la atención de Urquiza; y en el caso de esperar una invasión, ha debido esperarla de frente y directa, por las puntas del Arroyo del Medio, de lo que tengo evidencia, por haber concentrado allí su vigilancia. En tal supuesto, él situó su vanguardia y lo mejor de sus tropas en los bajos del Sauce y de Pavón, tomando posiciones defensivas en la Horqueta y a lo largo del último arroyo, apoyando su espalda en el Rosario que es su base natural de operaciones puesto que así mantenía sus comunicaciones con la costa del Paraná.

» La marcha directa sobre las posiciones del enemigo, tenía en primer lugar el inconveniente de irlo a buscar por donde él quería y esperaba ser atacado, y usted sabe que, en la guerra, hacer lo contrario de lo que él piensa y quiere, es ya un presagio de triunfo, pues empieza por desconcertar ya sus planes;

además de que lo que Urquiza quería en este caso era muy racional y muy bien calculado, considerado militarmente. El segundo inconveniente era tomar un mal camino de aguadas, aunque regular de pasto. El tercero, que desde que iniciase la invasión, marchaba con mis dos flancos descubiertos y sin base natural de operaciones. El cuarto, que abandonaba a las depredaciones del enemigo toda la frontera del Arroyo del Medio, entregando esta parte del país a la inseguridad y a la desmoralización consiguiente. El quinto, que renunciaba a los auxilios que sucesivamente me han ido y me van llegando, así en caballos como en otros artículos de guerra, y me privaba de la concurrencia de un batallón de línea, que dejaba inutilizado en San Nicolás. El último, aunque en cierto modo moral, pero que debe tenerse en cuenta, era que, al efectuar una invasión en cierto modo por el desierto, siguiendo el camino que llevé cuando fuí a buscar a Flores en los puestos de Medina, era que, en un trayecto bastante largo y sin comunicaciones francas, dejaba al país en la ansiedad, poniendo a mis soldados en presencia de la soledad, que turba el ánimo.

» Así, pues, me decidí por la segunda idea, cuyas ventajas paso a explicarle.

» Mi objeto es situarme en el notable ángulo que forma el Arroyo del Medio, en la embocadura del Arroyo de Juárez, para efectuar desde allí mi invasión, cubriendo mi flanco izquierdo con el mismo Arroyo del Medio, que por aquella parte corre hacia Melincué, y apoyando mi espalda en la parte de arroyo que dejo a retaguardia, tomando a San Nicolás por base de operaciones. Así he cubierto toda la frontera del Arroyo del Medio, voy a salir al enemigo por donde menos piensa y menos le conviene; es decir, casi por su flanco izquierdo, dejo aseguradas mis comunicaciones con todo el país, me preparo a todo evento un camino de retirada bastante seguro, amenazo las comunicaciones del enemigo con el Rosario, y me incorporo de paso el batallón de Murga, recibiendo mientras tanto los auxilios que puedan venir. Hasta aquí llega mi inteligencia estratégica, fiando a la Providencia las tres cuartas partes o la mitad del éxito de esta marcha-maniobra, pues, según el mismo Napoleón, sus cálculos estratégicos nunca fueron más allá de la mitad de las probabilidades, y lo demás lo fió a la Providencia, que dispone de los destinos de los hombres y de los pueblos.

» En cuanto a la batalla, ese es un asunto táctico y de inspiración del momento. Yo tengo hecha mi composición de lugar, por lo que respecta a ella; y en cualquier campo, y a cualquier hora estoy dispuesto a darla o recibirla, pues no es exageración cuando le digo que este ejército se mueve hoy y maniobra en dos líneas en columnas paralelas, en la extensión de más de una legua, con la facilidad con que se abre y cierra un abanico, espectáculo que sorprende a todos por la misma sencillez de los medios, ya sea en marcha o cuando acampamos, y que puede decirse es nuevo entre nosotros, operando sobre masa tan considerable y complicada en su mecanismo.

» Dando un salto atrás y como contera de esta carta, le diré que me decido a tomar la ofensiva, como dicen vulgarmente, «por lo mismo». Si Urquiza está débil, para vencerlo. Si está fuerte, porque él ha de venir a buscarnos, y perderé yo la ventaja de la iniciativa. Yo ya no tengo nada que esperar de la demora ni en número de fuerzas ni en organización, y él sí, razón por la cual debo tomar la ofensiva. Así, pues, debo moverme sobre el enemigo, sea porque está fuerte, (pues yo no lo estaré más dentro de 8 días), sea porque está débil, para usar de mi ventaja. Así, pues

mi resolución tiene una base racional; y no es ni un arranque ciego de entusiasmo ni el producto de las preocupaciones vulgares; por eso es, sin duda, que mi espíritu está tranquilo y mi alma fuerte, pudiendo decirle en la intimidad que, desde que salí de Buenos Aires, no obstante lo mucho que he trabajado, no he tenido un solo instante de desaliento, aunque de cuando en cuando los tengo de mal humor, lo que no le pega mal a un general en jefe para templar los resortes de la máquina ».

*
* *

Pero lo que evidenció en toda su amplitud la capacidad militar del general Mitre fué el comando superior del ejército aliado en la campaña del Paraguay.

Para considerar con imparcial justicia, sin prejuicios ni pasión, el desempeño de su papel en la guerra de la Triple Alianza contra Francisco Solano López, hay que medir todas las dificultades que hubo que vencer para reunir los elementos de guerra y organizar luego las fuerzas que compondrían el ejército, ante una provocación a la guerra que tomó al gobierno y pueblo de sorpresa.

Había que reunirlo y organizarlo todo en momentos que nuestros arsenales no tenían ni

las armas necesarias para proveer a la tropa y cuando los regimientos y batallones se encontraban dispersos y distanciados en las lejanas y extensas fronteras de la república. Ello sin tener presente que invadida la provincia de Corrientes por el ejército paraguayo, fué imprescindible enviar parte de las unidades tácticas que debían de componer el primer cuerpo de ejército para contener la invasión, lo que afortunadamente consiguió gracias a nuestro primer triunfo: la victoria obtenida sobre la vanguardia del ejército paraguayo en la ciudad de Corrientes el día 25 de Mayo de 1865.

Lo ocurrido después pone en muy alto relieve la capacidad militar del comando en jefe, del general Mitre, pues, con tener un ejército veterano de base muy escasa, y cuando los cuerpos argentinos no alcanzaban a sumar 4.000 hombres y una guardia nacional de gente recluta que recién fué a efectuar ejercicios de fogueo en pleno teatro de operaciones, la campaña, después del triunfo de Corrientes, se siguió con pleno éxito, siendo secundadas las operaciones por el importante aporte del ejército del imperio brasileño.

Todo cuanto el arte de la guerra puede enseñar a un experto general, se aprovechó por Mitre para llegar al triunfo y entre las medidas

de guerra dictadas pueden recordarse la retirada de parte del ejército argentino a los pueblos de Goya y de la Esquina para reorganizarlo, la reconcentración del ejército aliado en Río Grande del Sur, la distribución de los cuerpos de caballería correntina en las operaciones de vanguardia, a objeto de contener la invasión paraguaya y luego dominarla.

Tan oportunas fueron las órdenes dictadas que, corridos dos meses de la batalla de Corrientes, el ejército argentino en operaciones tenía, a fines de Julio de 1865, reconcentrados 10.000 soldados, y fueron esta fuerza y las divisiones brasileñas que luego se incorporaron las que, por inspiración de Mitre y órdenes del mismo, dividieron los ejércitos paraguayos del Uruguay y del Paraná, derrotando, las fuerzas aliadas uruguayas-argentinas, al ejército de Duarte en el *Yatay* y dejando aislado al general Estigarribia en la plaza de *Uruguayana*, que tuvo que rendirse después de un estrecho sitio el 17 de Septiembre de 1866 al cumplirse un mes de ganada la victoria de *Yatay* del 17 de Agosto.

No corresponde a un libro del carácter del presente estudiar al detalle las operaciones que siguieron a la guerra, porque eso le daría al tema estudiado una extensión que no pue-

de tener, pero sí cumple declarar que las victorias alcanzadas por el ejército aliado y la rendición de *Uruguayana*, revelaban con la elocuencia de los hechos, cuál era la competencia, vale decir, la capacidad del director de la guerra, de Mitre.

Cuando la guerra terminaba con brillo para las armas del ejército aliado, se suscitó una polémica entre el general Mitre y el doctor Juan Carlos Gómez, distinguido hombre público uruguayo, que corre impresa bajo el título de *Cartas polémicas a propósito del tratado de la Triple Alianza* y en ellas, Mitre, que venció en la discusión al doctor Gómez, defendiendo la dirección de las operaciones, manifestaba: «que al poco tiempo de declarada la guerra estaba en campaña, al mes se alcanzaba la primera victoria, a los cinco meses, a pesar de Basualdo, estaba expulsado el enemigo de nuestro territorio, dejando en nuestro poder 18 ó 20.000 hombres entre muertos y prisioneros, con menos de 500 hombres de pérdida entre nuestros aliados y sin que hubiéramos perdido ni una sola bandera, ni una caja de guerra, ni una bayoneta siquiera.»

No es al que escribe y mucho menos al lector a quien puede interesar lo que dice el

libro del tema tratado, y pasar a estudiar los detalles de hechos de guerra tan importantes como fué el de la rendición de *Uruguayana;* pero conviene al técnico conocerlos, y también es necesario aconsejar al mismo lea lo que sobre el particular se inserta en el tomo IV del *Archivo* del general Mitre.

Es en esa obra que el director de la guerra deja constatado su pericia, su instrucción, las previsiones y resoluciones a tomarse, caso que se presentase la imprescindible necesidad de tomar la plaza de *Uruguayana*, que al fin se rindió con 7.000 combatientes.

Desalojado el enemigo de Río Grande del Sur y de la provincia de Corrientes, era necesario invadir el Paraguay para terminar la guerra. Al efecto se resolvió cruzar el Paraná, y estudiado el plan de invasión, ésta se efectuó por el *Paso de la Patria.* Llegado a esta parte de la guerra, que iba a tomar su carácter ofensivo, es el caso de preguntar ¿quién estudió el pasaje para realizarlo después? Y es entonces que viene a la punta de la pluma y para contestar al interrogante, que no fué de otro la inspiración sino del Generalísimo, y esto contra la voluntad de todos los jefes argentinos y de los generales aliados que se oponían al pasaje y frente a la isla *Cabrita*,

donde desde el principio resolvió efectuarlo el comando en jefe.

Mitre sostenía que no había otro pasaje que el que indicaba para cruzar el Paraná y fundamentaba su plan de invasión sin riesgo, porque sabía por declaraciones reiteradas de soldados desertores de López, que en días anteriores se habían presentado a los aliados, que frente al *Paso de la Patria*, en la margen opuesta, en tierra paraguaya, el Mariscal, (!) —así le llamaban—no tenía un solo soldado, que el ejército enemigo estaba situado al norte de *Ytapirú*. Y fué por último que se resolvió el pasaje el día 20 de Abril de 1866, y se alcanzó la victoria de *Ytapirú*.

Los maestros en el arte y los profesores extranjeros (alemanes) que enseñan de la importancia de las acciones de guerra y de los actos que las preparan, llaman al cruce del Paraná por el ejército aliado en el *Paso de la Patria* operación maestra y alto ejemplo de pericia militar, que hace gran honor al general Mitre, que la ideó y realizó.

Cuanto a la gran batalla de *Tuyutí*, ganada por el ejército aliado en el memorable día del 24 de Mayo de 1866, que es la más importante acción de guerra librada en la América latina, dado el número de combatientes que

tomaron parte, de ella se ha dicho que fué una sorpresa y de esa afirmación protestaba el general Mitre, cuando declaraba al que escribe:

«Si por sorpresa se entiende el hecho de guerra de atacar de improviso al enemigo, puede que tal vez la afirmación pase, pero no es aceptable. Yo siempre pensé considerando que combatía a un enemigo valiente y resuelto, que estaba decidido a defender el territorio línea a línea y palmo a palmo, que López no desperdiciaría el momento de traerme al ataque, y ello previsto mantuve la defensiva organizándola en tres líneas. Preveí también que podía llegarse a la primera línea y que se pudiera vencerla rompiéndola para llegar a la segunda. Creía imposible rompiese la segunda pero supuesto el caso, tenía la convicción que sus fuerzas al fin se quebrarían y se les vencería en la tercera línea de defensa. Los hechos evidenciaron después que los 22.000 hombres que trajeron la carga quedaron deshechos en la primera línea, que este fué epílogo de la batalla, en que se deshizo al ejército paraguayo que atacó el centro y los flancos derecho e izquierdo del ejército aliado.»

Otros hechos adversos a las armas de los aliados bajo el comando de Mitre se sucedieron

después: el ataque al *Boquerón de Piris*, la batalla del *Sauce* y el asalto de *Curupayty*, pero éstos no deslumbran, no amenguan la gloria de *Corrientes*, de *Yatay*, de *Uruguayana*, del *Paso de la Patria*, de *Itapirú* y de *Tuyutí*, para no mencionar sino las acciones de guerra más importantes.

Y ahora llega el caso de preguntar: ¿Fué maestro en el arte de la guerra el general Bartolomé Mitre? ¿formó escuela? ¿hizo discípulos? La lógica de los sucesos guerreros en que intervino mandando en jefe las batallas más importantes de la guerra civil argentina, *Cepeda* y *Pavón* y tres años después *Tuyutí* lo confirma. En la primera, según informes, pelearon 18.000 combatientes, en la segunda 32.000, y en la tercera una suma superior a 50.000 soldados, y en ellas se salió vencedor. La dirección de la última guerra nacional realizada por la Argentina, en la que intervino en todos los detalles de la administración y dirección, y donde se le proclamó victorioso en cinco o más grandes jornadas, lo proclaman maestro en el arte y ciencia de la guerra, para la que escribió textos y redactó instrucciones.

Y que esa escuela formó discípulos, lo comprueban: el general Roca, venciendo en *Santa*

Rosa y triunfando en la expedición al Desierto en 1879; Rivas, victorioso en *Yataití - Corá;* Arredondo, vencedor en *San Ignacio;* Ayala, triunfador en *Alcarecito* y en el *Talita;* Levalle, victorioso en el *Diamante* y en *La Paz*; Mansilla, excursionando a los Ranqueles; Luis María Campos, vencedor en *Gualeguaychú;* Napoleón Uriburu, Bosch, y Obligado, expedicionarios al Chaco; Teodoro García, triunfador en *Hucal Grande;* Winter, vencedor de Catriel; Racedo, triunfador en *Olivera;* y Conrado Villegas, que llevó la bandera de la Nación, hasta en el lejano oeste de la frontera argentina, sobre los Andes.

CONCLUSIÓN

Puede que la persona que se decida a leer este libro se detenga a meditar en el contenido de alguno de sus capítulos, particularmente el IX, relativo al asalto de *Curupayty*, dados los detalles que narra el autor para decir del movimiento táctico de las unidades en el momento de la acción.

Y es lógico presumir que el lector al considerar lo que lea, se pregunte con asombro: «¡Cómo es de original, de nueva, la descripción!... Viene al caso pensar la distancia que hay de lo descripto a la realidad, de lo sucedido a lo fantástico».

A tal reflexión, el autor, defendiendo su obra, cumple que declare: que ninguna o muy poca, así como se dice, ninguna o muy poca. Y es para confirmar lo aseverado, que se incluye esta declaración en los siguientes términos:

El asunto o tema de este libro debía de formar parte de una obra que tiene terminada

el autor y que intitula ARGENTINA HEROICA.

La obra obedece al propósito si no de contestar, de exponer, a lo menos, en igual o mayor grado, si es posible, el esfuerzo y el sacrificio realizado por la Argentina en la emancipación de la América del Sur, y evidenciar que dentro de esa escena tan dramática y emocionante, la Argentina no sólo no cede a Venezuela en heroísmo, sino, que por el contrario, la iguala y hasta no se amengua en relación a lo que narra el historiador Blanco, en «*Venezuela Heroica*».

Cumple, empero, al autor, declarar a fuer de imparcial, que entre el libro argentino y el venezolano, habrá una radical diferencia, una línea de separación absoluta, porque el hablar de heroísmo, describe Blanco las grandes batallas que contribuyeron a sellar la independencia de la Gran Colombia, y a los cuadros que en ellas se suceden les llama heroicos. Así, son heroicas: *Bomboná*, *Boyacá*, *Carabobo* y *Pichincha*, lo que parece impropio y exagerado, porque no todos los que toman parte en una acción de guerra son héroes, ni son heroicas todas las incidencias de la batalla o del combate.

Se llama héroe (al menos así lo cree el que escribe) al que se singulariza en el hecho de

armas en que toma parte, o al que se debe el laurel del triunfo por su valor e inspiración y que se sobrepone a todo y a todos, dejándoles atónitos, mudos de admiración. Así son héroes en los fastos argentinos los hermanos Gallardo, que en *Suipacha* toman la bandera del ejército realista y conquistan el primer trofeo y héroe es el niño tambor de *Tacuarí*, y Arenales en la *Florida*; héroe es Necochea en el *Tejar* y *Junín;* héroe es Falucho en los baluartes del Real Felipe en el Callao; héroe es Pringles en *Chancay;* héroe es el sargento Cabral en *San Lorenzo;* héroe es Lavalle en *Moqueguá*, *Torata* y *Río-Bamba;* héroes son Suárez en *Junín* y Brown, en los combates navales del *Buceo* y de los *Pozos;* Espora y Rosales en el *Plata* y Estivao dentro de los muros de *Montevideo*, porque ellos son los que se singularizan, los que se destacan, los que se imponen al enemigo por el sacrificio, por la acción resuelta y eficaz, coronada por el triunfo y aun en medio de los fracasos.

Y fué para el futuro libro, *Argentina Heroica*, que se pensó escribir *Curupayty*.

Para realizar ese trabajo guardaba el autor los recuerdos, no de lo que presenciara, pues no fué espectador, sino de lo que oyó, de los episodios de los detalles y el conjunto, de la

escena y de los cuadros. De los personajes de primer plano y de segunda línea, y luego empezó a leer la documentación y bordar un *canevas* en las zonas del cerebro, hasta que un día del último mes de Enero, sintiendo que todo lo recordado y leído se le revolvía dentro del cráneo, sin vacilar volcó sobre el papel al correr de la pluma, todo cuanto tenía guardado en relación al asalto de *Curupayty*, que eran los recuerdos de los informes y declaraciones de los jefes con los que habló una y más veces sobre el particular, y que le afluían a la memoria. Porque es de advertir que por una singularidad de su suerte, el autor fué amigo o conocido de la mayor parte de los actores del memorable hecho de armas que se narra, tales como el ilustre generalísimo Bartolomé Mitre y generales: Juan Andrés Gelly, Emilio Mitre, J. A. Roca, Juan Ayala, Eduardo Racedo, Luis María Campos, Donato Alvarez, Rufino Ortega, Lucio V. Mansilla, Joaquín Viejobueno, José Miguel Arredondo, Napoleón Uriburu, Lorenzo Winter, Nicolás Palacios, Carlos Smith, Manuel Campos, Domingo Viejobueno, Manuel Obligado, Conrado Villegas, Francisco Bosch, José María Uriburu, Liborio Bernal, Teodoro García, Amaro y José Inocencio Arias; coroneles: Ernesto Rodríguez, Moritán

Sotelo, Vivot, Belisle, Morales, y tantos otros más, que sería difuso enumerar, que entraron en acción en *Curupayty* y que ya desaparecieron; y como es cierto son de su amistad o relación, los generales Garmendia, Benavídez, Tula, Luzuriaga, Fotheringhan y Balza, que afortunadamente viven y de quienes recogió los detalles a que se alude en el capítulo IX, relativos al asalto, y ello constatado, se verá que nada puede haber de ficción; y como es verdad que cuando no hay documento que confirme la realidad, el testimonio de todos, que es la voz pública, puede comprobar lo aseverado.

El lector no se explicará así no más cómo haya tenido el autor relaciones numerosas en la familia militar y las que sigue continuando hoy en el ejército y en la armada.

Pero se lo explicaría todo si estuviese al tanto, si supiera que pasó parte de su infancia y de su juventud entre jefes y oficiales, viejos y jóvenes, y en días en que sus ojos se le dilataban a la vista de los entorchados y charreteras, el arrastrar de las tizonas y el retorcer de los mostachos de aquellos militares, algunos melenudos como reyes merovingios; y que el espíritu se le expandía cuando hablaba tan sesudamente don Emilio Mitre, sabía del buen sentido de Gelly y Obes,

de la superioridad de Roca, de las confidencias de Mansilla, de las clarinadas de Levalle, modesto como el que más, y que según sus camaradas, se iluminaba en el campo de batalla y a la vista del peligro; de las nerviosidades de Luis María Campos, que asombraban en el hombre de edad avanzada; las expansiones de Alvarez, el jefe más experto de caballería de vanguardia en la guerra del Paraguay, en el comando del regimiento *San Martín;* del valor sin alardes, pues eran la sencillez de Palacios y de Smith; de la llaneza y serenidad de Racedo; de la tranquilidad de Ayala, el famoso jefe de la Guerrilla *Gloria o Muerte*, y tan sagaz en el combate; de la corrección y temple de Bosch, de la apostura y gallardía de Winter, del humorismo de Amaro Arias y Rudecindo Roca, del juicio de Viejobueno, de la liberalidad de Dónovan, de la luz de inteligencia que fulguraba en la mirada de Napoleón Uriburu, de la sagacidad de Arredondo, del espíritu militar de Villegas, de la caballerosidad de García y del patriotismo que ardía en todos esos nobles corazones, bravos en el campo de batalla, hidalgos, sin pretensiones en los centros sociales y afectuosos en la intimidad del hogar, que esa es la condición de los que en realidad valen.

Esto, cuanto a los jefes y oficiales, que en lo tocante a los soldados si no se les admiró en el campo de la pelea, se les ha conocido cubiertos de heridas, pues algunos de sus cuerpos ostentaban hasta veintisiete honrosas cicatrices, que decían de su arrojo, de sus penas y dolores, y confiaban ingenuos en la recompensa a recibir. El «pago de la patria», vale decir: la nada y el olvido.

Aun recuerda el autor, un cuadro que presenció en su infancia y que guarda indeleble su memoria.

Es este el caso:

Era el segundo año de la presidencia de Sarmiento, y el alto mandatario se aprestaba a recibir honrosamente a la Guardia Nacional de Buenos Aires, que retornaba, la poca que quedaba, después de cuatro años de campaña, a sus hogares.

La ciudad se había engalanado, estaba de fiesta, para recibir a los que volvían con un laurel en la frente, y a objeto que el recibimiento fuera tal cual lo merecían los valientes, se había construído un gran palco frente al arco de la recova, que dividía las plazas de la Victoria y 25 de Mayo.

Allí estaban reunidas las altas autoridades de los tres poderes de la Nación y provincia

de Buenos Aires y parte de lo más granado de la sociedad.

Alrededor del gran entarimado se veían confundidos hombres de todas las esferas, viejos, jóvenes, niños y mujeres, desde la gran dama hasta la más modesta mujer del pueblo. Uno era el ideal y la emoción, uno el amor a la Patria y el saludo triunfal a los que llegaban vencedores.

La impaciencia y la intranquilidad aumentaban al atardecer del día memorable, pero se calmaron cuando se sintió el vibrante toque sugerente de los clarines. Era que abría la marcha de la columna que avanzaba, el regimiento *General Lavalle*, en secciones de escuadrón.

Y fué entonces que se oyó el grito atronador del saludo y el palmotear de las manos. Las lágrimas brotaban de los ojos al ver que avanzaban aquellos apuestos jinetes viril y gallardamente sentados: ¡saliente el pecho, erguida la cabeza, fija la mirada y haciendo relucir el brillo de los aceros de sus filosos y largos sables al reflejo de la luz!

No parecían hombres tales soldados. El observador se imaginaba ver una columna de figuras broncíneas al contemplar aquellos valientes que se presentaban como centauros, tan unidos

estaban el jinete y el bridón y que aparecían severos y modestos, no obstante toda la marcialidad que les daban sus morriones, y a quienes saludaban los hombres de gobierno y un pueblo que les aclamaba.

En aquel atardecer pudo observarse que al pasar los jóvenes y bravos combatientes tan gallardos en sus marciales aposturas, los corazones de las criollas se conmovían y que sus negros ojos y las brillanteces de sus pupilas decían de una impresión que se adivinaba era el fuego del sentimiento que les daba tal fascinación y las emocionaba para elevarles el espíritu a las esferas puras de lo bello, aspirando a compendiar en ella todas las realizaciones de la idea, todas las sensaciones del alma.

Y fué luego el ambiente tibio del hogar, al calor del lecho paterno, las expansiones familiares, el beso de la madre, que es sensación de ternura, de caricia; el grito alegre del niño que se difunde como una luz en el círculo de los íntimos y anima el ambiente. La expresión de la mirada de la mujer núbil, la voz afectuosa del amigo, las congratulaciones de todos. Eso, que es tan rápido, tan fugaz, como que es de vida muy intensa porque penetra hondamente en el espíritu, calma todos los dolores

y mitiga todas las penas; eran el consuelo y la alegría después de una cruenta guerra coronada por la victoria.

Y fué tal el cuadro, que difícilmente se habrá borrado de la memoria de los que lo presenciaron.

Por ello, y por mucho más, se escribieron estas páginas y en homenaje al trágico episodio, que con ser un desastre, fulgura entre hojas de palma y de roble.

Para terminar, decimos: Puede que el recuerdo de los nombrados en el libro sirva para aminorar, siquiera en parte, las deficiencias y pobreza de estilo y el ningún brillo de las oraciones, que si obligarán a veces a dormitar al lector, puede que le motiven un grato sopor, disculpable hoy y siempre, porque lo escrito es fundamentalmente verdadero.

APÉNDICE

Carta del Sargento Mayor Sr. Oscar Durañona

Capital Federal, Diciembre 15 de 1920.

Señor Doctor Carlos M. Urien.

Distinguido Doctor:

Adjunto le remito las listas de las tropas argentinas que tomaron parte en el *Asalto de Curupayty*.

En una figuran los nombres de los jefes que mandaron los cuerpos, según listas de revistas del mes de Septiembre, sin tener en cuenta si asistieron o no al asalto.

La otra corresponde a los jefes que en realidad condujeron las tropas a los «Umbrales de la Gloria».

Me ha sido dificultoso poder encontrar los jefes de brigada, faltando, como se dará cuenta, algunos.

Le ruego que me haga saber si hay algún error en los datos que le envío, para salvarlo.

Pidiendo disculpe la demora en evacuar su pedido y con el respeto de siempre su afmo.

OSCAR DURAÑONA.

Nombre de los jefes y oficiales que en realidad fueron los que mandaron las unidades en el «asalto de Curupayty» en el mes de septiembre de 1866.

PRIMER CUERPO. — JEFE: GENERAL DE BRIGADA D. WENCESLAO PAUNERO

PRIMERA DIVISIÓN. JEFE: CORONEL D. IGNACIO RIVAS

1ª brigada. Jefe: Teniente coronel D. Manuel Roseti	Batallón 1º de Línea, comandado por el capitán R. Fuentes.
	Batallón San Nicolás, comandado por el sargento mayor D. Pedro Retolaza.
2ª brigada. Jefe: Coronel D. Juan B. Charlone	Batallón 3º de Línea, comandado por el teniente coronel graduado D. Alejandro Díaz.
	Batallón Legión Militar, comandado por el mayor D. Agustín Valerga.

2ª DIVISIÓN. — JEFE: CORONEL D. JOSÉ M. ARREDONDO

3ª brigada. Jefe: Teniente coronel D. Manuel Fraga	Batallón 4º de Línea, comandado por el capitán D. Florencio Romero.
	Batallón 6º de Línea, comandado por el teniente coronel graduado sargento mayor D. Luis M. Campos.
4ª brigada. Jefe: Teniente coronel D. José P. Giribone	Batallón Cazadores de La Rioja, comandado por el teniente coronel D. Gaspar Campos.
	Batallón 1ª Legión Voluntarios, comandado por el capitán D. Domingo Casella.

3ª DIVISIÓN. — JEFE: CORONEL D. JOSÉ R. ESQUIVEL

5ª brigada. Jefe: Teniente coronel D. Desiderio Sosa	Batallón 1º de Corrientes, comandado por el mayor D. Napoleón Uriburu. Regimiento Rosario, comandado por el mayor D. Genaro Racedo.
6ª brigada. Jefe:	Batallón Catamarca, comandado por el teniente coronel graduado D. Maximino Matoso. Batallón Tucumano, comandado por el mayor D. Amadeo Alurralde.

4ª DIVISIÓN. — JEFE: CORONEL GRADUADO ANTONIO SUSINI

7ª brigada. Jefe: Coronel D. José F. Avalos	Batallón Santafesino, comandado por el mayor D. Joaquín Lora. Batallón 5º de Línea, comandado por el teniente coronel D. Rufino Victorica.
8ª brigada. Jefe: (2)	Batallón Salta, comandado por el mayor D. Julio A. Roca. Batallón 2º de Voluntarios, comandado por el mayor D. Baldomero Sotelo.

(1) No consta quién fué el jefe de la brigada; a falta de jefe titular le correspondía el mando al teniente coronel graduado Don Maximino Matoso por ser jefe de línea.

(2) Hasta el 30 de Agosto de 1866, figura como jefe el teniente coronel D. Francisco del Prado, siendo dado de baja con esta misma fecha, y no constando nombramiento de su reemplazante; corresponde el mando al mayor D. Baldomero Sotelo. Roca mandó el batallón Salta.

SEGUNDO CUERPO. — JEJE: GENERAL DE BRIGADA D. EMILIO MITRE

1ª DIVISIÓN. — JEFE: CORONEL D. JOSÉ M. BUSTILLO

1ª brigada. Jefe: Teniente coronel D. Carlos Urien.	1er batallón del Regimiento 1º de Guardias Nacionales de Buenos Aires, comandado por el teniente coronel D. Juan Cobo.
	1er batallón del Regimiento 2º de Guardias Nacionales de Buenos Aires, comandado por el capitán D. Adolfo Goldrich.
2ª brigada. Jefe: Teniente coronel D. José María Morales	3er batallón del Regimiento 3º de Guardias Nacionales de Buenos Aires, comandado por el comandante D. Manuel Bahía.
	4º batallón de Guardias Nacionales de Buenos Aires, comandado por el teniente coronel D. José Luis Amadeo.

2ª DIVISIÓN. — JEFE: CORONEL D. PEDRO J. AGÜERO

3ª brigada. Jefe: Teniente coronel D. Manuel Obligado	2º de Campaña de Guardias Nacionales de Buenos Aires, comandado por el capitán Benedicto Rivero.
	4º de Campaña de Guardias Nacionales de Buenos Aires, comandado por el teniente coronel D. Manuel Obligado.
4ª brigada. (1)	3º de Campaña de Guardias Nacionales, comandado por el teniente coronel D. Ezequiel Tarragona.
	5º de Campaña de Guardias Nacionales, comandado por el capitán Eulogio Enciso.

(1) No se ha podido comprobar si esta brigada la comandó el teniente coronel Miguel Martínez de Hoz. — (El autor).

3ª DIVISIÓN. — JEFE: CORONEL D. PABLO DÍAZ

5ª brigada. Jefe: Teniente coronel D. Rómulo Giufra	1º de Córdoba, comandado por el teniente coronel D. Agustín Olmedo. Batallón San Juan, comandado por el teniente coronel D. Rómulo Giufra.
6ª brigada. Jefe: Coronel D. Manuel Caraza	Batallón Mendoza, San Luis, comandado por el mayor D. Demetrio Mayorga. Batallón 2º de Entre Ríos, comandado por el capitán B. Pedro R. Burgos.

4ª DIVISIÓN. — JEFE: CORONEL D. MATEO J. MARTÍNEZ

7ª brigada. Jefe: Teniente coronel D. Adolfo Orma (1)	Regimiento 2º de Línea, comandado por el capitán D. Pedro Palavecino. 1er batallón del Regimiento 3º de Guardias Nacionales de Buenos Aires, comandado por el capitán D. Manuel Rocha.

(1) El Teniente Coronel Orma, jefe del 2 de línea y su segundo el Sargento Mayor Francisco Borges, no se encontraron en Curupayty porque estaban asistiéndose en Buenos Aires de las heridas recibidas en el ataque al Boquerón de Piris, el 18 de Julio. (El autor).

8ª brigada. Jefe: Teniente coronel D. Benjamín Calvete	Regimiento 9º de Línea, comandado por el capitán D. Octavio Olascoaga. Regimiento 12º de Línea, comandado por el teniente coronel D. Juan Ayala. Batallón 3º de Entre Ríos, comandado por el teniente coronel D. Pedro García.

En esta nómina no figura el coronel Pedro José Agüero que también tomó parte en el asalto como jefe de la 2ª División Buenos Aires, según consta del parte del jefe del segundo cuerpo de ejército General Emilio Mitre. (El autor).

Por un error en la página 64 se pone al coronel Martínez de Hoz figurando como jefe en el asalto, donde no se encontró, pues había quedado en Tuyutí.

Ataques a las trincheras de Curupayty

22 de Septiembre de 1866

El Presidente de la República general en jefe de ejército.

Cuartel General, Curuzú, Septiembre 24 de 1866

Al Excmo. señor Ministro interino de la Guerra

Coronel D. Julián Martínez.

Sírvase V. E. poner en conocimiento de S. E. el señor Vicepresidente de la República que el 22 del corriente a la cabeza del primero y segundo cuerpo de ejército argentino bajo las inmediatas órdenes del general Paunero y del general Emilio Mitre y del segundo cuerpo de ejército brasileño a las inmediatas órdenes del teniente general Barón de Porto Alegre, formando un total de más de 18.000 hombres, hallándose equilibradas las fuerzas de ambos aliados, emprendí el ataque sobre las líneas de fortificación de Curupayty, artilladas por 56 piezas y guarnecidas por 14 batallones, según las noticias adquiridas.

El ataque fué precedido por un vivo bombardeo de 4 horas, hecho por la escuadra brasileña a órdenes del almirante Tamandaré, la que forzó las estacas del río frente a Curupayty salvando la línea de torpedos.

A las 12 del día se dió la señal de asalto a las tropas de tierra, el que se emprendió en cuatro co-

lumnas de ataque convenientemente apoyadas por sus reservas y por dos baterías, una argentina y otra brasileña que obraban cruzando sus fuegos desde los dos flancos del frente de ataque.

Las dos columnas de ataque de la izquierda por la parte del río eran compuestas por tropas brasileñas y las dos de la derecha pertenecían al ejército argentino. Las dos columnas centrales, que constituían la base del ataque, marcharon denodadamente al asalto, vigorosamente apoyadas por las columnas de los flancos que marchaban paralelamente y en este orden se llevó el asalto bajo el fuego de fusilería y de metralla del enemigo forzando su primera línea de fortificaciones y avanzando hasta el foso de la segunda linea, defendida por una ancha línea de abatis sobre la cual convergían todos los tiros de la artillería enemiga.

Contenido el ímpetu del ataque por la línea de abatis que se componía de gruesos árboles espinosos enterrados por los troncos y que en más de 30 varas obstruían el acceso de la trinchera, los cuales no era posible incendiar, se procuró abrir en ella algunos portillos, haciendo penetrar por ellos algunas compañías que dominasen con sus fuegos el parapeto enemigo y permitiesen colmar el fozo con fajinas y plantar las escalas que se llevaban preparadas. Como V. E. lo sabe muy bien las líneas de abatis no han sido forzadas nunca en asalto franco, ni aun por las primeras tropas del mundo, así es que fué necesario reforzar el ataque con la segunda línea de reservas parciales, comprometiendo en las dos columnas de ataque central 24 batallones en el fuego (12 cada una de ellas), mientras que las otras dos columnas de los extremos maniobraban a fin de forzar los flancos de la línea enemiga que se apoyaba por la derecha en

el río Paraguay cubierta por un triple recinto y un bosque y por la izquierda en dos lagos con una doble línea cubierta por un bosque y dos esteros impenetrables que se prolongaban hacia la retaguardia de nuestra derecha, donde se habían establecido algunas baterías de flanco y de revés.

Salvados por la columna argentina las expresadas baterías de flanco y de revés a cuyo frente se dejó una cuarta línea de observación que a la vez de cubrir nuestro flanco, apoyaba la tercera línea de reservas generales, se estableció allí una batería argentina para contrabatirlas, no siendo posible flanquear por allí la posición enemiga por ser los esteros y el bosque de todo punto impenetrables.

Reforzado como queda antes dicho, el ataque central se mantuvo por el espacio de dos horas y cuarto dominando la última línea del enemigo haciendo fuego desde lo alto de los abatis bajo los disparos incesantes de 30 piezas que tiraban a metralla plantándose algunas escalas en el foso y penetrando algunas hasta la cresta del parapeto.

En esta circunstancia habiéndonos puesto de acuerdo con el Barón de Porto Alegre y viendo que no era posible forzar ventajosamente la línea de abatis para llevar el asalto general sino comprometiendo nuestras últimas reservas y que una vez dominada la trinchera no se obtendrían los frutos de tal victoria parcial desde que no se conservasen tropas suficientes para penetrar en orden en el interior de la línea y hacer frente allí a las reservas del enemigo, acordamos mandar replegar simultáneamente y en orden las columnas comprometidas en el ataque, reuniendo previamente todos nuestros heridos y trayéndolos a nuestras reservas. Así se efectuó después de las dos de la tarde replegándose los batallones con sus ban-

deras desplegadas a retaguardia de nuestras líneas de reserva que convenientemente formadas, se estableció dentro del tiro de metralla a 400 varas de la línea enemiga, protegiendo este movimiento.

Desde la hora en que se efectuó el movimiento después de las cinco de la tarde, es decir, por espacio de más de tres horas me mantuve en la misma disposición y a la misma distancia, avanzando una línea de tiradores sobre la trinchera enemiga y manteniendo el fuego bajo el tiro de metralla, sin que un solo enemigo se atreviese a salir de sus fortificaciones y sin sufrir más hostilidad que la de su artillería que era convenientemente contestada por la nuestra.

Pasadas las cinco de la tarde y recogidos todos nuestros heridos ordené el movimiento en retirada por escalones, salvando nuevamente y con muy poca pérdida las baterías de flanco del enemigo regresando antes del anochecer a ocupar nuestras anteriores posiciones en Curuzú donde permanecemos hasta la fecha.

El denuedo de las tropas tanto brasileñas como argentinas, no ha podido ser más grande en esta jornada y ningún elogio necesitan para que todos les hagan la merecida justicia, por lo tanto me limitaré a decir que la comportación de todos ha sido heroica y que presente en el fuego durante las cinco horas de combate considero a todos sin excepción alguna acreedores a la gratitud del pueblo y a la consideración del gobierno, recomendando muy especialmente a los que con tanto denuedo marcharon al asalto y murieron gloriosamente encima de las trincheras.

Nuestras pérdidas han sido considerables y sensibles. Las pérdidas de ambos ejércitos la computo en 5.000 hombres entre muertos y heridos de los cuales más de 400 muertos, correspondiendo aproxima-

damente la mitad de la pérdida total a cada uno de los aliados que han fraternizado una vez más en un campo de batalla derramando generosamente su sangre, en honor de su causa.

Por parte del ejército argentino se comprometieron 17 batallones en el asalto, cayendo muertos o heridos la mayor parte de los jefes que los condujeron, contándose entre los muertos en aquel momento, a consecuencia de sus heridas, a los coroneles Roseti y Charlone, a los comandantes Fraga y Alejandro Díaz y al sargento mayor Lucio Salvadores, a la par de muchos oficiales; y entre los heridos al coronel Rivas, que mandaba la principal columna de ataque, a los comandantes Calvete, Ayala, Gaspar y Luis María Campos y Giribone y sargentos mayores: Lora, Retolaza, Fernández, Mansilla (contuso) y muchos otros oficiales cuya lista será elevada oportunamente para honor y gloria de ellos.

Dios Guarde a V. E.

(Fdo.) Bartolomé Mitre.

Octubre 2 de 1866.

Contéstese en los términos acordados y archívese.

(Fdo.) Paz.

(Fdo.) Julián Martínez.

El comandante en jefe del primer cuerpo del ejército argentino.

Campamento de Curuzú, Septiembre 25 de 1866.

Al Excmo. señor Presidente de la República Argentina general en jefe del ejército aliado, brigadier general D. Bartolomé Mitre.

Señalado por V. E. el día 22 del presente para llevar el ataque a la línea fortificada del enemigo, el

primer cuerpo de ejército a mis órdenes se puso en movimiento la mañana de aquel día, formando la tercera columna de ataque y en la disposición siguiente:

4ª división, al mando del coronel graduado Don Antonio Susini, compuesta de los batallones «Santafesino», 5º de Línea, «Salteño» y Legión «Segunda de Voluntarios», apoyada inmediatamente por la 1ª división a las órdenes del coronel D. Ignacio Rivas, compuesta de los batallones 1º de Línea, «Guardias nacionales de San Nicolás de los Arroyos», 3º de Línea y «Legión Militar». Estas divisiones iban encomendadas a la inmediata dirección de dicho coronel Rivas. Su reserva general a cuya cabeza me coloqué para dirigir el todo de la operación bajo la inmediata inspiración de V. E. estaba formada por la 2ª división al mando del coronel D. José M. Arredondo, compuesta de los batallones 4º y 6º de Línea, «Riojanos» y «Legión 1ª de Voluntarios», y 3ª división, bajo el mando del coronel D. José R. Esquivel, compuesta de los batallones «Correntino», «Rosario», «Catamarqueño» y «Tucumano».

El asalto de los atrincheramientos enemigos se inició a las doce y cuarto del día con las divisiones 4ª y 1ª, avanzando sus batallones bajo un fuego mortífero de bombas, metrallas y fusilerías, hasta la orilla del ancho y profundo foso que, precedido y seguido de inabordables abatis de ramas y troncos de árboles, y de un elevado parapeto, hacía imposible cruzar nuestras bayonetas con las enemigas, no obstante haber ocupado el foso mucha parte de nuestra infantería.

Comprometido a la vez el ataque a nuestra izquierda por el segundo cuerpo brasileño, cuya 2ª columna formaba sistema con la que mandaba el coronel Rivas y éste habiéndome pedido refuerzo, desprendí en su

apoyo la 2ª división, cuya intrepidez no menos brillante que la de aquellas otras, la condujo hasta desplegar al pie de las trincheras del enemigo.

Cuando V. E. juzgó ineficaces los grandes esfuerzos de aquellas tropas, pues atrincheramientos de tal naturaleza nunca fueron salvados por el más pujante heroísmo, V. E. se sirvió impartir la orden de retirarse sacando los heridos, a lo cual se dió cumplimiento con toda la regularidad deseable.

La 3ª división colocada de antemano a menos de 300 metros de las fortificaciones enemigas, protegió esta operación; conservándose el grueso de ella en expectativa bajo un fuego incesante de bombas y metrallas que de todas sus baterías dirigía el enemigo; desprendiéndose a la vez guerrillas por nuestra parte para ejecutar un minucioso recogimiento de heridos.

Durante más de dos horas de ataque sobre las mismas trincheras y en seguida, en las tres horas más que fué necesario invertir al apartar nuestros heridos lejos del alcance de las baterías, un solo enemigo no tuvo el coraje de aparecer al exterior de sus fortificaciones.

La marcha escalonada de la 3ª división apoyada por parte del segundo cuerpo argentino en reserva, se comenzó a las cinco de la tarde cerrándola dos piezas de artillería y siendo ella tan descansada que, hora y media después, ya entrada la noche, recién penetraba a este campamento.

La comportación unánime del cuerpo de ejército que tengo el honor de comandar, presenciada por V. E. en todos sus momentos, se ha hecho acreedora a la alta consideración de V. E. Imposible sería exigir más noble bravura en el asalto, ni más imponente serenidad en la retirada. Mencionando a los jefes de división, coroneles: Rivas, Arredondo, Susini y Es-

quivel, menciono también a los jefes de brigada y de batallón, oficiales y tropa que, con tanto brío combatieron a sus órdenes respectivas.

Las adjuntas relaciones impondrán a V. E. de las muy sensibles pérdidas que ha sufrido el primer cuerpo: ellas son: muertos, 4 jefes, 22 oficiales y 370 individuos de tropa; heridos, 8 jefes, 74 oficiales y 758 individuos de tropa, y contusos, 1 jefe, 15 oficiales y 77 individuos de tropa.

Mucho se lamenta, Excmo. señor, a los distinguidos jefes: coronel graduado D. Manuel Roseti, teniente coronel D. Alejandro Díaz, muertos en el campo de batalla; coronel graduado D. Juan Bautista Charlone y teniente coronel D. Manuel Fraga, muertos a consecuencia de sus heridas; quienes sellaron así su reputación nunca desmentida de nobles y valientes soldados; cabiendo igual destino a aquellos 22 bravos oficiales de estos distintos cuerpos.

El bizarro coronel D. Ignacio Rivas, proclamado por V. E., en medio del campo de batalla, general de la república, se halla con dos heridas y en estado análogo los tenientes coroneles D. Rufino Victorica, D. Gaspar Campos, D. Luis María Campos, D. José P. Giribone y Sargentos mayores D. Joaquín Lora, D. Pedro Retolaza y Baldomero Sotelo.

No debo cerrar, Excmo. señor, este parte sin hacer un justo elogio del cuerpo médico del ejército argentino, tanto del primero como del segundo cuerpo; cuyos individuos establecieron sus ambulancias bajo el fuego de la metralla y bombas del enemigo; desplegando en seguida ese empeño y duro trabajo con que tan recomendable le hace en todos los casos consiguientes a sucesos de armas tan sangrientos como los que en la presente guerra tiene lugar.

Dios guarde a V. E.

(Fdo.) W. Paunero.

Estado Mayor del Primer Cuerpo
del Ejército Argentino

Curuzú, Septiembre 24 de 1866.

Resumen de las pérdidas sufridas por los cuerpos que componen el primero de ejército, según las relaciones adjuntas.

BATALLONES	MUERTOS			HERIDOS			CONTUSOS			DISPERSOS
	Jefes	Oficiales	Tropa	Jefes	Oficiales	Tropa	Jefes	Oficiales	Tropa	Tropa
1° de línea....	1	—	17	—	9	65	—	3	1	36
San Nicolás.....	—	1	19	1	7	78	—	—	—	—
3° de línea.....	1	—	10	1	8	55	—	—	—	12
Legión Militar..	—	3	71	1	4	45	—	—	—	6
4° de línea.....	1	1	20	—	9	47	—	—	—	39
6° de línea.....	—	3	15	1	5	63	—	—	—	31
1° de Voluntarios	—	3	33	1	4	64		—	14	1
Riojano	—	1	17	—	4	52	—	—	—	12
Detall. de la 3ª.	—	—	—	—	1	—	—	—	1	—
Reg. Rosario...	—	—	—	—	1	2	—	—	2	—
Tucumano.....	—	—	—	—	—	—	—	—	2	—
Catamarca.....	—	—	—	—	—	2	—	—	2	2
Correntino.....	—	—	10	—	1	9	—	—	—	—
Santafesino.....	—	2	36	1	6	118	1	8	28	—
2° de Voluntarios	—	3	43	1	2	58	—	—	8	—
Salta.....	—	2	30	—	8	53	—	2	11	—
5° de línea.....	—	3	48	1	5	45	—	2	7	—
Artillería.....	—	—	1	—	—	2	—	—	3	—
Total...	3	22	370	8	74	758	1	15	79	139

Severo Ortiz,
Oficial del Servicio.

V. B.
GORDILLO.

Comandancia en jefe del segundo cuerpo del ejército argentino.

Campamento en Curuzú, Septiembre 27 de 1866.

Al Excmo. Señor Presidente de la República Argentina y general en jefe de los ejércitos aliados, brigadier general D. Bartolomé Mitre.

Tengo el honor de dar cuenta a V. E. de la parte que ha tomado este segundo cuerpo del ejército en el combate del 22 del actual sobre las trincheras de Curupayty. Como V. E. se ha hallado presente durante toda la acción, y las órdenes que el infrascripto ha impartido han sido dictadas casi en su totalidad por V. E. sobre el terreno mismo, seré breve en la exposición de lo acontecido en esa memorable jornada.

Con arreglo a las órdenes de V. E. dispuse que la 4ª división, mandada por el coronel D. Amadeo J. Martínez, se dispusiese para el ataque, debiendo iniciarlo la 8ª brigada compuesta de los batallones 9º y 12º de Línea y 3º de Entre Ríos y le servía de reserva la 7ª, que la constituyen el 2º de Línea y el 1º y 3º de Guardias Nacionales. La 3ª división a órdenes de mi jefe de estado mayor, coronel D. Pablo Díaz, situada a una distancia prudencial de la 4ª, estaba indicada como reserva general de esta última. La 2ª mandada por el coronel D. Pedro J. Agüero, que por orden de V. E. situé en línea paralela con la batería que el enemigo había establecido en el flanco derecho del procandis del camino que las columnas tenían que recorrer para arribar a Curupayty, servía de reserva a la 3ª, estando al mismo tiempo ligada con la 1ª que cubría la abra de monte, que, partiendo de Rojas-Cué, viene a salir a la derecha de nuestro campamento y en ese día, en la disposición en que

nos hallábamos a retaguardia de las columnas que operaban sobre la línea fortificada de Curupayty. Esta última división mandábala su jefe nato, coronel D. José María Bustillo.

En esta situación y después de prolijos reconocimientos sobre la línea de Curupayty, que me dieron la medida de ser inaccesible que era por su izquierda a consecuencia de los obstáculos naturales que imposibilitaban el paso de nuestras columnas, llegó la hora de las 12 del día, al iniciarse la cual, dió V. E. la orden de atacar. Hice, pues, correr a la izquierda los batallones de la 8ª brigada que en ese momento cerraban nuestra derecha y después de haber hecho alto un instante en el paso del estero, marcharon al ataque. Estos tres batallones tomaron la derecha de las fuerzas del primer cuerpo, que ya a la sazón coronaban la trinchera, batiéndose encarnizadamente a tiro de pistola.

V. E. sabe los prodigios de inaudito valor que los cuerpos todos del ejército hicieron en esa jornada. Es, pues, inoficioso que el que firma haga de ellos los elogios tan justamente merecidos. Basta dejar establecido que de los tres batallones de este segundo cuerpo que cargaron sobre la trinchera, sólo ha quedado en actitud de combatir una tercera parte de cada uno de ellos para probar el denuedo y la bravura de que se hallaban animados y dieron sangrientas pruebas. Cuando a las tres de la tarde próximamente ordenó V. E. la retirada, estos tres bizarros cuerpos se retiraron en el mayor orden posible, a pesar de estar ya muertos o heridos sus jefes y oficiales.

V. E. conoce bien cómo se efectuó nuestro repliegue. Permanecimos cerca de dos horas y media después del asalto al frente de la línea fortificada de

Curupayty, sin que durante este tiempo ni al emprender nuestra retirada, nos haya hostilizado ninguna fuerza enemiga, lo que viene a probar que el arrojo de nuestras tropas habrá llevado una vez más el terror a sus filas.

Cuando todos se han comportado tan dignamente, no hay lugar a recomendaciones especiales; pero séame permitido hacer mención del teniente coronel D. Benjamín Calvete, herido en un brazo; del jefe del 12° de Línea de igual clase. D. Juan Ayala, también herido, del comandante del 3° de Entre Ríos D. Pedro García; del sargento mayor D. Lucio Salvadores, muerto durante el asalto; del de igual clase del 12° de Línea D. Lucio V. Mansilla, contuso de metralla; del capitán Olascoaga del 9° de Línea, que es quien ha mandado el batallón durante el asalto, así como de todos los oficiales y tropa de estos tres batallones. Los jefes, oficiales y tropa de las demás divisiones si bien han tenido la fortuna de medirse de cerca con el enemigo, cooperaron, no obstante, al movimiento general, sufriendo durante siete horas largas el fuego de cañón que las baterías de toda la línea no han cesado de hacer sobre nuestras columnas. El cuerpo médico se ha mostrado también en esta solemne ocasión digno de los honorables antecedentes que tiene conquistados.

Me permito acompañar la relación de los jefes, oficiales y tropa muertos, heridos y contusos, que el segundo cuerpo del ejército ha tenido en el glorioso combate del 22, así como una relación nominal de los jefes y oficiales a él pertenecientes que han asistido a este hecho de armas, con especificación de los que han sido muertos o heridos.

Dios guarde a V. E.

(Fdo.) E. Mitre.

Segundo Cuerpo del Ejército Nacional

Relación de la fuerza que ha tenido el expresado fuera de combate en la jornada del día 22.

CUERPOS	Muertos			Heridos			Contusos			Dispersos
	Jefes	Oficiales	Tropa	Jefes	Oficiales	Tropa	Jefes	Oficiales	Tropa	
1ª División (4° batallón.....	—	—	4	—	—	5	—	—	—	—
2ª » 2° »	—	—	2	—	—	9	—	—	—	—
2ª » 4° »	—	—	—	—	—	1	—	—	—	—
3ª División regimiento Córdoba	—	—	1	—	—	3	—	—	1	—
3ª División batallón San Juan..	—	—	—	—	—	1	—	—	—	—
3ª División íd. Mendoza y San Luis.....	—	—	1	—	—	3	—	1	—	—
3ª División íd. 2° de Entre Ríos	—	—	6	—	—	5	—	1	—	—
4ª División batallón 2° de línea	—	—	4	—	—	9	—	—	—	—
4ª División íd. 1° del 3° G. N.	—	1	5	—	1	10	—	—	4	—
4ª División íd. 9° de línea.....	—	—	50	1	8	92	—	2	18	—
4ª División íd. 12° de línea....	—	3	52	1	7	69	—	1	21	16
4ª División íd. 3° de Entre Ríos	1	—	62	—	6	90	—	3	30	—
Plana Mayor	—	1	—	1	1	1	—	—	—	—
Total fuera de combate..	1	5	187	3	23	296	—	8	74	16

Curuzú, Septiembre 23 de 1866.

Pablo Díaz

V. B.
E. Mitre.

ÍNDICE

Página

Al lector..... 1
Recordación..... 5
I.—El paso de la Patria.—Itapirú.—El Generalísimo.—Batalla de Tuyutí; su importancia..... 9
II.—El teatro de la guerra.—Falta de elementos bélicos y de preparación militar.—Estado anárquico de la Argentina.—Antecedentes históricos..... 11
III.—Composición del ejército argentino: Guardia Nacional y tropa veterana..... 17
IV.—Junta de Guerra.—El ejército del Barón de Porto Alegre.—Observaciones del sargento mayor Luis V. Mansilla..... 21
V —El ejército brasileño de Porto Alegre resuelve atacar a Curuzú.—El asalto —Triunfo de las armas brasileñas. —Critica del historiador Thompson relativa a las consecuencias favorables que para los aliados debió de tener la acción de guerra.—Observaciones a esa crítica.—Autodefensa del Barón de Porto Alegre..... 27
VI.—Consecuencias del triunfo de Curuzú.—El proyecto de ataque a *Curupayty*.—Observaciones del general José Ignacio Garmendia.—Declaración del almirante Tamándaré.—Opinión de los traductores de Thompson señores Angel Estrada y Lewis.—Opinión del escritor paraguayo Centurión; contradicciones en que incurre..... 31
VII.—Una carta del general Mitre.—Reconocimientos.—Quejas, reproches y dudas..... 41
VIII.—Preparativos de López para resistir el ataque.—Las trincheras y fortificaciones.—Distribución de las fuerzas paraguayas de defensa y comando de las mismas. 48
IX.—Composición del ejército argentino para el ataque de *Curupayty*—Comando del 1° y 2° cuerpo.—Comando de las divisiones, brigadas y batallones.—Composición del ejército brasileño del barón de Porto Alegre. Comando de sus divisiones y brigadas.—*Curupayty*.. 61
X.—La mañana del 22 de Septiembre de 1866.—La escuadra brasileña.—La escena.—Tropa argentina.—El primero y segundo cuerpo de ejército argentino, de los gene-

Página

rales Paunero y Emilio Mitre.—Iniciativa del ataque. —La guerrilla del 1º de línea.—La división del coronel Susini.—El 1º de línea: Muerte del coronel Roseti. —Avance del 3º de línea: muerte del teniente coronel Alejandro Díaz.—Ataque de las divisiones de los coroneles Rivas y Arredondo.—Operaciones del segundo cuerpo.—Ataque de la cuarta división al mando del coronel Mateo J. Martínez.—Muerte del sargento mayor Lucio Salvadores.—Ataque del extremo derecho de la trinchera por el ejército de Porto Alegre.—Muerte de jefes de brigada.—Desbande de los batallones brasileños 18º y 36º: el pánico..... 69

XI.—El desastre.—La retirada.—Declaraciones del parte de la acción por el Generalísimo.—Unidades argentinas y brasileñas comprometidas en el asalto.—Jefes y oficiales argentinos muertos y heridos..... 91

XII.—Abandono de la trinchera y retirada.—Saqueo e incendio.—La noche de Curuzú.—El toque de silencio.—Psicología del soldado. 101

XIII.—El Generalísimo..... 109

XIV.—Causas del desastre de *Curupayty*.—Opinión de los traductores de Thompson.—La desobediencia del alto comando de los brasileños y la inútil marcha de la división de caballería del general Flores.—El comando en jefe y el tratado de la Triple Alianza.—Una carta del Ministro de Relaciones Exteriores doctor Elizalde —Pretensiones de Tamandaré.—Crítica del general Mitre: «El secreto de treinta años»..... 113

XV.—La provocación de la guerra.—Actitud de Chile, Bolivia, Perú y Ecuador en la contienda.—Francisco Solano López.—Noble doctrina de Derecho Público Argentino: «La victoria no da derechos».—Las alianzas ¿son ventajosas?.—*Si vis pacem, para bellum*..... 147

XVI.—*Un poco de filosofía de la historia:* El general Mitre considerado como militar.—Las escuelas argentinas de prácticas de guerra.—Escuelas de San Martín, de Paz y de Mitre.—La retirada de Cepeda.—Batalla de Pavón.—Mitre estratega y táctico.—La guerra del Paraguay: *Uruguayana, Paso de la Patria y Tuyuti.*—Los discípulos de Mitre 159

Conclusión..... 195

Apéndice 205

Obras del autor

La Débácle, de Emilio Zola. — Estudio crítico. Buenos Aires, 1892.

La Guardia Nacional Argentina. — Estudio histórico. Buenos Aires, 1895.

El Dr. Leandro N. Alem. — Buenos Aires, 1896.

La Revolución Cubana. — Estudio histórico. Buenos Aires, 1896.

El derecho de intervención y la Doctrina de Monroe.— Estudio histórico y jurídico. Buenos Aires, 1898.

Jurisprudencia Criminal. — Proceso y absolución de Gonzalo Bachini. Buenos Aires, 1901.

Justicia Militar. — Defensa del capitán Pedro S. García. Buenos Aires, 1905.

Esteban Echeverría. — Ensayo crítico-histórico. Buenos Aires, 1905.

Geografía Argentina. — Estudio histórico, físico, político, social y económico. (En colaboración con el señor Ezio Colombo). Buenos Aires, 1905.

Apuntes sobre la vida y obras del doctor Juan María Gutiérrez. — Buenos Aires, 1906.

Caudillos Argentinos. Quiroga.— Buenos Aires, 1907.

Caballería Argentina. — La carga de Junín. Buenos Aires, 1909.

La República Argentina en 1910. — (En colaboración con el señor Ezio Colombo), 2 tomos. Buenos Aires, 1910.

La Victoria de Maipú. — Buenos Aires, 1911.

Teatro Nacional. Dorrego. — Estudio crítico. Buenos Aires, 1912.

Soberana Asamblea General Constituyente de 1813. — Buenos Aires, 1913.

Estudio histórico sobre la Asamblea del año 1813. — Buenos Aires, 1913.

«San Isidro» en nuestra evolución histórica, literal y social. — Buenos Aires, 1913.

El Himno. — Su centenario. Buenos Aires, 1913.

Discurso pronunciado en la Escuela «Elisa Alvear de Bosch». Buenos Aires, 1913.

Independencia de Méjico. — Relación histórica. Buenos Aires, 1913.

Impresiones y recuerdos. El general Lucio V. Mansilla. — Buenos Aires, 1914.

Recuerdos de viaje. De Buenos Aires a Chile. — Buenos Aires, 1915.

Geografía general de la República Argentina. — 2ª edición, 2 tomos. Buenos Aires, 1915.

Revelaciones de un manuscrito. — Novela histórica. Buenos Aires, 1916.

Fechas históricas. La efeméride del día 24 de mayo. — Buenos Aires, 1916.

Monumento al gaucho. — Buenos Aires, 1916.

Paso de los Andes y Batalla de Chacabuco. — Buenos Aires, 1917.

Carta abierta al doctor Luis Melián Lafinur. — Juan Carlos Gómez. Buenos Aires, 1917.

Temas viejos y temas nuevos. — Buenos Aires, 1918.

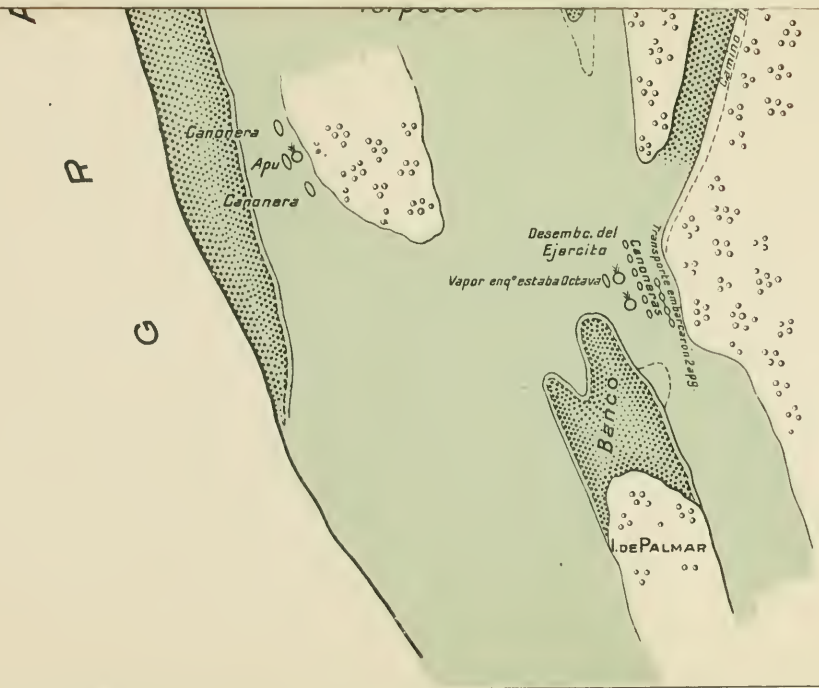
Mitre. — Contribución al estudio de la vida pública del teniente general Bartolomé Mitre. 2 tomos. Buenos Aires, 1919.

Erratas principales

	Donde dice	Léase
Página 10	50.000	30.000
» 22	70.000	40.000

Ingeniero Chodosiewig.

Nº 499 del catálogo.



RECONOCIMIENTO

de las posiciones ocupadas por el

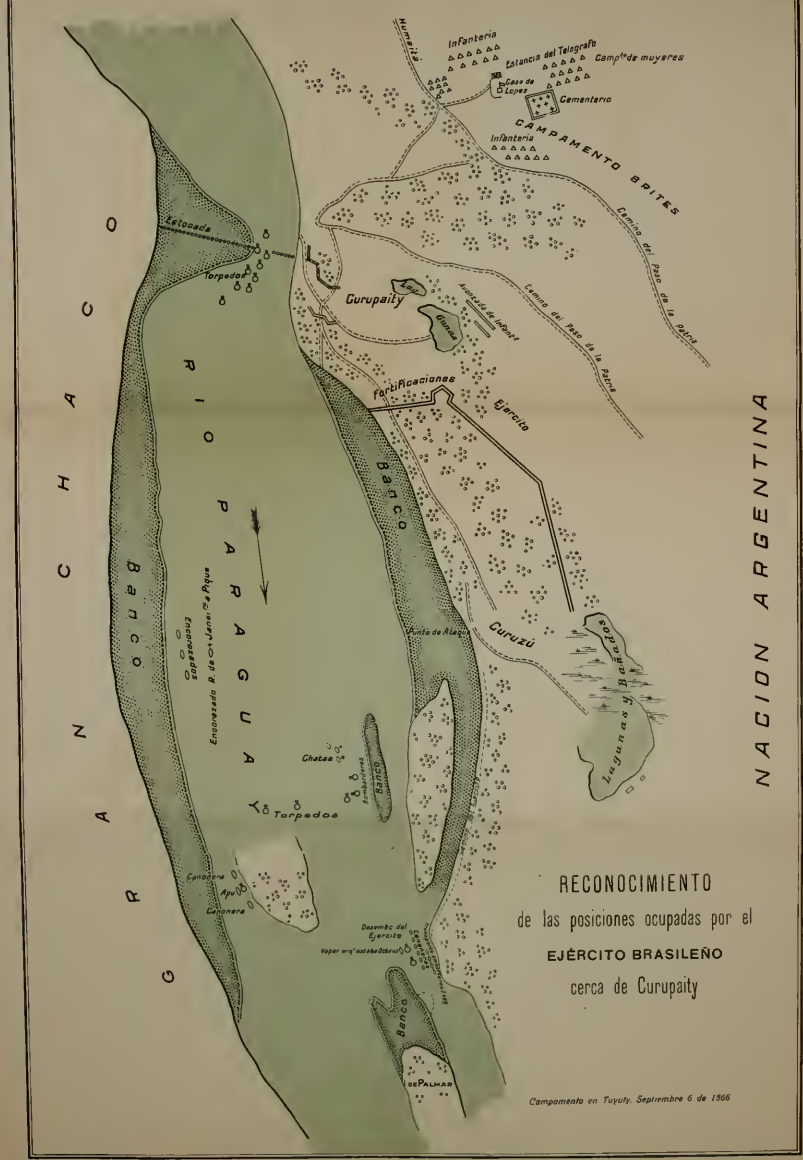
EJÉRCITO BRASILEÑO

cerca de Curupaity

Campamento en Tuyuty, Septiembre 6 de 1866

Ingeniero Chodosiewig.

Nº 499 del catálogo.



RECONOCIMIENTO

de las posiciones ocupadas por el

EJÉRCITO BRASILEÑO

cerca de Curupaity

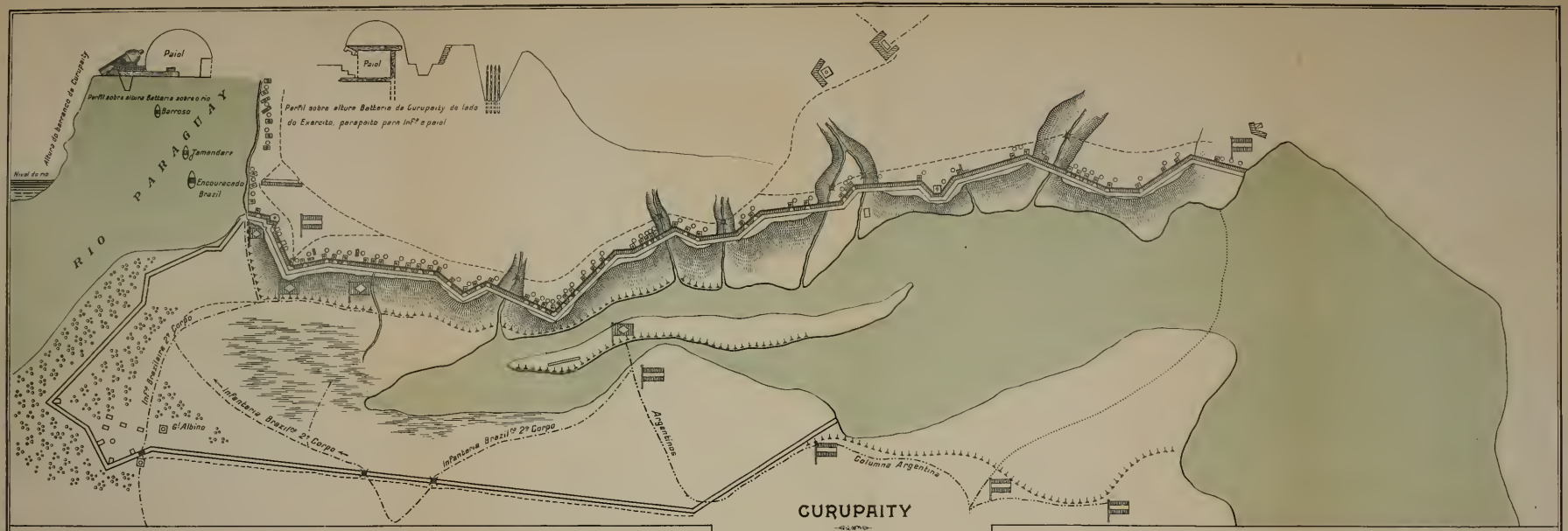
AITY

RO DE 1866

Nº 88

quelle glorioso Combate podem
n Curupaity ficonillesa a honra

eneral Porto Alegre



CURUPAITY

22 DE SETEMBRO DE 1866

Ordem do dia Nº 88

Os bravos que tomarão parte n'aquelle glorioso Combate podem com arrogante altivez dizer ao mundo: em Curupaity ficou illesa a honra da bandeira Brazileira.

OBSERVAÇÕES

- Columna Brazileira
- » Argentina
- General Porto Alegre
- » Albino
- obstaculos
- canhoneiras
- espaldão de terra
- barreira
- pontes de arvores feitas durante
- paiol
- combate

Escala 1/5000

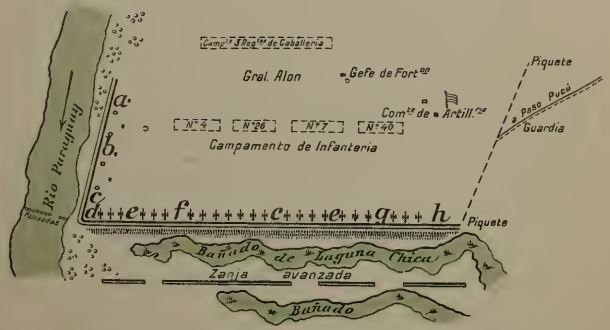
Del «Atlas Histórico da guerra do Paraguay
Organiçado pelo 1º Tenente E. C. Jourdan 1871.»

Croquis levantad
militar R. A
Nº 502 d

Ultimo noticia r

Croquis levantado por el ingeniero
militar R. A. Chodosiewig.
N° 502 del catálogo.

CROQUIS DE FORTIFICACIÓN DE CURUPAITY



EXPLICACIÓN

a	2 cañones	38 rayados		Estos 18 cañones están colocados sobre el río. Cada uno con su polvorin y hornos para calentar balas.
b	14 »	24 lisos		
c	2 »	68 »		
d	2 »	68 »		
e	1 cañón	32 liso		
f	1 mortero 8 Pul.s. 120 Lib.s.			
g	1 cañón 68 liso			
h	2 cañones 24 lisos			

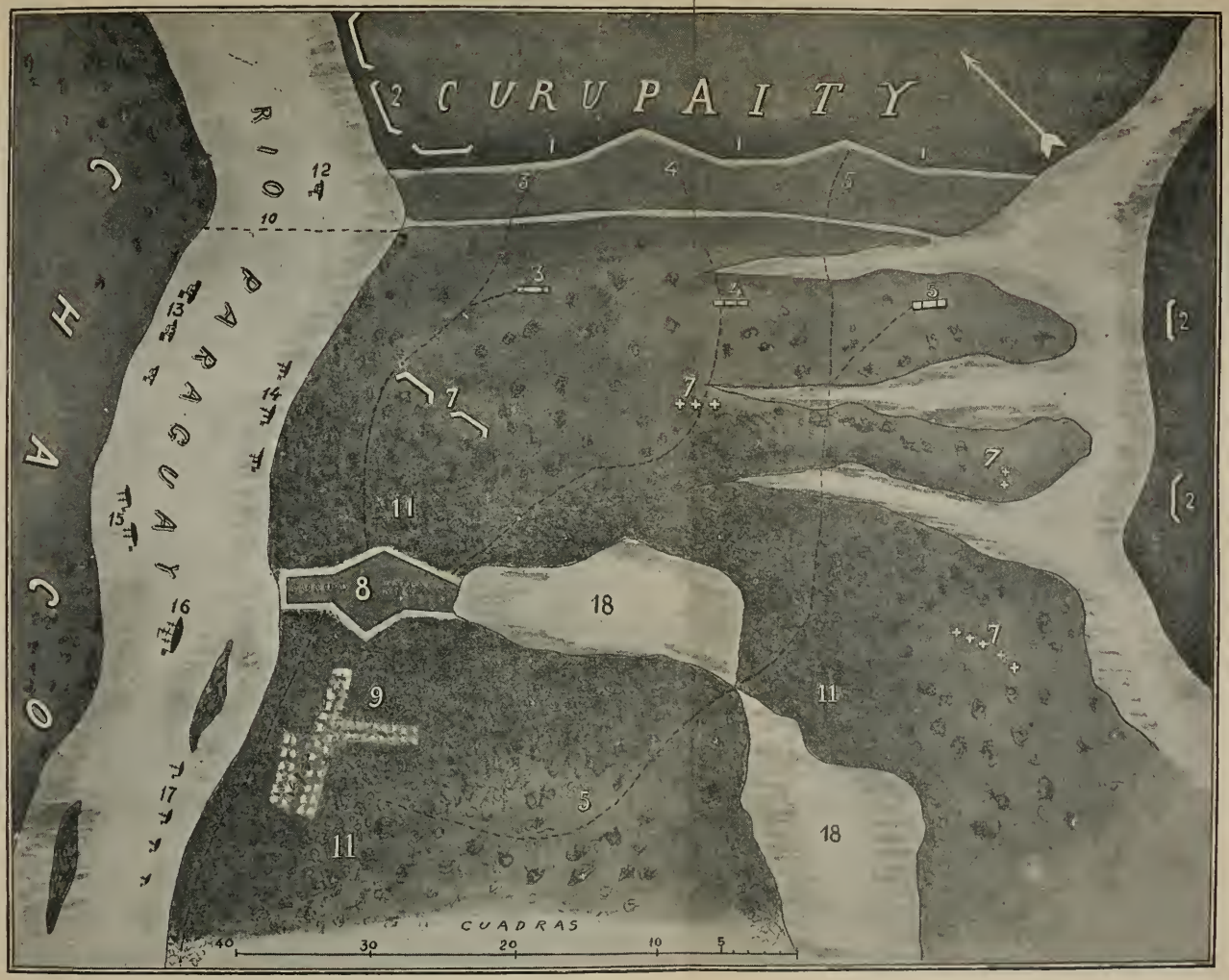
En esta linea existen 26 cañones y 1 mortero. Piezas volantes no se sabe el número.

Según noticia en Villa Fronca y Asunción no existen artillería en las baterías.

En Itapúa no tienen más fuerzas que 300 hombres y 2 cañones.

Ultima noticia recibida el 5 de Marzo de 1867

guerra
derech
Paune
y torp



Reproducción de un croquis que representa la marcha del ejército aliado argentino-brasileño de *Curuzú a Curupayty*, encontrado en la sección Cartografía correspondiente a la guerra del Paraguay, de la Biblioteca del Museo Mitre, cuyo autor se ignora. Según los números, puede inferirse que el 1 representa la trinchera; el 2 la batería paraguaya del flanco derecho. Los números 2 las obras avanzadas de fortificación del campamento de *Tuyuti*; los números 3, 4 y 5 la dirección de la marcha de los ejércitos del Barón de Porto Alegre Paunero y Emilio Mitre, hacia la trinchera; los números 7 artillería; el número 8 fuerte de *Curuzú*, campamento brasileño; ídem. 9 campamento argentino; N° 10 estacadas y torpedos; N° 11 monte; ídem. 12 nave paraguaya; 13, 14, 15, 16 y 17 naves brasileñas en su mayor parte y buques argentinos; N° 18 esteros.

22011

UC SOUTHERN REGIONAL LIBRARY FACILITY
A 000 676 106 8